

FERNANDO OROZCO Y BERRA.

M. S. T.

POR QUÉ CALLAMOS

LIGERA EXPOSICION DE RAZONES

A LA

Junta Central Permanente del Segundo Congreso Espírita

Y A LOS ESPIRITISTAS EN GENERAL.



MEXICO

1909.

THE
UNIVERSITY OF TEXAS
AT AUSTIN

Dedicatoria.

Al tratar de dedicar esta obra, brotaron, como primera idea los dos factores principales de mi actual reencarnación, á quienes debo esta envoltura kármica por medio de la cual voy dolorosamente saldando deudas de ayer y adquiriendo experiencias para mañana.

A ellos, á mis amantes padres, dedico en primer lugar este imperfecto estudio, como un símbolo de la gratitud que guardo en lo más íntimo de mis recuerdos, por los afanes y cuidados que me prodigaron mientras fueron mis compañeros de viaje en este efímero mundo.

Á todos vosotros, hermanos de Logia, os lo dedico también, en testimonio de mi agradecimiento por el empeño que tomasteis en su publicación, alentándome en la labor y proporcionándome los elementos necesarios para ver realizado el objeto propuesto.

También á todos vosotros, hermanos míos, que aunque ajenos á la Logia, habéis contribuido con verdadero desinterés al logro de la publicación de esta obra, que sin mérito de ningún género, sale atrevida á la luz de la publicidad, mal esbozando unas cuantas de las razones que poseemos para haber permanecido en silencio ante la actitud hostil observada contra nosotros por un respetable Centro Espírita.

Si algún laurel llega á conquistarse, pertenece exclusivamente á todos vosotros que fuisteis el móvil principal de la obra; pero si, como es lo más seguro, se recrudecen las acritudes de carácter y se multiplican los denuestos, entonces caiga sobre mí únicamente la responsabilidad de no haber correspondido á vuestros afanes por mi torpeza é ignorancia.

El Autor.

PREFACIO.

Con la íntima convicción de que nada nuevo vamos á enseñar, supuesto que lo bueno que se encuentre asentado en el cuerpo de esta obra, lo hemos tomado de autores ya conocidos de la mayoría del público que nos honre con su atención; sin la pretensión de hacer alarde de erudición. porque tenemos la creencia íntima de no haber asimilado en nuestros cerebros la milésima parte de lo que hemos leído ó estudiado en nuestras vidas, nos proponemos abordar por la primera, y quiza por la última vez, un trabajo que siempre nos ha repugnado: escribir una obra para su publicación, porque para lograrlo con acierto, mereciendo, si no la aprobación unánime, sí á lo menos la de la mayoría de los cuerpos docentes sociales, que aun cuando encuentren teorías contrarias á sus convicciones, tienen el criterio suficiente para valorar el empeño y el trabajo desplegados; para lograrlo, decimos, se requieren muchas condiciones que no podemos llenar. Nos falta ilustración, nos falta lenguaje, y sobre todo, carecemos de esa práctica indispensable que debe tener todo aquel que lanza á la publicidad un libro. Si no poseemos esas cualidades, fácilmente ocurre á la imaginación de los que recorran estos renglones, la pregunta siguiente: ¿Cuál es entonces la razón de este libro? La razón de publicar este libro, es sencillamente exponer ante el público en general y muy particularmente ante el que ha asistido á las conferencias que de dos años á esta parte ha estado dando periódicamente la Junta Central Permanente del 2º Congreso Nacional Espírita,

las razones que asisten á los miembros de la Logia «Aura» de la Sociedad Teosófica, para guardar el silencio que han guardado, á pesar de los adjetivos denigrantes que en público se les han prodigado por los oradores que han tomado parte en las conferencias citadas.

Llamados de continuo al terreno de la discusión desde lo alto de las tribunas espíritas; aguijoneados, apremiados por la insistencia de los vehementes discursos y los razonamientos y calificativos que se nos han lanzado en público, al fin los estudiantes de Teosofía—no los teósofos como se nos llama, porque distamos mucho de serlo—hemos decidido hablar una vez sola, contra el propósito que teníamos de guardar absoluto silencio acerca de la conducta observada por los oradores espíritas, para explicar al público nuestras particulares opiniones, que son el conjunto de las razones poderosas en que nos basamos para no imponer á nadie nuestras creencias, ni discutir las con ninguno, sean buenas ó malas, antiguas ó modernas, científicas ó absurdas.

Hasta el presente hemos respetado las creencias de los demás, con la halagadora esperanza de que se respetarían las nuestras; pero desgraciadamente no hemos logrado nuestro intento, porque al externar en lo particular sus opiniones algunos miembros de la Logia, en sentido contradictorio á las prácticas espiritistas, se han tomado oficialmente por la enunciada Junta Central y han sido el fundamento de sus ataques injustificados.

En el ánimo del público se ha despertado la duda, la vacilación, acerca de nuestro silencio; todos hacen conjeturas, atribuyéndolo, unos á falta de valor civil para colocarnos en la tribuna frente á las espíritas; otros aduciendo razonamientos que suponen nuestro silencio como comprobación de las verdades dichas por los conferencistas, etc.; y ese público, que para noso-

tros merece respeto, es el que nos obliga á poner de manifiesto las opiniones que tenemos para no aceptar las prácticas espíritas, como actualmente se ejecutan en sus Centros. Pero suplicamos muy atentamente á todas las personas que nos honren con su atención, que en este libro no busquen enseñanza oficiosa de ningún género: es la sola exposición de nuestras opiniones particulares, que, como se dijo antes, ni imponemos ni discutimos; pero que sí tenemos el derecho de externar, siempre que alguien nos las pida.

Si por el solo hecho de no aceptar el credo espírita con todo su cortejo de prácticas, reprobadas por nosotros, nos hacemos merecedores de los calificativos que en público se nos prodigan por los sacerdotes de ese mismo credo, al docto público toca hacer el papel de juez recto, y sólo á él incumbe dictar su fallo con la sensatez y la imparcialidad que le caracterizan.

Ya que se nos acusa por motivos que secreen dignos de ello, allá va nuestra propia defensa, sin pretensiones de saber, ni alardes de elocuencia, sino como la exposición de nuestras propias y particulares convicciones; sin ataques para nadie; sin provocar discusión alguna.

FERNANDO OROZCO Y BERRA.

CAPITULO I.

EL PRIMER CONGRESO NACIONAL ESPIRITA Y LA FUNDACION DE LA LOGIA «AURA» (*) DE LA SOCIEDAD TEOSOFICA.

El 31 de Marzo de 1906, en el hoy derruido teatro del Conservatorio Nacional de Música, á las 9 p. m. se inauguraba el Primer Congreso Nacional Espirita con 2010 adictos y 54 diputados, representantes de círculos espíritas la mayor parte, pues también los había de la Sociedad de Estudios Psíquicos de la capital, de las logias Lealtad núm. 15, Ignacio Ramírez, de los círculos teosóficos de Monterrey, de Sociedades de Estudios Psicológicos de México y de Monterrey, así como de algunos periódicos de la capital. No pretendemos hacer la historia de este Congreso, porque sería del todo inútil, supuesto que existen impresos sus anales en un tomo que puede consultar la persona que no conozca la marcha que siguió esa agrupación de investigadores, en el lapso de tiempo corrido de la fecha apuntada al 15 de Abril siguiente, en que se clausuraron las sesiones.

No habríamos de referirnos á ese hecho consumado, si no tuviera íntima relación con la índole de este libro, pues, como el título del capítulo lo indica, fué el origen de la fundación de la Logia Teosófica «Aura,» que hoy, haciendo un esfuerzo sobrehumano, lanza á la publicidad este trabajo, y sólo nos concretamos á tocar los puntos indispensables que nos lleven al conocimiento de los motivos por los cuales se fundó en esta capital el centro teosófico referido.

En la sesión del 4 de Abril, después de haberse discutido el estudio presentado por la Comisión designada al efecto: «Estudio acerca de los medios convenientes para hacer más eficaz la propaganda de la filosofía espírita,» el que tiene la honra de dirigiros la palabra, delegado del círculo «Victoria» establecido en Ciudad Lerdo, Durango, abordó la tribuna y dió lectu-

(*) A últimas fechas, y por prescripción de la Sociedad Teosófica, los distintos Centros de ésta ramificados en el planeta, deben llevar el nombre de *Logias* y no *Ramas*. Así pues, en lo que se refiera á la actualidad usaré esta última denominación.

ra á un extenso escrito, que, apoyándose «en el respeto profundo á todos los investigadores ó propagandistas de la verdad aun cuando no sean espíritas,» que el mismo Congreso en sus bases había pregonado, no tuvo el menor escrúpulo en poner de manifiesto la manera como había pertenecido á la creencia espírita, el fruto de sus observaciones y la manera como había abandonado esta última filosofía para acentar otra que, á su juicio, llenaba sus aspiraciones. (Páginas 111 á 118.) Después desarrolló una tesis teosófica exponiendo algunas diferencias capitales acerca de la manera de considerar la constitución del hombre y la índole de las comunicaciones de los espíritus desencarnados (págs. 118 á 140), sacando 14 conclusiones que fueron discutidas con acaloramiento durante las sesiones celebradas en las noches del 5 y el 6 (págs. 175 á 192.)

Al ponerse á debate la cláusula 13ª, reinó un silencio absoluto en la sala; flotaba en la atmósfera la sensación de una lucha sostenida interiormente por cada delegado, y podemos asegurar que se sentía la idea de una aprobación casi unánime. Las vibraciones se hicieron sentir intensamente en el espíritu del Presidente que, en un arranque de ardoroso fanatismo, aborda la tribuna y con voz trémula y ademán enérgico que traducían la agitación interna de que estaba poseído, increpa duramente á todo un congreso por el delito de encontrarse inclinado á aprobar esa conclusión que debilitaba en un instante los principales fundamentos de la doctrina Kardeciana; coarta la espontaneidad del voto personal; cohibe la libre emisión del pensamiento; ejerce coacción sobre las conciencias individuales y tuerce la marcha honrada de tan trascendental resolución. Ante actitud tan desconsoladora y procurando evitar disgustos ulteriores, propuse quedara esa conclusión á cargo de la Comisión Permanente para su estudio; pero sujeta á votación, fué desechada por mayoría.

Como la 14ª conclusión se relacionaba íntimamente con la anterior, el ponente propuso retirarla; mas discutida que fué con el mismo acaloramiento que la anterior, propuso nuevamente se aplazara para cuando, conocida y estudiada científicamente, pudiera ser aprobada ó desechada también científicamente. Ved las últimas palabras pronunciadas por nuestro querido hermano el Sr. Luis G. Rubín:—En apoyo de lo anterior dijo—«que por lo pronto daba su voto en contra, pero que más tarde podría darlo favorable.»

Aun cuando en los anales del Congreso no consta anotada la circunstancia del estudio científico para aprobación ó

reprobación definitiva de que hemos hecho mención, el hecho es que quedó aplazada esta conclusión, para estudio posterior á la clausura del Congreso, y también tenemos la pena de confesarlo, aquellos vehementes investigadores de la verdad, no han vuelto á ocuparse de ese trascendental asunto. Fue un incidente del Congreso, y yace enterrado en el mundo del olvido.

Ahora bien; desde la lectura de aquel estudio mío, varios miembros del Congreso que ya teníamos estudios anteriores de ocultismo, nos pusimos en contacto de ideas, y los que no conocían esas enseñanzas, inquirieron conmigo entonces, lo mismo que en las noches siguientes, la manera de adquirir esos conocimientos.

La semilla teosófica estaba sembrada en campo demasiado fértil y germinó desde luego. A mayor abundamiento, se repartió un folletito intitulado: «Porqué me he hecho teósofo,» que con demasiada oportunidad vino á terminar la obra. Los adictos á esas teorías,—que juzgábamos muy superiores al espiritismo,—celebramos juntas particulares que dieron por resultado inmediato la formación de una Logia teosófica que, bajo el nombre simbólico de «AURA,» quedó definitivamente establecida el 8 de Marzo de 1906 á la una del día, siendo desde luego integrada la mesa directiva de la manera siguiente: Presidente, Juan N. Arriaga; Secretario, Fernando Orozco y Berra; Tesorero, Luis G. Rubín; Bibliotecario, Víctor J. Ramón; y socios, Aurelio Macías Z., Edmundo Torreblanca y Henrieta Emily Gilbert.

Debemos hacer notar que, con excepción de la Sra. Gilbert y del Sr. Torreblanca, todos los demás miembros de la Logia eran, si no de la creencia espírita, sí habían pasado por ella y pertenecieron al Congreso Espírita.

Inmediatamente se procedió á la legalización de esa agrupación, pidiendo por conducto del Cuartel General de Cuba, la Carta Constitutiva expedida por el Centro establecido en Adyar, Madras, India, y á la formación de los estatutos particulares, en cuya labor ayudó eficazmente el Sr. Manuel Vargas Ayala, miembro y Presidente del Centro establecido en Monterrey, N. L., teniendo por objetos principales de trabajo y estudio, los mismos de toda la Sociedad Teosófica, que son:

1º Formar el núcleo de una fraternidad universal de la humanidad, sin distinción de razas, creencias, sexos, castas ó colores.

2º Fomentar el estudio de las literaturas, filosofías y religiones comparadas y ciencias orientales.

3º Investigar las leyes de la Naturaleza hasta ahora no explicadas y los poderes psíquicos latentes en el hombre.

Basta la sola enunciación de estos três principios, para que comprendáis desde luego la absoluta libertad que debe existir en los trabajos y estudios á que se dedica la Sociedad Teosófica en general; pero que á pesar de su liberalidad no debe mezclarse oficialmente en los trabajos de otras Sociedades de índole distinta, pues su artículo 3º lo marca de una manera clara: **"De acuerdo con lo establecido en el art. 3º de los estatutos de la Sociedad Teosófica, la Rama 'Aura' declara: que es extraña en lo absoluto á la política, á las reglas de casta y costumbres sociales; que no es sectaria, ni exige asentimiento alguno á creencia ó fórmula de ninguna especie en los que deseen ingresar á ella, etc."**

"Art. 4º De acuerdo con los principios de la Sociedad Teosófica, la Rama 'Aura' siempre permanecerá neutral y sin compromiso alguno ante la manifestación de las opiniones individuales ó de las creencias predominantes."

Si la Sociedad Teosófica abre sus puertas para todo el que quiera estudiar conforme á su plan, sin preocuparse jamás de las creencias políticas ó religiosas que tenga, prohibiendo discutir estos puntos entre sus miembros, claro es que la concurrencia de dos ó más de ellos á lugares de reunión dedicados á cultos ó sociedades de cualquiera clase, no debe jamás tomarse como asistencia oficial de la Logia, y mucho menos de la Sociedad en general. De esta suerte se procura evitar en lo posible los conflictos que se pudieran suscitar con agrupaciones de índole distinta, y la opinión pública no se vería en el conflicto de dilucidar el problema de ver representaciones oficiales en sectas ó escuelas antagónicas.

En el seno de nuestra Sociedad, tenemos toda clase de creencias religiosas, toda clase de escuelas filosóficas y científicas, excepto ateos, si es que pueden existir, y nos complacemos en ver la fraternidad que reina, por ejemplo, entre el evangélico y el apostólico romano, entre el positivista y el metafísico. Cada uno de ellos concurre á sus prácticas particulares; cada uno asiste á los centros de reunión que mejor le conviene, sin que jamás sea esto motivo de disidencia; á la hora de Junta teosófica, cada miembro lleva su contingente de estudio, de conformidad con un plan trazado de antemano por

el Presidente; plan que sirve sólo de principio de orden para la investigación; porque sin método racional que lleve un estudio de lo más simple á lo más complicado, difícilmente pueden obtenerse progresos seguros.

En esos momentos es cuando cada cual tiene el derecho de exponer las dudas que naturalmente surjan á su imaginación, motivadas por sus creencias, las nuevas teorías que encuentra en el estudio de las ciencias orientales y la comparación de las religiones y filosofías; pero ahí también encuentra siempre explicaciones claras, que tienden á unificar su antigua creencia con la nueva, por medio de la demostración de los principios fundamentales, descartándole la parte dogmática y acomodaticia; allí encuentra además demostraciones científicas y aun experimentales para hacer la luz en su conciencia, cuando cree que pudieran ser utópicas las enseñanzas teosóficas; porque las actuales ciencias positivas se encargan con sus continuados descubrimientos de ratificar las antiguas afirmaciones orientales.

En el seno de la Sociedad Teosófica se reúnen personas de buena fe, ávidas de investigar la verdad, considerada por la mayoría de los mortales como la quimera más grande que pueda albergarse en cerebro humano, y emprenden sus estudios, de orden determinado, sin más anhelo que llegar á guardar en su conciencia la comprobación terminante de que, cuanto en libros y folletos se afirma ser teorías comprobables por el estudiante, son ya verdades comprobadas por el iniciado.

El estudio es extenso, lento y árido á la par que difícil y tiránico, si es que tiránica puede llamarse á la parte correspondiente de ese estudio que trae imbibidas en sí ciertas prácticas, ya de respiración, ya de alimentación, y además, de educación moral absoluta que tienden á despojar al espíritu de todas las pasiones y deseos materiales, en aquellos que desean alcanzar el grado de desarrollo necesario para la comprobación personal del mundo suprasensible.

Es extenso, muy extenso, porque desde los primeros libros que se hojean, aun los más elementales, van de acuerdo con el 2º de los principios fundamentales ya enunciados: abarca el estudio comparado de todas las religiones, de todas las filosofías y de todas las ciencias. Ya veis que con sólo este dictado, el espíritu que no sea verdaderamente investigador, y además de investigador, que no sea de buena fe, tiene que sentirse sobrecogido de terror y de desaliento ante la enormidad de una carga que abrumba á su sola contemplación.

Es árido, en su mayor parte, porque tomando por base la comprobación de sus enunciados, no obliga á nadie á creer, aun cuando sean efectivos sus axiomas, sólo porque la conciencia se los asimila con facilidad desde un principio, sino que pide se crea y se afirme exclusivamente lo que podamos comprobar por nosotros mismos, pero de modo tan claro y terminante, que las teorías que á los demás expongamos para su comprobación, sean hechos positivos, definidos, analizados y evidenciados por nosotros mismos.

Como la mayor parte de las enseñanzas corresponden á la metafísica, supuesto que abarcan el mundo de las causas, casi nada explorado, y el mundo de los efectos, conocido por medio de los descubrimientos de la ciencia occidental, el investigador que pretende abordar la exploración del primero, encuentra los fundamentos de los métodos principales usados en Oriente para lograr el desarrollo psíquico de que acabamos de hablar, como único medio de salir de este mundo material para penetrar al de las causas, donde se asimila conocimientos que, en manera alguna, pueden obtenerse en la vida tangible.

Tenemos una variedad notable de libros sobre la materia, entre los cuales podemos citar algunos para no abrumar la imaginación de nuestros lectores con glosarios que fatigan: Ciencia de la Respiración, Vegetarismo y Ocultismo, Filosofía Yoga, Prana-Yoga, Budha-Yoga, Gnagni-Yoga, etc. etc., y todos los tratados antiguos y modernos que se ocupan de Ocultismo y Magia; pero hay que advertir que si nos atenemos al pie de la letra á las enseñanzas que se dan, con suma facilidad fracasamos, porque hay circunstancias que el lenguaje humano no acierta á definir, y sólo bajo la dirección de un maestro idóneo y en el terreno de la práctica pueden conocerse.

De aquí resulta que los curiosos é incautos que abordan este estudio, con la errónea esperanza de que se les concedan esos asombrosos poderes de que hablan los afortunados viajeros que han tenido la suerte de presenciar los milagrosos hechos de los Yoguis ó Fakires orientales, porque quizá se habían forjado en su imaginación la existencia de almacenes mágicos en los centros esotéricos á los cuales se puede uno acercar en demanda de dosis decimales, como se adquieren sustancias en los almacenes de drogas; cuando se convencen de que dichas facultades sólo se conquistan por medio de la lucha titánica que hay que sostener contra todas las pasiones animales, hasta aniquilarlas en lo absoluto, para convertirse

en la individualidad que trabaje en pro de la humanidad y nunca en provecho propio; como lo demuestra elocuentemente el símbolo de la Virgen Madre aplastando la cabeza de la serpiente, que bajo el dogma de la Inmaculada Concepción adoran los católicos en sus iglesias, y la no menos simbólica figura de San Jorge venciendo al dragón, así como el ángel Gabriel arrojando vencido al espíritu infernal, que la fe católica pregona como hechos positivos; cuando adquieren la certeza de que la más firme perseverancia en las prácticas altruistas es la meta por la cual se llega al desarrollo, y que el tiempo en el cual se logra, no tiene medida alguna, ni hay regla fija que seguir, sienten invadida su alma por el mayor desaliento, se decepcionan del todo, y tachando de absurdas y mentirosas las teorías, se alejan del Centro, disculpando su falta de valor moral y de constancia con la absurda inculpación á los estudios, que tratan de utópicos, fanatizadores visionarios, etc., etc. No puede ser de otra manera. De entre los mil medios de comprobación apuntados en los libros, cada estudiante tiene que entresacar aquellos que mejor se adapten á la raza á que pertenezca, á su estado físico, á su elevación moral y á su desarrollo intelectual: cuatro factores de vital importancia que no deben desdeñarse, pues si falta alguno, al atrevido que á ciegas se aventura á penetrar en el intrincado laberinto astral, con facilidad se extravía, fracasa, ó lo que es más lamentable, cae en la locura ó bien la muerte le arranca las alas de Icaro con que pretendía trasponer los linderos de la existencia tangible para enseñorearse del mundo suprasensible, sorprendiéndole misterios que aun no le correspondía conocer á causa de sus pocos mercimientos.

La índole de estos estudios es tal, que cada vez que la mente se detiene á meditar un párrafo, encuentra nuevas revelaciones, ensancha el campo de los conocimientos, y la ciencia occidental se llega á conocer con tanta claridad como si se hubiera estudiado desde sus principios.

Esta aseveración puede parecer á muchos demasiado atrevida, y, sin embargo, es una verdad absoluta. Traigamos á la memoria los sucesos ocurridos cuando un centinela avanzado del ocultismo dió á la publicidad un artículo relativo al color que tomaban las palabras al salir de la boca, según el estado de ánimo del orador; recordemos lo que sucedió también cuando se habló de la coloración dominante de las frases ó de las composiciones musicales: los periódicos del mundo entero se ocuparon del asunto y en todos los tonos, desde el más

escéptico hasta el más cómico, hablaron del violeta Verdi, del rojizo Weber y del polícromo Wagner, haciéndose las más ingeniosas caricaturas acerca de las formas creadas por el pensamiento. Los sabios, cuando se dignaron hablar del asunto, trataron de visionarios y locos á los que preconizaban tales ideas.

La mediumnidad, monopolizada en un principio por el Espiritismo y juzgada como un don celestial, es otro ejemplo elocuente de lo que decimos. La historia del magnetismo nos lo comprueba con vigor. La Academia de Ciencias de París, en presencia de los hechos elocuentes que se le presentaron, formula dictamen absurdo para evitar que esa nueva rama de la ciencia tome carta de naturalización oficial, y al cabo de algunos años transcurridos, la acepta con distintas denominaciones.

Las hipótesis más aceptadas con respecto á la formación de nuestros sistemas planetarios, como la de la materia cósmica formando nebulosas que se fraccionan en millones de millones de esferas gaseosas que giran al rededor de un eje particular, y que luego se transforman en esferoides ígneos que por enfriamiento pasan al estado líquido y de ahí al sólido en su superficie, donde aparecen el mineral, el vegetal, el animal, y por último el hombre, es otra prueba más de lo dicho.

En la actualidad, publicadas por la Sociedad Teosófica unas, y por miembros de ella otras, han aparecido multitud de traducciones de obras que se conservan guardadas hace miles de años en las grandes bibliotecas de la India, antes sólo accesibles á los iniciados; cuyas obras, á pesar de su remota antigüedad, traen esas enseñanzas que la ciencia moderna occidental va descubriendo paulatinamente, y que la oriental considera como de conocimientos vulgares. Con respecto á la metafísica, es incalculable el número de conocimientos profundos que se encierran en esas obras.

Decidle á un sabio que el pensamiento del Logos, al despertarse de la nada en que yacía, dió origen á su primera emanación, y que por medio de la involución ha llegado á convertirse en la última y más grosera de las manifestaciones: la materia. Aun cuando con sus propios argumentos le demostréis la verdad, la rechaza de plano porque *no ha llegado á descubrir las leyes científicas que lo demuestren.*

Para poder darse cuenta de las obras á que me he referido, basta consultar la extensa biblioteca teosófica existente, en la cual encontraréis obras notables como «Formas pensadas,» «Formas creadas por el pensamiento,» «Química oculta,» «El poder del pensamiento, su dominio y cultura,» etc.

CAPITULO II.

PRIMEROS PUNTOS DE DIVERGENCIA.

Como habéis visto en el capítulo anterior, un grupo de investigadores de la Verdad nos hemos afiliado á la Sociedad Teosófica, porque es la que, á nuestro juicio, mejor y más amplio campo de acción presenta. Siendo sus enseñanzas eclécticas por excelencia, las buscamos con amor é interés crecientes, encerrados entre las cuatro paredes de nuestro improvisado Centro, sin preocuparnos jamás de las opiniones particulares de nuestros compañeros. Prohibidas las discusiones, como medio más bien perjudicial que útil para llegar á un acuerdo definitivo, cada miembro tenemos la libertad de expresar nuestra particular opinión, y cuando existen diferencias, se explican, aclaran y amplían por los más idóneos, hasta lograr la unificación. Si por este método no se obtiene, se persiste en el mismo estudio, sin tiempo fijo, proponiéndonos todos empeñarnos aún más en el estudio y meditación de la parte dudosa, hasta que se ven coronados nuestros esfuerzos por el éxito.

Creemos que, sin esfuerzo alguno, habremos logrado llevar á vuestro ánimo la amplitud de nuestros eclécticos estudios, apartándonos de toda cuestión política y dogmática. Buscamos la Verdad donde quiera que se encuentre, sin importarnos la fuente de la cual tengamos que tomarla. Sabemos que la Verdad existe en todas partes; pero que no está desnuda como la figura simbólica la representa, sino que está encubierta por una multitud de ropajes de forma y color varios, según la secta, escuela ó religión que la acoge y ornamenta, y también según sus particulares conveniencias.

Es evidente que la tarea de arrancar estos falsos mantos, que durante años ó siglos han servido de atractivo á los neófitos para formar su fe, es perjudicial para los que caminan á la vanguardia de las sectas, escuelas ó religiones, porque les destruye el mito, arranca el antifaz con que se encu-

brían y hace que la multitud creyente deserte de la bandera que veneraba, lleno el corazón de la más cruel decepción, que traduce al exterior con los reproches más duros para los sacerdotes mentirosos. Esta es también la causa por la cual defendiendo cada una la parte que ha tomado de esa Verdad como la única, hayan estado esas sectas, escuelas y religiones en pugna unas con otras, tachándose recíprocamente de falsas, absurdas, impostoras, y disputándose sin cesar el mayor número de prosélitos, por vanidad y por medro. Por vanidad, porque en su tendencia decidida á convertirse en universales, tendrían como argumento irrefutable de la verdad que pregonan, la supremacía en el número de adeptos. Por medro, porque á mayor número de prosélitos, más abundantes rendimientos en las arcas del tesoro.

Cumple, sin embargo, á nuestro deber hacer constar que no todos los que llevan la voz directiva de una agrupación, siguen este torcido camino: hay algunos creyentes de buena fe, que con santa abnegación sostienen denodadamente la sublimidad de sus dogmas; otros, desgraciadamente, sobrepasando los límites de la razón y la prudencia, llegan al fanatismo.

Ocioso nos parece hacer consideraciones acerca de la absoluta intolerancia con que el fanático recibe cualquiera idea que contraríe sus principios, por sabia y verdadera que sea. Todos los epítetos denigrantes que puede haber en el lenguaje, los esgrime á todas horas y aprovechando cualquiera oportunidad, en contra del atrevido que comete el crimen de no poseer sus mismas creencias. Con la misma autoridad con que á título de *magister dixit*, explica, inculca é impone sus principios entre los prosélitos, truena contra las creencias opuestas.

Esto lo vemos por todas partes. La realidad de los hechos lo comprueba con su impresionante notoriedad. No hay un ejemplo más elocuente de ello que los sucesos que hace aproximadamente dos años están pasando entre los miembros de la Junta Central Permanente del Congreso Nacional Espírita y los de la Logia «Aura» de la S. T.: los primeros atacando duramente á los segundos, en todas las veladas ó conferencias que celebran; lanzando protestas públicas y privadas contra las aseveraciones de los teósofos (ya hemos dicho que somos simples estudiantes de Teosofía), que no tenemos más culpa que rechazar las prácticas espíritas relativas á la evocación de los muertos, como se practican diariamente en sus círculos.

Estas opiniones las hemos externado como particulares nuestras, sin hacer solidaria á nuestra Logia de ellas, y la Junta Central aludida, haciéndolas oficiales, las impugna oficialmente y en público.

Invitamos al público en general á leer las conferencias dadas por los miembros de nuestra Logia, desde su fundación hasta la fecha, para que se cerciore de que en ellas jamás se ha dicho una palabra despectiva para nadie, sino muy al contrario, cuando se ha tenido que tocar puntos que difieran de algún credo científico ó religioso, se ha procurado externarlos con suavidad, con cierta mesura, é intentando justificar la razón de lo asentado.

En cambio, leed esas conferencias dadas por los espiritistas y presididas por la Junta Central: notaréis la diferencia. Ellas mejor que nosotros os dirán la mala disposición que abrigan contra nosotros y el bajo concepto en que nos tienen.

Como os hemos nombrado árbitros en la cuestión, vosotros decidiréis. Para mayor comprobación, aquí tenéis con hechos y documentos fehacientes el origen del pecado. ¡La manzana de la discordia!

A fin de no interrumpir la narración de los hechos con la inserción de los comprobantes respectivos, al final de la obra y á título de apéndice, agregamos por orden de numeración las copias textuales de los referidos documentos.

Fecha el 4 de Diciembre de 1906, se recibió en la Secretaría de la Logia una invitación de la Junta Central para asistir á la velada que se verificaría el 10 del propio mes, en honor de los hermanos recién desencarnados, Senillosa y Monteagudo (Doc. nº 1 del Apéndice), con la cual se dió cuenta en la sesión celebrada el viernes 7 del mismo Diciembre. Puesta á la consideración de los presentes, cada miembro expresó con entera libertad su opinión acerca de si se debía ó no asistir oficialmente. Terminada la exposición, se procedió á efectuar el cómputo de votos, el cual dió resultado negativo; pero el Presidente, usando de la prudencia que siempre le ha caracterizado, propuso se contestara cumplidamente en el sentido del acuerdo, y nos suplicó que, en lo particular, asistiéramos todos, á fin de obsequiar de ese modo la invitación. (Docum. nº 2.)

La conducta leal observada por la Logia, dió origen á la primera protesta contra las palabras «político ó dogmático» usadas en la comunicación; protesta que podéis ver marcada con el núm. 3 en el Apéndice, y lleva fecha 26 del repetido Diciembre.

¿Qué podíamos hacer? Sólo dar cuenta con ella á la Logia y mandarla al archivo por unanimidad de votos, pues aun cuando estimáramos que el Espiritismo no sólo es dogmático sino hasta religioso, no debíamos provocar discusión alguna, con el fin de conservar la paz entre aquella corporación y nosotros. Guardamos silencio y continuamos impasibles nuestros estudios, sin hacer reminiscencia alguna sobre un incidente que estimábamos ya terminado del todo; pero con fecha 30 de Enero de 1907, la Junta Central, en atenta comunicación (docum. núm. 4.) nos remitió una carta que el Sr. Francisco V. Ibargüengoitia escribió á su colega y hermano el Sr. José Salvadores Botas, haciendo algunos cargos á la Logia, por el asunto á que nos venimos refiriendo, á fin de que si lo estimábamos conveniente, se diera la explicación en ella pedida. (Doc. n° 5.)

Delicado en demasía era el asunto, dado el aspecto que tomó con la carta aludida, y tuvimos necesidad de considerar con detenimiento la conducta que debíamos observar, á fin de no salirnos de los límites marcados por nuestro plan de estudios, ni por la índole de nuestro Reglamento. Por fin, en 1° de Marzo del año citado la Secretaría envió atento oficio á la Junta Central (doc. n° 6) acompañando la carta del Sr. Ibargüengoitia, cuya devolución se había solicitado, y la contestación que la Logia daba (doc. n° 7) *para sincerarse de los cargos que se le hacían.*

Hacer cualquier comentario acerca de este asunto, sería tanto como incurrir en repeticiones enojosas, toda vez que hemos expuesto con relativa amplitud las razones que teníamos para haber asentado lo que dijimos en nuestra primera comunicación. Los documentos citados servirán para que nuestros jueces dictaminen.

Tras de la tempestad viene la calma, según un aforismo demasiado conocido; y después de este incidente un tanto cuanto enojoso, volvió á reinar la tranquilidad en nuestro Centro y todos proseguimos estudiando como antes. Mas llegada que fué la época de celebrar la velada que la S. T. llama de «Loto Blanco», la cual se verifica en todo el mundo el 8 de Mayo de cada año, se formó el programa correspondiente y se invitó al público para que, con su asistencia, diera realce á la velada. No se excluyó á la Junta Central, que tuvo la galantería de acompañarnos. Uno de los oradores que profesa la fe espírita, miembro de la Junta Central y consocio nuestro, tuvo párrafos como el siguiente:

«La religión, factor importantísimo en el orden y equilibrio de las fuerzas ciegas que se ciernen sobre la dirección y el movimiento social, es estrella refulgente que guía y sostiene á los pueblos durante la peregrinación hacia la tierra prometida, pero también es puente endeble suspendido sobre el abismo sin otro contrafuerte que el de la fe; perdida ó falseada la fe religiosa sin ser sustituida con el conocimiento de la verdad ó con otra idea que mantenga la esperanza, el hundimiento y caída son seguros y consecuencia suya, esa aspiración instintiva que se manifiesta ya de elevarse del fango del escepticismo egoísta, propicio á la vida del reptil, pero tóxico y mortal para la del hombre conciente de la alteza de sus destinos; por esto desde el fondo del abismo en que el fango ahoga el grito, pregunta angustioso ¿cuál es la verdadera religión? ¿acaso no hay Dios? ... Lógico es, por tanto, el movimiento de reacción que impulsa á muchas personas y las conduce á los que enseñan de buena fe y ofrecen recursos salvadores; de aquí el éxito del Espiritismo y el secreto de su marcha triunfal á través de la más enérgica, inconsiderada y anticientífica de las oposiciones; nada como él se ve dispuesto á llenar el enorme vacío del corazón huérfano de fe y de esperanza; nada como él es más propicio para llevar un destello de luz consoladora á la sombra en que se debaten las almas entenebrecidas por la decepción y por la duda; ninguna voz como la suya ha despertado los dormidos ecos de la voz de los maestros despreciados y relegados al olvido; ningún acento como el suyo llama con más dulzura á todos á la comunión donde se verificará nuevamente la consagración del pan y del vino de la confraternidad, que es la ley sin cuyo cumplimiento no se puede realizar el ideal humano.»

Más adelante se lee: «Una misma es la filiación del Espiritismo y la Teosofía; los dos nacieron del amor y la verdad, y ambos conducen al seno de la madre que los dió á luz, etc.»

En otro párrafo expone: «Hasta aquí me he propuesto, tal vez sin lograr mi intento, indicar la razón del advenimiento y difusión del Espiritismo y de la Teosofía en Occidente y precisar las ideas acerca de sus tendencias desde un punto de vista especial, y bajo la idea abstracta de filosofía propiamente dicha, pues la palabra teosofía en relación con la Sociedad Teosófica pierde la acepción general de ser propiamente el conocimiento de la verdad, según dije antes, para restringirse y particularizarse en la idea concreta de esta

«otra acepción: «sistema filosófico Indú, basado en las enseñanzas de los Vedas que, como es sabido, instituyeron la «Religión Bramínica.»

Como veis, el tema elegido por el orador fué la apología del Espiritismo desvirtuando la definición y objeto de la Teosofía, que á juzgar por sus propias palabras, aun no se había dado cuenta siquiera de la amplitud de sus enseñanzas. Mas cómo en el ánimo del público se había despertado cierta duda, se había sembrado la confusión por esa identidad que había pretendido establecer el orador en orígenes, índole y tendencia de ambas *doctrinas*, el Secretario de la Rama «Vydia,» por indicación de su Presidente, hizo pública aclaración acerca de las diferencias capitales existentes entre el Espiritismo y la Teosofía, aduciendo someras razones en que ésta se apoya para no aceptar las prácticas actuales de aquél, sobre todo, en las comunicaciones con los muertos. Si no con las mismas palabras, á lo menos en esencia, dijo que la Teosofía aceptaba al Espiritismo, como uno de los muchos puntos de estudio; como aceptaba con el mismo fin toda clase de religiones, ciencias y filosofías; sin que por ello se entendiera que esa aceptación implicaba la aprobación tácita de sus prácticas, pues rechazaba enérgicamente por inconvenientes y perjudiciales las evocaciones de los muertos, á pesar de ser ciertas y comprobadas hasta la evidencia en casos determinados y relativamente pocos en número, nunca con la frecuencia que se cree en la doctrina de Kardec, que erróneamente se toman por manifestaciones de los seres de ultratumbalos fenómenos que la ciencia ha demostrado ser de carácter distinto.

A nuestro pesar, nos vemos obligados á formular repeticiones, enojosas siempre, pero la índole de los acontecimientos que tenemos que narrar así lo exige; por cuyo motivo, de una vez por todas, rogamos á nuestros lectores nos dispensen su indulgencia.

Continuemos nuestra tarea:

Si la conferencia citada llenó de satisfacción á todos los de la creencia espírita, porque veían en ella una propaganda decidida de sus dogmas, la aclaración hecha por el Secretario de la Rama «Vydia» les disgustó sobremanera. Echaba por tierra ese trabajo ejecutado en momento propicio y establecía fronteras infranqueables entre una y otra doctrina.

Cualquiera agrupación habría observado conducta semejante, porque en aquel acto solemne, no se trataba en manera alguna de hacer estudios que son de índole privada marcados por el reglamento; era una velada netamente teosófica, y en

este sentido, se esperaba que los oradores hubieran desarrollado sus temas correspondientes, es decir, abordando ideas que pusieran de relieve la amplitud, profundidad y utilidad de sus estudios; así como los beneficios que puede obtener intelectualmente todo el que de buena fe se hace estudiante de teosofía.

Alguien, que no lo creo, pudiera objetarnos que con el mismo derecho con que desarrollé puntos teosóficos en las sesiones del 1er. Congreso Espírita, el orador aludido pudo desarrollar puntos espíritas en una velada teosófica. El parangón no puede establecerse, bajo ningún concepto, por muchos motivos: En primer lugar, porque al celebrarse ese Congreso, fué con el fin de estudiar todos los fundamentos del Espiritismo, y en su plan cabían perfectamente, no sólo las tesis teosóficas, sino todas las espiritualistas, aun aquellas que nieguen la comunicación directa; porque teniendo entre los puntos propuestos para estudio, «Puntos dudosos del Espiritismo,» dejaban campo libre á todas las ideas que aceptaran la existencia de los espíritus, pero que dudaran de la efectividad de sus comunicaciones. Dentro de un estudio caben las teorías más absurdas, que la filosofía y la comprobación se encargarán de seleccionar. El segundo motivo, es que en una velada conmemorativa, los temas elegidos deben estar siempre de acuerdo con la índole del acto, que condensa en esos momentos ante el público heterogéneo y profano que asiste, sus ideas, sus tendencias, sus resultados, haciendo la apología de su sistema particular y propio.

Romper esa armonía indispensable en todo acto público, intercalar ideas de carácter diferente, es la secuela natural de las sostenidas por una agrupación; emitir apreciaciones personales que pugnen con las generales de una escuela, secta ó religión cualquiera, es romper el equilibrio que á fuerza de sinsabores mantiene esa agrupación, haciendo el mismo efecto que la piedra colocada sobre los rieles al paso de un tranvía. Todos los pasajeros que en él van, resienten la sacudida con más ó menos violencia según el estado de salud ó de preocupación intelectual en que se encuentren; pero ninguno pensará en los defectos de la vía, sino en el estorbo que ocasionó la sacudida ó en la mano criminal que la colocó para provocar un conflicto.

¿Qué diríais, señores espíritas, si en cualquiera de vuestras veladas—no conferencias—uno de los oradores en el cual hubierais depositado vuestra confianza, abordara la tribuna y tronando contra vuestra doctrina, proclamara á voz

en cuello la excelsitud del mahometismo, por ejemplo? ¿No veríais en ese discurso un ataque, no sólo á vuestras instituciones, sino también á vuestras garantías sociales? Con todo vuestro derecho protestaríais contra aquella nota disonante intercalada en el acorde armónico de vuestra particular melodía. ¿Verdad qué sí? No me podéis contestar por la negativa, porque en breve os tendré que probar que lo hubierais hecho con demasiada energía, supuesto que protestáis de continuo contra frases particulares de los que no opinan como vosotros, y que vertidas en el calor de una conversación, vosotros las convertís en apreciaciones oficiales y con ese carácter las refutáis en público.

¿Por qué os extrañó, entonces, que el Secretario de aquella Logia hubiera cumplido con su deber? ¿Cuál fué la ofensa que os hizo con esa aclaración? Que os disteis por ofendidos, no lo podéis negar, porque el Sr. Rogelio Fernández Güel en su conferencia dada la noche del 26 de Junio de 1907, dijo aludiendo á las palabras del ya citado Secretario: *«el concepto deplorable del referido miembro de la Sociedad Teosófica es el que nos lleva hoy á la tribuna.»* Ya veis, pues, que hasta hoy, hemos procurado demostrar que deseamos cumplir con el hermoso lema que circunda el sello que usamos: *«NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD,»* lema que seguiremos honrando con lealtad. Pero en obsequio de ese mismo lema, debemos proclamar muy alto que las expresiones á que hemos aludido no son: *«Teósofos y espíritas no somos hermanos; nuestras doctrinas son divergentes, nuestros anhelos distintos,»* como el Sr. Güel asienta al principio de su conferencia. Ya hemos relatado en esencia la manifestación aclaratoria, y ninguno de esos conceptos puede encerrar esas apreciaciones, máxime cuando proclamando crear el núcleo de una fraternidad universal sin distinción de razas, creencias, sexos, castas ó colores, el negar esa fraternidad hubiera sido motivo suficiente para que el público hubiera protestado en masa contra semejante absurdo. ¡Eso no lo dijo el Secretario! ¡No lo pudo decir jamás! Los estudiantes de Teosofía seremos ignaros como cuerdamente nos juzgáis; pero nunca llegamos á una estupidez tan supina que neguemos uno de nuestros tres principios fundamentales.

En el siguiente capítulo habremos de ocuparnos de la conferencia en cuestión, aduciendo nuestros argumentos para demostrar una vez más lo injustificado de los ataques que se nos prodigan, pues en nuestro humilde concepto, las afirmaciones de los estudiantes de Teosofía nunca pueden justificar los ataques de los espiritistas.

CAPITULO III.

CONFERENCIAS ESPÍRITAS Y TEOSÓFICAS.

En los primeros párrafos dice la conferencia del Sr. R. F. Güel: «En un escrito de otra rama de la mencionada Sociedad--contestación á unas frases de nuestro hermano Ibar-güengoitia—otros teosofistas, también con ligereza imperdonable, lanzaron sobre los espíritas el gravísimo cargo de «dogmáticos,» quizás para sincerarse de no haber asistido en «corporación á uno de los actos públicos de esta Junta Central.»

«Más tarde un teosofista (alusión directa á mi humilde personalidad), en conversación particular que revelaba el común sentir de las Sociedades Teosóficas, externó esta reflexión orgullosa: «El Espiritismo es el puente de oro para «pasar á la Teosofía.»

«Estas dos últimas manifestaciones, hijas del ambicioso «querer ó del superficial estudio, no motivan esta conferencia, etc.»

Más adelante (pág. 4) hace esta serie de preguntas:

«¿En dónde leyó aquel doctísimo «Ego» que nuestras doctrinas son divergentes y nuestros anhelos distintos? ¿Cuántas horas, cuántos días de profunda y sabia meditación (que bien pudo conducirlo al «Yoga») necesitó para concluir que «teósofos y espíritas no son hermanos? ¿Cogió al acaso un volumen de su venerada maestra Helena Petrowna Blavastky, ó leyó las innumerables obras de algunos adocenados «chelas» que toman siempre de sus instructores lo peor? ¿Fué en el «plano astral» donde supo que las almas de los desencarnados no pueden comunicarse con los terráqueos y que las entidades manifestantes no son tales, sino «cáscaras kamalóquicas?»

Por esto podéis formaros una idea clara de la vasta ilustración del conferenciante, cuando en vez de razonar con todo el reposo que el asunto merece, porque para los espiritistas es de vital importancia, esgrime la sátira, con todo el tono doctoral de quien conoce muy á fondo, no sólo el punto que va á defender, sino la doctrina contraria que va á atacar.

Y no cabe duda que conoce muy á fondo la Teosofía, cuando afirma que los chelas son adocenados y siempre toman de sus instructores lo peor, porque afirmación tan rotunda sólo puede hacerla aquel que ha sido chela y después se ha convertido en «gurú,» ó cuando menos haberse profundizado de las enseñanzas de unos y del aprovechamiento de los otros. Como prueba aun más palpitante de su saber, viene esta otra afirmación: «La clave de la Teosofía que es el Ripalda de esos desventurados, truena en efecto contra la comunicación.»

Confesamos ingenuamente que el Sr. Güel no tiene el rasgo más pequeño de razón al afirmar tan enfáticamente que esa obra sea nuestro Ripalda, porque si es verdad que está escrita en forma de preguntas y respuestas, como otros muchos tratados teosóficos lo están, también lo es que, á pesar de toda la importancia que cada estudiante le conceda, (y habemos muchos que se la concedemos con gran estima) no hace para nosotros el papel del Ripalda entre los católicos, ni como el de Allan Kardec entre los espiritistas. Es una obra que, después de otras elementales, nos prepara suficientemente para estudiar otras, de amplitud mayor y filosofía más profunda.

Tiene razón el Sr. Güel en llamarnos desventurados, porque siendo adocenados chelas, en nuestro justificadísimo ambicioso querer, tratamos de despojarnos del superficial estudio que tenemos tomando lo peor de nuestros instructores para hojear otras obras distintas, buscando enseñanzas no sólo en los Vedas, como queréis, y demás libros sagrados, sino en todas las obras que traten, tanto de ciencias positivas, como de las diferentes escuelas de filosofía. Ya veis si en nuestros atrevidos ensueños, no somos bien desventurados, porque formamos la excepción más triste del aforismo: «querer es poder.» Nosotros queremos, pero no podemos.

No echéis mano de toda vuestra sangre fría (pág. 6) para no prorrumpir en una estruendosa carcajada en presencia de las desnaturalizadas teorías nuestras. Podéis reir cuanto gustéis, á mandíbula batiente, porque aun cuando afirméis cuerdamente que reir no es contestar, bien puede hacerlo quien tampoco contesta usando calificativos como los que van señalados, ó esgrime la sátira en vez de la filosofía. En la misma página 6 ya citada, el conferenciante dice que la Teosofía ha bebido en las fuentes del brahmanismo, el budhismo, el mazdeísmo, el hermetismo, el hebraísmo, el paganismo, y que las

enseñanzas esotéricas de la India, la Caldea, el Egipto, la Judea y la Grecia, han formado el gran cuerpo de doctrina á la cual los *Mahatmas*, personajes de problemática existencia, se han encargado de dar la última mano por medio de la escritora rusa Mad. Blavastky; y lejos de sentir odio por esos sabios, lo cual es muy digno de los espíritas que no saben odiar á nadie, se sienten orgullosos y llenos de admiración porque desde el fondo del Indostán y del Egipto, en unión de los orientalistas les han revelado el sentido oculto de las sublimes religiones y filosofías del mundo antiguo; haciéndoles ver que el Espiritismo fué en todos los tiempos la única y gran verdad, si bien velada por el lenguaje parabólico de los maestros y la imáginación supersticiosa de los pueblos.

Aquí empezamos con las confusiones, porque de lo dicho se desprende con toda claridad, que las religiones y filosofías antiguas del Oriente son los orígenes tanto de la Teosofía como del Espiritismo, y éste, enalteciéndolas comunicaciones con los desencarnados, como poseedores de la única gran verdad, llama á los Mahatmas personajes de problemática existencia, asentando que hay muy marcada diferencia (pág. 7) entre ellos y las entidades del espacio, ó á lo menos lo que los espiritistas entienden por tales, porque en el Espiritismo....sus prácticas son conocidas....Cualquiera puede, con el auxilio de un buen medium y la asistencia de espíritus ilustrados, reconstruir en sus partes los libros del investigador francés....«Nuestros «Mahatmas,» dice el Espiritismo (pág. 8) no tienen miedo á la luz del siglo XX; no son anónimos, no se parapetan detrás de ningún filósofo para revestir sus enseñanzas de cierta vaguedad misteriosa y atractiva....»

La Teosofía dictada por los Mahatmas á la Blavastky, es imposible, absurda, inadmisible; pero en cambio, el Espiritismo dictado por los espíritus superiores á Allan Kardec, eso es una verdad como un templo, como lo afirma el conferenciante sin demostrarlo con el razonamiento más pequeño; porque afirmar no es demostrar, de la misma manera que satirizar tampoco es contestar; y hasta hoy ni habéis demostrado nada con vuestras afirmaciones, ni habéis contestado á nada con vuestras sátiras y vuestros adjetivos.

Dice un axioma que «dos cosas iguales á una tercera son iguales entre sí,» y vosotros nos estáis dando la impresión de que creéis todo lo contrario. La Teosofía y el Espiritismo tienen los mismos orígenes; pero las enseñanzas de seres no humanos en la primera, deben rechazarse, en tanto que deben aceptarse en el segundo.

Con estos razonamientos, vienen á nuestra mente con tenaz insistencia, como explicación á vuestro modo de proceder, estos dos célebres versos:

¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
¿No lo entendiste? Pues ni yo lo entiendo.

Así vosotros, hermanos espíritas, ni vosotros mismos os entendéis con vuestras elucubraciones.

Permitidnos el atrevimiento, si parodiando vuestras mismas preguntas de la pág. 8 de la conferencia del Sr. Güel, os las dirigimos nosotros:

Francamente, ¿creeis que nosotros jamás hayamos visto ni experimentado? ¿No creeis vosotros también *en la existencia de seres anónimos, de grandes sabios ocultos, de excelsas almas incógnitas?* Vuestros espíritus directores y protectores ¿qué otra cosa son? *¿Son hindos, son parsis, son afganes, son judíos? ¿En qué fecha nacieron, quiénes fueron sus padres, dónde bebieron sus enseñanzas, cuándo, cómo y en qué lugar alcanzaron la iluminación?* ¿Podéis demostrarnos hasta la evidencia, que conocéis á conciencia todas estas circunstancias? ¿Los habéis identificado por métodos positivos? ¿Sabéis y os consta su idoneidad, por alguna otra circunstancia distinta de sus propias afirmaciones? ¡Ah, señores espíritas! también vosotros *nada de esto sabéis*....y, sin embargo, nos llenáis de calificativos, á nosotros que hemos cometido la imprudencia de externar nuestras opiniones contrarias á las vuestras; vosotros «que estáis empeñados en demostrar por *a* más *b*, es decir, por los métodos experimentales, la supervivencia del «alma!...vosotros que desdeñáis la especulación, para acogeros á la evidencia,» preferís la balanza de Crookes, que nada demuestra acerca de la supervivencia del alma, como lo veremos más tarde, al idealismo de Platón y al método de Aristóteles, demostrando con ello, que si en un principio confesáis ingenuamente sentirnos admirados y orgullosos de haber obtenido la revelación del sentido oculto, de las sublimes religiones y filosofías del mundo antiguo para ver que el Espiritismo fué en todos los tiempos la única y grande verdad, después de unos cuantos renglones volvéis las espaldas á Platón y á Aristóteles para dar la bienvenida á Crookes!...!Y á los teósofos (estudiantes de Teosofía) nos llamáis especuladores!...vosotros, que de pocos años á esta parte inconscientemente vais apropiándoos nuestro propio lenguaje, nuestras tendencias, como en la pág. 11 afirmáis por labios de vuestro conferenciante, el Sr. Güel: «Los espíritas buseamos en todas las religiones y filosofías sorprendiendo las perlas y dejando

«las conchas, es decir, extrayendo el oro puro de la verdad, del cuarzo inmundo de las tradiciones; pero volviendo, eso sí, á respirar á la superficie de la civilización contemporánea el oxígeno bienhechor de la Ciencia y á bañarnos en la luz radiante del positivismo;» vosotros que desdeñosamente decís que «las obras teosóficas (págs. 11 y 12) están plagadas de hechos extraordinarios, muchos de los cuales traspasan los límites de la imaginación más calenturienta;» vosotros, en fin, que juzgando con el criterio de Huxley, no negáis que esos hechos sean verdaderos, pero sí dudáis, porque una sana vacilación es el principio de toda ciencia; creéis ingenuamente los hechos no menos inverosímiles y extravagantes que se encuentran diseminados en los libros que tratan del Espiritismo, y no nos concedéis el derecho de esa sana vacilación como principio de la Ciencia que pretendemos alcanzar.

¿Acaso el Espiritismo es el único que tiene el derecho de dudar de las otras escuelas? ¿Es el Espiritismo, por ventura, el invulnerable, el santo, el omnisciente y omnipotente, para que todo cuanto afirma, sin demostrar, sea aceptado como el Evangelio, sin que nadie tenga el derecho de dudar? Si el Espiritismo no impone una creencia é invita á un estudio, ¿por qué desdeñáis y motejáis las creencias ajenas? Estudiar, no es saber, es ir en camino del conocimiento; y dentro del campo de investigación todas las dudas son admisibles, como aceptables son todos los métodos de comprobación; pero vosotros que tan alto pregonáis esa libertad y eclecticismo, sois los primeros en seguir la marcha punible de los sacerdotes cristianos que lanzan excomuniones y anatemas contra los herejes. Vosotros no toleráis que se dude de vuestras afirmaciones, ni mucho menos que se nieguen ó reprueben, y denigráis á los que tal hacen, confundiéndolos en vuestras propias especulaciones. No toleráis que se os llame dogmáticos, cuando todo lo dicho y hecho por vosotros hasta este momento lo demuestra con elocuencia, á pesar de vuestras enérgicas protestas. ¿Acaso vosotros sois mucho más aventajados y afortunados que la misma ciencia para haber dicho ya la última palabra acerca de la evidencia de los fenómenos espíritas? ¿Por qué entonces tan enfáticamente afirmáis que el Espiritismo fué en todos los tiempos la única y grande verdad? ¿Por qué declaráis verdaderos todos los hechos maravillosos de que está atestada vuestra literatura, y tacháis de superchería y hasta os burláis de hechos similares de las demás escuelas?

Vosotros sabéis que no todos los fenómenos que se pre-

sentan en las sesiones son debidos á las almas de los desencarnados, (pág. 42) y que despues de los admirables trabajos de Rochas y de Aksakoff nadie tiene derecho de decir que los psiquistas occidentales descuidan esta importante rama de las ciencias ocultas; y cuando un teósofo ó un ocultista hace la misma afirmación, tronáis contra él; protestáis contra sus absurdas teorías hijas de una imaginación calenturienta ó de una supina ignorancia.

¿Por qué decís que «Dios mediante,» llegaréis á «alcanzar el supremo conocimiento de encantar serpientes y matar sapos con la mirada,» si eso pertenece á las artes mágicas que os interesan menos que los fenómenos del Espiritismo puro; cuando eso que vosotros llamáis *artes mágicas* en los demás, en vosotros lo convertís en poderes psíquicos que trataís de probar?

Tampoco ignoráis (pág. 43) que en las incorporaciones y luminosidades hay un noventa por ciento de animismo. Ved, señores espíritas, que esa confesión vale oro para nosotros, porque es nuestra misma afirmación; es lo que siempre hemos dicho para apoyar una de nuestras principales declaraciones acerca del punto principal de divergencia entre el Espiritismo y la Teosofía: *no todos los fenómenos producidos en las sesiones, hemos dicho, deben considerarse como producidos por los espíritus, pues la mayor parte de ellos son debidos á la fuerza psíquica del medium ó la de los asistentes, ó á fuerzas de la Naturaleza no conocidas aún.*

Aquella declaración hecha por vosotros es de alta significación, y cumpliendo con vuestro sagrado deber de sacerdotes del Espiritismo, obráis cuerdamente ilustrando á este respecto á los espíritas novicios y á los fanáticos para que no sean víctimas de la ilusión (pág. 43); pero no tenéis patente que os conceda el derecho exclusivo de tales enseñanzas; por consiguiente, en nuestra humilde opinión, tampoco tenéis ni derecho ni razón en oponeros á que un teósofo, un ocultista ú otro investigador cualquiera, haga las mismas declaraciones en público ó en lo privado.

Los teósofos y los ocultistas, jamás hemos negado la posibilidad de las comunicaciones de los espíritus encarnados con los desencarnados, porque tenemos la absoluta seguridad de ello; pero sí afirmamos que esta comunicación no se consigue con la frecuencia que se atribuye en círculos espíritas, donde siempre se reciben comunicaciones de ultratumba á cualquiera hora y en cualquier lugar que se celebra una reunión. Ya veis, pues, que ese noventa por ciento de que habláis, «en

las incorporaciones y luminosidades, es nuestra propia afirmación. Esto no admite réplica. Sin embargo (pág. 41), «estáis dispuesto á probar, con los más distinguidos teósofos y ocultistas, que los desencarnados se comunican con los encarnados:» esta prueba no la alcanzaréis en manera alguna; como nada habéis probado en toda la secuela de vuestra conferencia; habréis argumentado con mayor ó menor lucidez, nos habéis puesto de relieve vuestra vastísima ilustración, citándonos una multitud de opiniones caracterizadas, y aun de hechos comprobados por sabios, pero nada más. Vuestro criterio adolece de los mismos defectos que marcáis en el nuestro: estar apoyado en opiniones ajenas y no en comprobaciones personales.

No nos llaméis al terreno de las especulaciones oratorias, donde se exhiben en la tribuna las mejores dotes de los que toman la palabra, como se exhiben en los aparadores públicos las mejores mercancías para despertar el deseo de adquisición; llamadnos al terreno de la experimentación positiva, donde sean aceptables para su estudio las teorías de cualquiera clase que se presenten, aun las que pudieran parecer más absurdas á primera vista; donde sean puestos en práctica todos los métodos de experimentación que nuestra mente pueda sugerirnos, para aceptar con absoluta lealtad, sin prejuicio, sin preconcepciones, lo que la comprobación positiva nos demuestre, y entonces nos encontrareis dispuestos á trabajar. Pero tened bien entendido, que nosotros los estudiantes de Teosofía y de Ocultismo, no creemos lo que los demás han comprobado, sino hasta que nosotros mismos hemos hecho la misma comprobación con idénticos resultados; de manera que mientras vosotros no nos evidenciéis de un modo positivo que vuestras comunicaciones con los desencarnados son auténticas, en las condiciones que las obtenéis, seguiremos dudando de ellas y á pesar de vuestras protestas, continuaremos externando nuestras particulares opiniones.

Con lo poco que hemos dicho hasta aquí, hemos procurado, quizá sin lograrlo, poner de relieve ante nuestro docto juez, el público en general, la índole de la primera conferencia espírita publicada, en contra de nuestro modo de proceder, y obligación tenemos de presentar también ante los que nos han de juzgar, las conferencias que la Logia «Aura» ha estado dando desde su fundación, el cuarto viernes de cada mes, en los distintos lugares que ha ocupado, siendo de un año á esta parte en el salón de la H. Sociedad «Siglo XX,» sito en el número 17 de la Cerrada de la Misericordia, y

hoy en el Puente de la Leña nº 9, cedido galantemente y de manera gratuita por esa respetable agrupación mutualista, á la cual tributamos un voto más de agradecimiento, ya que se nos presenta una nueva oportunidad para ello.

Los artículos correspondientes de nuestro reglamento, son como sigue:

Art. 28º.—Las sesiones de propaganda se verificarán el cuarto viernes de cada mes. No se dará cuenta con asunto alguno relativo á los trabajos de la Logia, reduciéndose á las conferencias que den, bien los miembros de ella, ó bien un M. S. T. (Miembro de la Sociedad Teosófica.)

Art. 29º.—A estas sesiones de propaganda concurrirán además de los miembros de la Logia, las personas invitadas al acto.

Es evidente que no abrigamos la pretensión de que lo que vamos á decir se crea por el solo hecho de que nosotros lo afirmamos, sino que estamos dispuesto á comprobarlo con los documentos originales que obran en el Archivo de la Secretaría de la Logia «Aura,» donde se han ido coleccionando todas las conferencias y pueden consultarse por quien lo desee.

De acuerdo con los dos artículos citados, las conferencias tienen por unico objeto dar á conocer al público la índole de las teorías comprobables que para su estudio toma la Logia, procurando dar á conocer las leyes en que se fundan y las ciencias positivas que las han demostrado. De suerte que, si en una conferencia el público escucha las razones que los teósofos tenemos para aceptar la constitución septenaria del hombre, procurando demostrar científicamente los siete planos (entiéndase grados diferenciados de manifestación) de evolución cósmica; en la siguiente conferencia se hace un estudio de las vibraciones producidas por el impulso de la voluntad *una*, produciendo en sus interferencias, las diferentes manifestaciones divinas, espirituales, mentales, astrales y materiales, apoyando estas ideas con las últimas comprobaciones de la ciencia. Una tercera conferencia versará, por ejemplo, sobre Karma, ley de causa y efecto universal, que tiende á demostrar la verdadera y absoluta justicia divina, excluyendo la idea de un dispensador antropomorfo y pasional de beneficios y desgracias, según su antojo. La cuarta conferencia se basará, sobre «Amor Universal,» donde se estudian las leyes de afinidad, de atracción y repulsión, considerando las causas que mantienen en equilibrio á todos los cuerpos y á todos los seres visibles é invisibles del universo

todo; otra, en fin, hará estudio comparativo de las religiones, ó hablando de los últimos descubrimientos de la ciencia, demostrará el tiempo antiquísimo desde el cual ya eran conocidas por los orientales esas ciencias; y así abordando cada conferenciante un tema de su particular elección, sólo tiene la obligación de poner de manifiesto la parte que se ha asimilado de sus estudios, aduciendo las razones científicas y aun sus propias comprobaciones en que se apoya para decirlo; pero en ninguna conferencia encontraréis una palabra denigrante para escuela, secta ó religión; en ninguna encontraréis acres censuras para los que no opinan como nosotros. Nuestra única labor consiste en hacer público lo que creemos, dando las razones que tengamos para ello; demostrar los puntos de divergencia con los que piensan ú opinan de manera distinta, razonando siempre nuestras apreciaciones.

Así como en el psiquismo buscamos la explicación del 90% de los fenómenos espíritas, de la misma manera inquirimos el principio único filosófico ú oculto en todas las religiones existentes en el mundo: vamos en algunos momentos á ponernos en contacto con la Astronomía desde sus primeras manifestaciones; tocamos la Astrología; admiramos á los Galileo, los Kepler, etc., y llegamos hasta los últimos problemas de la comunicación por medio de señales con los habitantes de Marte; en las manifestaciones de la electricidad, del vapor, del pensamiento, de la circulación de la sangre, de la transformación de la materia, en el movimiento de los astros, en la luz, en el sonido; en una palabra, en todo cuanto nuestros sentidos limitados y nuestros aparatos científicos pueden apreciar, tratamos de desentrañar la vida, manifestación universal del pensamiento primordial del «LOGOS.»

Así nos aventuramos en el piélago inmenso de la infinita Naturaleza; así adquirimos nuestras particulares convicciones; todo lo aceptamos para su estudio; pero no todo lo creemos; de suerte que para nosotros es perfectamente discutible que la mandrágora cante (pág. 14) y que las fórmulas sagradas (mamtrams) sirvan para ahuyentar pulgas y los sortilegios para hechizar sapos. Aquello que aceptado para estudio no se llega á comprobar, se desecha como inútil y se da atención á otro punto que correrá, quizá, la misma suerte, ó formará parte de nuestros conocimientos y de nuestra conciencia si logramos llegar á su comprobación.

Si somos investigadores eclécticos, si anhelamos alcanzar comprobaciones de las teorías que estudiamos, ¿qué pue-

de preocuparnos que tal escuela ó tal secta no opine como nosotros, si no es sólo para ver sus teorías, sus leyes, sus comprobaciones, para comparárlas con las contrarias y aducir nuestros razonamientos, para formar nuestra convicción, quizá distinta de las dos?

Si abrigamos la creencia de que nadie es poseedor de la verdad única, y que todos, sólo han adquirido una parte insignificante, un aspecto determinado de ella, no podemos bajo ningún aspecto vanagloriarnos, como ninguno puede hacerlo, ni vosotros, de que enseñamos la verdad única, y menos podemos creer las afirmaciones de escuela determinada, cuando nos dice las mismas adquisiciones de su parte.

Oíd á cada escuela, á cada secta, sea científica, filosófica ó religiosa, y todas afirman ser ellas las poseedoras de la verdad. Ya lo dijimos al principio: esta es la causa principal de sus antagonismos. Pero basándonos en esta inevitable manera de ser de toda agrupación, nos ponemos en contacto con todas, sin excepción alguna, para descartar la paja y tomar la simiente aprovechable, y del conjunto de pequeñeces que vayamos acaparando, de aquí y de acullá, formamos un algo más homogéneo, que sin ser aún la verdad completa, es cuando menos lo más aproximado á ella; lo que encierra el mayor número de las partes de un todo diseminado en la superficie de nuestro globo, bajo la denominación de conocimientos humanos.

CAPITULO IV.

PRETENSIONES DE DOS ESPÍRITAS.—ALGUNAS DE SUS AFIRMACIONES.—CONFERENCIAS DEL DR. A. KRUNN HELLER.

En los capítulos precedentes y basándonos en la conferencia del Sr. Güel, que en virtud de estar publicada es un documento fehaciente para nuestros razonamientos,—pues si tratáramos de hacer hincapié sobre las demás conferencias, que aun no han visto la luz pública, se pudiera creer que en cierto modo procurábamos adulterar los hechos en favor de

nuestra causa, resultando por consiguiente, desprovistos de valor los argumentos que pudiéramos aducir.—en los capítulos precedentes, decíamos, hemos hecho ya exposición de algunas de las pretensiones de los espíritas, tales como creerse los únicos poseedores de la verdad; ser sus conocimientos muy superiores á los de la Teosofía; no ser dogmáticos, ser ecléticos, etc.; y á trueque de incurrir en algunas repeticiones, que á nuestro pesar tenemos que hacer, vamos á poner de relieve con más vigor dichas pretensiones, consignadas con toda claridad en la tantas veces citada conferencia: *Intesis del credo espírita moderno.*

Su primera pretensión es tener á la Verdad, Dulcinea de los filósofos, como reina y señora de sus pensamientos; y en honor de aquella, hemos visto que la falta cometida por ellos está en ser completamente distintas las afirmaciones expresadas en público por el Secretario de una de las Logias teosóficas establecidas en la capital, y lo afirmado por el conferenciante y los espíritas en general.

La segunda falta está en su afirmación: «El Espiritismo no impone una creencia, invita á un estudio.» Veamos cómo cumplen nuestros hermanos con ese precepto.

Cuando un Cuerpo científico ó filosófico invita á un estudio, abriendo de par en par las puertas de la investigación á todos los que sean amantes de la verdad, sin pretender imponer una creencia, su principal deber es el de permanecer neutral ante las creencias ajenas, evitando de este modo prejuicios, preconcepciones, y exigiendo única y exclusivamente, no la demostración razonada de las teorías que se le expongan, sino la comprobación científica de ellas; como obligación tiene ella también de obrar en el mismo sentido, para satisfacer á los que se acogen á su invitación, justificándose plenamente. Pero desde el momento en que el invitante empieza por sentar premisas como éstas:

«La Clave de la Teosofía,» que es el Ripalda de esos desventurados; los Mahatmas son personajes de problemática existencia; nada de misterioso hay en el Espiritismo.—Nuestros “Mahatmas” no tienen miedo á la luz del siglo XX; no son anónimos; no se parapetan detrás de ningún filósofo para revestir sus enseñanzas de cierta vaguedad misteriosa.—Que los fanáticos teósofos todo lo aceptan.—Todas las religiones nacieron del Espiritismo.—Quienes explican el nacimiento de las creencias en los primitivos hombres atribuyéndolo á los fenómenos geológicos, se equivocan.—La religión nació de la muerte el día en que el hombre se detuvo á meditar

«ante un cadáver y oyó la voz misteriosa de los difuntos.—Nuestra misión no es la de encontrar fórmulas sagradas para ahuyentar las pulgas y sortilegios para hechizar los sapos, «sino la de probar al siglo XX la supervivencia del alma y de «finir los poderes psíquicos.—Que los sabios espíritas arrebatan uno á uno sus secretos á la tumba.—Teosofismo ó Aní« mismo es parte integrante del Espiritismo en lo que se refiere á su historia y á sus prácticas, y es Espiritismo puro en «lo que atañe á la constitución del hombre, á los cinco planos «y á la filosofía en general.—El Devachan es el palacio de la «Magia y del Ocio en el reino de la Locura.—Que el Ocultismo «es un enano que se disfraza de cíclope.—El argumento en «que la Logia del "Ocultismo" se basa para decir que la hu«manidad no está preparada para conocer dichos secretos, es «presuntuoso y baladí, etc., etc.» sin dar á conocer las razones que tiene para hacer tales afirmaciones, ya que no las demuestra, falta completamente á su invitación al estudio y se propone, si no imponer su creencia, cuando menos despertar prejuicios en el ánimo de los demás, influyendo de modo indirecto con sus doctorales afirmaciones para encauzar las opiniones en el sentido que le conviene. Ya no conserva esa neutralidad que debe caracterizar al investigador de la verdad, que trata de desentrañarla buscando en todas las religiones y filosofías, para sorprender las perlas y dejar las conchas, extrayendo el oro puro de la verdad del cuarzo inmundo de las tradiciones.

El buzo baja al fondo del Océano, sumergiéndose en la ignota y movediza onda, hasta llegar al fondo de donde, entre el fango y los miles de productos marinos, descubre las conchas de la clase productora de la perla, y procura tomar las que en mayor número pueda llevar consigo, ó el aparato destinado al objeto, y ya una vez de vuelta á la superficie de las aguas y de regreso á la costa, se escogitan las pocas que tienen entre sus valvas el tesoro anhelado y se desechan las inútiles. Allí y no en el fondo del mar es donde hace su selección.

Para extraer el oro puro de la Verdad, del cuarzo inmundo de las tradiciones, se necesita arrancar primero la maleza del prejuicio que cubre la superficie del campo de la investigación, para poder hacer inquisiciones en todos sentidos, sin desechar observaciones de ningún género, hasta encontrar algunos indicios precursores de la veta anhelada y comenzar la excavación de las galerías subterráneas, que nos harán descubrir el inmundo cuarzo de las tradiciones, si es que inmundo puede llamarse al depositario de un tesoro. Una vez que

con trabajo cruento tenemos en nuestro poder la tradición, hay necesidad de hacer lo que con el cuarzo, hacerla polvo, es decir, convertirla en una masa informe en apariencia, pero segregable ya de los elementos que la componen. De este trabajo se encargarán la máquina cerebral movida por la razón. Aquel conjunto de verdades y tradiciones pasará por el baño depurador de la filosofía en los estanques de la ciencia; la corriente de los conocimientos humanos arrastrará el cuarzo de la tradición, dejando en el fondo el oro puro, el conocimiento de la verdad, que se graba en nuestras conciencias de manera imperecedera. Pero tenemos bien entendido que de la misma manera que el buzo y el minero no siempre pueden vanagloriarse de encontrar respectivamente perlas ó oro, y mucho menos afirmar que sean poseedores de todas las perlas y de todo el oro del mundo, de la misma manera creemos que ni todo lo que afirman los espiritistas es verdad, ni mucho menos que sean los únicos poseedores de esa Verdad, por la cual han desenvainado, sin razón, la espada del polemista, para blandirla con el atolondramiento propio del que en un arranque de ardoroso querer, hace suya la causa ajena y arremete denodado contra los imaginarios enemigos gigantescos y alados, que con el vertiginoso girar de sus aspas, impulsadas por el viento, lo dejarán maltrecho y arrepentido, magüer que nunca escarmentado.

Cada una de las afirmaciones citadas, es la manifestación externa de las pretensiones que tienen acerca de los conocimientos de que se creen poseedores. Basta para convencerse de la verdad que nos asiste, con recapacitar un momento en que sus «Mahatmas» ó espíritus superiores no tienen miedo á la luz del siglo XX, porque hay un hecho significativo que no puede pasar inapercibido ante el criterio de un observador imparcial, y es el siguiente: los espíritus que se comunican en los Círculos de una ciudad ó una nación determinada, son por lo general secundadores del movimiento intelectual dominante, y más particularmente del grado de adelanto moral. Parece que los de ultratumba asisten á nuestras aulas y se enteran de nuestra prensa, porque antes que los humanos conocieran algo, ninguna comunicación versaba sobre el asunto; pero una vez que el dominio público tomó entre sus manos algún descubrimiento ó alguna teoría, empiezan á insinuarse en la cuestión. Esto nos hace pensar un poco con detenimiento, y casi nos inclina á creer que es una de tantas comprobaciones de que los desencarnados siguen en contacto íntimo con el mundo material, comuníquense ó no con los

que aún no lo están; pero que en los casos en que llegan á comunicarse con nosotros, no es para enseñarnos, sino para aprender lo que ya sabemos.

Antes de que en esta capital se iniciara el establecimiento del primer Centro Teosófico, se comunicaba en un Círculo de cierto prestigio, un fraile que dijo ser de la Edad Media y poseer profundos conocimientos en Teología y otras ciencias; y allá por el año de 1907, cuando se suscitaron las primeras divergencias que ya conocéis, el reverendo sacerdote citó entre sus conocimientos la Teosofía, lo cual no había hecho antes, y se arrancó con un discurso en contra de los que lo profesaban, con toda la impunidad y autoridad de que gozaron esos seres intangibles. Sabemos que alguno de nuestros hermanos de la Logia pretendió iniciar una discusión con él; y aunque la aceptó desde luego, de entonces á la fecha estamos esperando se sirva señalarnos el día y la hora en que se verifique. Notemos este dato mucho más curioso que el anterior: se comunicaba en un Centro Espírita, y enalteciendo la doctrina, tuvo que tronar en contra de la Teosofía. Antes hablaban de Magnetismo; hoy disertan sobre las distintas fases del hipnotismo, hablan de telepatía, de psicometría, etc. Sería muy largo hacer una relación sucinta de hechos que comprobarán hasta la evidencia esta particularidad. Más aún; excepción hecha de los casos rarísimos en que se obtienen comunicaciones de algún valer, todas las demás están en relación directa, por no decir íntima, con el grado de desarrollo intelectual y moral de los mediums, detrás del cual se parapetan los comunicantes para revestir sus dictados, no sus enseñanzas, de cierta vaguedad misteriosa. Sí, señores, los espíritus según la Junta Central no se parapetan detrás de algún filósofo para revestir sus enseñanzas de cierta vaguedad misteriosa; pero según ellos, según nosotros y según todo el mundo profano, los espíritus se parapetan detrás de un simple médium para el mismo fin: ¡Ojalá que se escudaran en algún filósofo! como nuestros Mahatmas. Ya veis; nada de misterioso existe en el Espiritismo, nada, absolutamente nada. No es misteriosa la sombra que debe envolver á los circunstantes para las manifestaciones de cierta índole porque no tienen miedo á la luz del siglo XX; no son misteriosas las evocaciones de los muertos, como misteriosos tampoco lo son los movimientos de las mesas, los raps, las escrituras sin contacto, los aportes, los tocamientos y los sonidos, ni ninguno de los múltiples efectos. Todos los circunstantes *ven*, sí, señores, ven á las entidades del otro mundo, que con compla-

cencia sin igual vienen al llamamiento de los creyentes y producen todos esos juegos. La evidencia se palpa desde que se penetra á la sala en que ha de celebrarse una sesión: todo es luz, libertad de acción; nadie ocupa siempre un lugar determinado; la cadena no se forma con personas escogidas; no hay recogimiento; no se murmuran oraciones; no se guarda absoluto silencio, nada en fin. Por estas circunstancias jamás se han suscitado divergencias entre los Círculos Espiritistas y las escuelas científicas que estudian la psicología y las ciencias ocultas; por eso los espiritistas no toleran que nadie más que ellos posean la verdad y vayan á la vanguardia del saber; por eso, en fin, pretenden monopolizar la ilustración de todas las clases sociales por medio de sus conferencias, donde con toda ingenuidad se llaman en público, los únicos sabios, los únicos despreocupados, los únicos investigadores, los únicos perfectos.

Ellos hacen muy bien en no aceptar los signos cabalísticos, porque siguen el mismo sistema de los sabios occidentales; nada de lo que los hombres sepan ó descubran es bueno, á pesar de su innegable utilidad, si no ha sido aprobado por ellos. Los signos cabalísticos que tanto horror les producen ¿qué otra cosa son, sino figuras mnemotécnicas de las leyes que hay que tener presentes? ¿No todos hemos convenido, por ejemplo, en considerar el signo ∞ como la representación del infinito? ¿por qué entonces motejarnos si nosotros nos representamos al hombre bajo la forma de $\hat{\tau}$? De esta suerte podría multiplicar los ejemplos citando tantos signos de uso corriente que representan una circunstancia determinada, y cuya sola contemplación despierta en nuestra mente la forma en que debemos dirigir nuestras acciones. La misma razón podemos aducir para lo que llamamos palabras misteriosas, y que nosotros conocemos bajo la denominación de «mamtrams». ¿Qué cosa es el lenguaje, sino una manifestación externa del pensamiento que brota en el cerebro del animal, ya se le llame racional ó irracional? El lenguaje es una de tantas creaciones que el hombre, á semejanza del Gran Todo, emite en su incesante movimiento de vida conciente. Tenemos la convicción de que ellos, los espiritistas, conocerán una parte interesantísima de esa Verdad que guardan con tanto celo: la potestad del Verbo. Sabrán también la íntima relación que existe entre el pensamiento que al brotar produce determinadas vibraciones (coloridas ó no, nada importa), el verbo ó palabra que traduce también por vibraciones de otra índole la primitiva idea, y la manifestación tangible,

la cosa material, como producto de esas mismas vibraciones, interferidas en el plano más denso de la naturaleza. La fe intensa con que el creyente eleva una oración y que al final se traduce, en ocasiones, con la realización de sus ideales, á los que llama milagros ó concesiones de los santos á quienes va dirigida, ¿no es una comprobación exacta de lo dicho anteriormente? La petición que los mismos espíritas hacen al comenzar sus sesiones, pidiendo al Todopoderoso permita comunicarse con ellos á entidades de ultratumba que posean cualidades elevadas; sus invocaciones y evocaciones, ¿no son otras modalidades del mismo tema? ¿Por qué cantan para influir más poderosamente en el éxito de sus fenómenos? Entonces, no podemos comprender la razón de esa aversión por nuestras palabras, que no tienen más defecto que estar dichas en el idioma que fueron establecidas, como se recitan oraciones en latín, como todos los idiomas hijos de esta lengua conservan vivas miles de palabras compuestas de la raíz de la cual se derivan, ó tomadas de otra, como el griego, para sintetizar en una sola palabra una definición, una ciencia, una ley, etc. Los nombres de las notas musicales, repetidas por septenarios ascendentes ó descendentes, no son más que palabras mágicas que producen determinado número de vibraciones invariables, que se traducen para nuestros sentidos corporales en la «forma» de sonidos; pero que para la física se traducen en formas geométricas, ya sean luminosas ó de otro carácter, son ejemplos científicos del poder del mam-tram.

De lo dicho hasta aquí, podemos deducir únicamente, que si fueran expresadas nuestras palabras misteriosas, que nada de ello tienen, en un lenguaje conocido por los espiritistas, dejarían de hacerse acreedoras á sus reproches; y nosotros lo sentimos en lo íntimo de nuestra alma, pero no podemos llevar nuestra condescendencia hasta ese punto, supuesto que hay palabras en sanscrito ó en hebreo que no tienen traducción en nuestro idioma, y al pronunciarlas en su sonido primitivo no hacemos más que conservar el tecnicismo particular del punto de estudios correspondiente, como cada profesional, desde que empieza á estudiar los primeros libros de la carrera á que se dedica, tiene que aprender y usar el tecnicismo propio, perfectamente adecuado á los ramos de esa misma carrera. ¿Qué dirían los espiritistas de un médico que en vez de definir una congestión en la región coxal, en tesis científica dijera que el paciente tenía una hinchazón en la rabadilla? Habéis reído ¿verdad? porque esto resulta altamente

ridículo. Nosotros tenemos la convicción de que el tecnicismo debe usarse siempre que se trate de expresar con toda precisión una idea, y estas palabras resultan misteriosas ó incomprensibles y hasta absurdas para el ignorante que desconoce ese ramo. Mas no porque alguien desconoce esa terminología particular, debemos concederle el derecho de apostrofarla. Cuando más, podríamos suplicarle nos dé las razones que tiene para no aceptarla; pero como éstas no se reducen más que al desconocimiento de la ciencia que lo emplea, pedir las resulta una imprudencia, porque obliga al denigrante á quitarse el antifaz de falsa sabiduría para mostrarse sin pretensión (que es el escudo de la ignorancia), como las nueces de aspecto hermoso, pero vanas en el interior.

Muy á nuestro pesar tenemos que ocuparnos de otro punto, que aun cuando no se refiere exclusivamente á nosotros, sino al mundo científico en general, encierra otra de las pretensiones mayúsculas. Nos referimos al punto tan debatido del origen de las religiones. Oíd, nuestros pacientísimos jueces, esta afirmación magistral: «Quienes explican el «nacimiento de las creencias en los primitivos hombres atribuyéndolo á los fenómenos geológicos ¡¡¡SE EQUIVOCAN!!! La «religión nació de la *muerte*, el día en que el hombre se detuvo «á meditar ante un cadáver y oyó la voz misteriosa de los difuntos.»

Es evidente que si tratáramos de hacer una refutación científica, habríamos de apoyarnos en las investigaciones de tantos sabios, que en todas las épocas y en todas las escuelas se han ocupado del asunto, y esto implicaría mucha erudición, que estamos muy lejos de poseer, y mucho espacio, quizá algunos volúmenes, que no podemos escribir. La índole de esta obra no nos permite entrar en detalles, y por lo mismo, sólo nos vamos á permitir hacer algunas consideraciones acerca de las dos grandes divisiones que existen sobre el origen de la humanidad, y por ende, de la primera religión que profesó; esperando con verdadera ansiedad las razones que el Sr. Güel posea, á fin de aceptar definitivamente su enseñanza, si la comprueba científicamente, en vez de estar en esas vacilaciones que producen las sectas religiosas, y que afirman que su fe es la única "revelada;" puesto que todas las religiones hablan generalmente de revelación.

Dos orígenes principales se atribuyen á la humanidad: el primero y más antiguo, es el de una sola pareja creada por Dios á su imagen y semejanza; y el segundo, más moderno relativamente, es el de la transformación gradual de las es-

pecies zoológicas, produciendo el simio, el pitecantropus, y por último, lo que se llamó el hombre primitivo, que á su vez ha seguido transformándose hasta producir la enorme variedad de hombres que pueblan la superficie del globo terráqueo.

Refiriéndonos á la primera teoría, dándola por evidente, sin meternos á discutirla y sin decir si la aceptamos ó no, es decir, tomando en nuestras manos el cuarzo inmundo de la tradición, vamos á extraer, si podemos, el oro puro de la verdad.

Adam y Eva, después de su pecado, fueron arrojados del Paraíso terrenal y condenados, él á ganarse el sustento con el sudor de su rostro, y ella á parir con dolores. En cumplimiento de lo mandado, Adam se puso á labrar la tierra para mantenerse en unión de su seductora, la cual, como premio de su fineza, le obsequió en el transcurso del tiempo con dos hijos: Caín el mayor; Abel el menor. El primero era de instintos perversos; no podía ser de otra manera, supuesto que había sido engendrado bajo la reciente impresión del trascendental acto de golosinear que hizo que la pareja feliz se comiera aquella inolvidable manzana, causa eficiente de nuestras actuales desventuras. El segundo hijo era bueno, porque habiendo los padres conocido su culpa, se arrepintieron de ella, aunque tarde, y Abel vino al mundo bajo el influjo de los mejores propósitos de sus progenitores. La divergencia de ideas y al mismo tiempo la circunstancia de que la columna de humo desprendida de las piras de los sacrificios que hacían á su Dios y Señor, tomaba distintas direcciones; pues mientras la que procedía de la de Caín se abatía por el suelo, la del holocausto de Abel ascendía hasta los cielos, con lo cual quedaba demostrado que Dios desde un principio aceptó, como sigue aceptando, la ofrenda de los buenos, y rechazando la de los malos, hizo brotar la envidia en Caín; á solas meditó su venganza, y armándose de un maxilar de asno, sin saber lo que iba á resultar, divide el cráneo de Abel, que cae muerto. Cuando el primer fraticida se dió cuenta de lo acontecido, su conciencia aun no formada por experiencia, se despierta y levanta la más enérgica de las protestas. Caín huye aterrado de aquel lugar, y ni el rincón más oscuro y solitario de la tierra le da consuelo. Por todas partes oye la voz de su hermano y ve su fantasma que le sigue, etc., etc.... Tendríamos que narrar muchos versículos de la Historia Sagrada.

En primer lugar, tenemos que convenir que si en este pasaje histórico, dándolo por cierto, se apoya el conferenciante para demostrarnos que allí tuvo nacimiento la primera religión, tenemos que negarlo rotundamente, porque aunque

pudiera hacerse hincapié en que esto fué la primera manifestación espírita, no podemos aceptar que el Espiritismo desde origen tan remoto haya sido la primera religión. Según el mismo texto, Adam tuvo religión desde antes de que su Creador le diera, por medio de la costilla de aquél, una hermosa, pero pérfida compañera: el primer razgo de adoración lo tuvo nuestro padre primitivo cuando, por medio del soplo divino, su cuerpo de barro se tornó en carne y huesos y se despertó su razón. La misma Biblia nos dice que el hombre y todos los seres, cantaban sus alabanzas al Señor todos los días. Después del pecado, y ya en la tierra de dolores, Adam y Eva primero, y después en compañía de sus hijos, ofrecían sacrificios á su Dios, para tenerlo propicio y evitar sus enojos. Si estas prácticas no son testimonios fehacientes de la existencia de los primeros rudimentos de las actuales religiones, que venga el mismo Adam á desmentirnos. Mas como todo esto ocurría antes del crimen pasional del impulsivo Caín, queda demostrado con plenitud que la primera religión no nació en las condiciones afirmadas por el conferenciante, sino mucho antes de que Caín, el primero, se detuviera á hacer consideraciones ante el cadáver de su hermano.

Estudiemos el segundo punto: La evolución zoológica.

Vamos á hacer esfuerzos inauditos para colocarnos á la altura de los conocimientos más modernos, procurando dar á nuestro lenguaje la mayor sencillez, para que no se nos tache de que empleamos términos que huelan á palabras misteriosas. Vamos á inmergirnos atrevidamente en el océano de la ciencia, cuyas movedizas ondas surcan en todas direcciones desde el humilde pescador hasta el más gigantesco acorazado, y procuremos sacar una sola perla, la más pequeña, pero que sea el testimonio elocuente de que hemos buceado. Si el resultado no corresponde á nuestro afán, cúlpese á nuestros guías que nos indicaron el lugar de la inmersión.

Probado está por las ciencias positivas, de una manera tan terminante que nadie puede negar, que en el animal más rudimentario existen las tres facultades del "alma," memoria, entendimiento y voluntad, que antiguamente se creían ser únicas del hombre. Probado de la misma manera está, que á medida que se asciende en la escala zoológica y las familias se perfeccionan, esas tres facultades adquieren á su vez mayor desarrollo, como si la sabia naturaleza las aumentara con el fin de que el animal pueda subvenir á las necesidades que se aumentan á medida que la especie evoluciona. De esta suerte, de una manera insensible, pero gradual, llegamos

hasta el animal, que sin dejar de ser animal, puede llamarse hombre, y tiene, como es natural, más desarrolladas esas tres facultades que la especie de donde procedió. Sabemos que esta transformación se ha operado en millares de millares de años, y que en realidad no se puede, si no es por comparación de tipos, de especies características y alejadas unas de otras por intervalos considerables, establecer diferencias, como lo vemos en nuestras actuales razas, en comparación con las de la edad de piedra ú otras épocas más atrasadas; pero no podemos precisar el momento en que una raza se transforma en otra; porque las circunstancias que concurren á ello no se agrupan á la vez, sino se van sucediendo unas á las otras por intervalos de tiempo considerables. Con el mismo cambio de una raza en otra, se van transformando las facultades intelectuales, y la misma observación diferencial podemos hacer con respecto al movimiento racional, que la que hicimos sobre el cambio de forma; de suerte que, salvo los casos en que ha aparecido un reformador de ideas, como Cristo, no podemos tampoco darnos cuenta del momento preciso en que la humanidad cambia de ellas.

Basándonos en estas verdades innegables, también podemos decir que estando el animal acostumbrado á ver en su derredor la cesación de la vida, la comprende, supuesto que en ciertos animales podemos notar que les impresiona dolorosamente, se alejan del lugar en que han visto producirse la muerte de un semejante, y se tornan desconfiados en circunstancias similares. Cuando nos encontramos ya en presencia del animal-hombre, lleno aún de las costumbres salvajes, con el instinto mucho más desarrollado que la especie de donde provino, pero sin que se pueda llamar aún inteligencia, tenemos que convenir en que siguió presenciando el fenómeno muerte, ya sea por enfermedades, ya por causas no comprendidas por él, ó bien por motivos externos, como los grandes cataclismos, los fenómenos atmosféricos, ó los accidentes, ó las luchas entre sí y con los animales que le atacaban ó que él cazaba para alimentarse. De cualquiera manera, estaba, desde antes de ser hombre inteligente, en posesión de los conocimientos suficientes para distinguir los dos fenómenos: vida y muerte, sobre los cuales aun no había recapacitado, supuesto que su experiencia como hombre empezaba á tomar forma, ganando gradualmente terreno sobre la conciencia del animal. Este lento cambio de transformación intelectual fué el que gradualmente lo hizo ir saliendo de las costumbres rutinarias del animal para adquirir nuevas, mejor adaptables á

su mejoramiento alcanzado, y el que también le hizo irse asimilando mayor número de conocimientos que formaron su primitivo aunque rudimentario, criterio.

Sin criterio no pueden valorarse ni los objetos que nos rodean, ni los fenómenos que se producen; de suerte que, á medida que la intelectualidad del hombre crecía, daba mayor importancia á lo que le rodeaba, y de esta importancia surgieron las diferencias de apreciación acerca de las causas producidas por el hombre mismo y las producidas por la Naturaleza. Las primeras, contrarrestables por la fuerza ó por la astucia, las afrontaba con la esperanza de salir victorioso; las segundas, incontrarrestables en lo absoluto, le hacían estremecer de pavor, por la seguridad de salir vencido, sin recurso alguno de defensa.

Los hechos que más profundamente impresionan nuestra conciencia, más que los placenteros, son los que nos causan dolor ó espanto: de aquí las primeras nociones de la ciencia, de aquí las primeras ideas de la creencia en seres superiores á los hombres, convertidos en dioses antropomorfos. Las religiones, según opiniones de todos los que se han ocupado de este estudio, han nacido antes que el culto de los muertos, porque si éste hubiera sido la causa de la religión, encontraríamos en las más primitivas creencias, á los muertos haciendo el papel de principales dioses, carácter que jamás ha soñado darles el hombre más rudimentario. En todas partes encontramos divinidades, más ó menos antropomórficas, más ó menos utópicas, haciendo el papel principal en todas las leyes del universo conocidas por los pueblos que las adoraban; y á los muertos, aunque divinizados algunos de ellos, los vemos como deidades de segundo orden, sirviendo de simples intermediarios para con la divinidad. ¿Cómo pudieron crearse por el hombre primero sus dioses mensajeros, si no tenían necesidad de ellos, antes que existiera la entidad hacia la cual deseaban dirigir sus aspiraciones? Esto es ilógico, por cuyo motivo tampoco podemos en esta tesis aceptar que el Espiritismo nació el día que el primer hombre se puso á considerar en la muerte y oyó la voz de los difuntos. Ni nuestro queridísimo hermano Güel puede precisarnos ese hombre ni ese instante, porque los desconoce en lo absoluto, y desconociendo las circunstancias que sirven de base para su afirmación, ésta deja su magistratura y se convierte en hipótesis; pero no pudiendo ser comprobada, de hipótesis pasa á ser solamente una simple idea, hija del fervoroso querer del conferenciante, que trata

de enarbolar el estandarte del Espiritismo, aun en los picachos más inexpugnables de la montaña de la ciencia. Idea justa, sí, pero que lo lleva al misticismo, como quien dice, á los dinteles del fanatismo.

Pasemos ahora á ocuparnos, con la brevedad que nos impone este estudio, de las conferencias del Dr. Arnolfo Krumm Heller, que afortunadamente están impresas y al alcance de todas aquellas personas que deseen juzgar con pleno conocimiento de causa, en este asunto que hemos puesto á la consideración del público para que dicte su fallo.

De su autobiografía se desprende con toda claridad que el Doctor no es teósofo, es ocultista, y esta circunstancia quizá hizo que al anunciarse la serie de conferencias que iba á dar, el público, ávido de lo novedoso, acudiera á escucharlo con curiosidad más que con cualquier otro objeto; pero por la circunstancia de que se haya anunciado como ocultista, los principales espiritistas acudieron también en masa, impulsados por esa animosidad que ya han demostrado tener á esa clase de investigadores, con el fin de tomar apuntes y volver á esgrimir la tizona de la polémica en honor de su Dulcinea, que según hemos visto, ya no se llama Verdad una, sino Espiritismo moderno, dos cosas que jamás pueden confundirse entre sí, porque la verdad una es el todo, y el Espiritismo moderno apenas puede contener una de las partes de ese gran todo.

En uno de los párrafos de su primera conferencia dice el Dr. Krumm Heller, hablando de las cinco clases en que pueden dividirse los fenómenos espíritas (págs. 11 y 12): «Por fortuna en México la causa espírita cuenta con un Centro enteramente serio; una Junta Permanente del 2º Congreso Espírita, compuesta de hombres estudiosos, que experimentan, observan con espíritu independiente y se ocupan de obras útiles y benéficas; sostienen escuelas gratuitas, biblioteca pública y centro de curaciones.» Más adelante, en las págs. 25 y 26, dice: «He visto en una comunicación alemana un dato curioso, el cual, por la fuente que lo proporciona, tiene importancia, pues lleva la firma del célebre Gates, quien se dirige á *Psico-Therapeutic Society*; y da cuenta de un descubrimiento trascendental. Experimentando con los rayos ultravioletas, que proyectaban sobre una pantalla de Rodopsina, sustancia nueva que aun no se conoce bien, vió que en esas condiciones los rayos no traspasaban los cuerpos vivos, sino las materias muertas, de manera que éstas eran traspasadas sin dejar sombra; los primeros al contrario, eran im-

«pregnables y proyectaban una sombra común. Después de repetir esa experiencia con una mano, tomó un ratón y lo puso en iguales condiciones; lo sacrificó y notó que, en los momentos de la muerte, la sombra que había proyectado el animal vivo subía por la pared, dejando ya pasar los rayos al cuerpo inerte.

«Si Gates llega á confirmar ese hecho—y de ello nos hemos de desengañar pronto,—tendremos el primer sistema práctico para señalar el momento de la muerte, evitándose los casos horripilantes de inhumación de personas en estado de muerte aparente; y al mismo tiempo, si pudiera resolverse el destino ulterior de aquella sombra, se resolvería de modo evidente y satisfactorio el problema de la muerte: sería el triunfo completo de los espiritistas.»

Estos dos párrafos impresionaron muy agradablemente á los espíritas allí presentes y valieron al conferenciante, no sólo calurosas felicitaciones, sino apoyo ó ayuda para la segunda conferencia, con la esperanza de que se continuaran por un ocultista, aduciendo pruebas elocuentes de la verdad espírita.

A fuer de imparciales, aun cuando sabemos, que se nos va á tachar de fanáticos, creemos nosotros que si se llega á resolver el destino ulterior de la sombra, no puede afirmarse, como lo afirma el Dr. Krum Heller, que sería el triunfo completo de los espiritistas, sino que vendría á corroborar lo que en términos diferentes asentamos espíritas y teósofos: es decir, que la muerte no es cesación de la vida, sino un cambio de estado únicamente del espíritu que anima al cuerpo. Según los espiritistas, á la muerte del cuerpo físico el espíritu envuelto en su periespíritu se separa; según los teósofos, abandonado el cuerpo más denso, se separan también los seis elementos restantes del compuesto hombre. Todavía el problema del ternario ó del septenario humano quedaría en pie para ambas escuelas y muy particularmente para la ciencia occidental, hasta que aparatos de nuevos descubrimientos pudieran proyectar la sombra del espíritu puro, después de haber indicado la separación de los elementos anteriores á él. Pero sí tenemos la evidencia de que con ese experimento queda plenamente demostrado que á la muerte de un animal, hay algo que le sobrevive: el alma. No la confundamos con el espíritu.

La segunda conferencia, dados los antecedentes de la primera, debió de ser una exaltación del Espiritismo; sus adeptos así lo esperaban, pero sus deseos salieron fallidos, por-

que por la misma secuela de los puntos que desde un principio se propuso tocar el autor, no pudo entrar en materia, y el círculo espírita, decepcionado, se retiró del salón con la firme creencia de que el Dr. Krumm Heller no es de los suyos.

A los pocos días se daban dos conferencias por la Junta Central, encomendadas á los Sres. Rossi y Morán, con el objeto de impugnar los conceptos del doctor alemán y demostrar al mismo tiempo que nada nuevo había enseñado el ocultista; pues hay que advertir que en las conferencias siguientes no sólo no dijo palabras que pudieran lastimarles, sino que no ha vuelto á ocuparse de ellos. Mas esa actitud de parte de los espíritas, nos pone en el caso de creer que el lema de «No me saques sin razón ni me envaines sin honor» grabado en su espada de polémica, háse borrado por tanto entrar y salir de la cubierta, y se convierte en la que blandía á diestra y siniestra el ilustre caballero de la Mancha. ¡Los tiempos de la caballería andante, son muy hermosos, si queréis, pero ya no encajan en estos tiempos, en que la razón impera y no la fuerza!

En el núm. 22, tomo III de *El Siglo Espírita* de la Junta Permanente, ha comenzado á publicarse una de las conferencias aludidas, la del Sr. César Morán, y en ella encontramos lo que sigue, desde los primeros párrafos: «Es, pues, señores, nuestro objeto, tratar de probar que «el Espiritismo «moderno» es el Ocultismo occidental, sin que en nada sea inferior al Ocultismo de Oriente y mucho menos á la mística «Teosofía, cuyos dogmatismos la excluyen de la verdadera «ciencia positiva;» y pasando por alto las notables contradicciones que este párrafo encierra con la conferencia del Sr. Güel, que rechaza la paridad del Espiritismo con el Ocultismo, al cual juzga inferior, y el Sr. Morán ya identifica á los dos, nos ocuparemos del tema obligado por los espíritas, «el dogmatismo de la mística Teosofía que la excluye de la verdadera ciencia positiva.»

Con todas veras, ansiamos una demostración clara y precisa, una demostración evidente, por parte de los ilustrados conferenciantes, de la verdad de sus afirmaciones. Asentar que la Teosofía es mística y dogmática, no es comprobarlo, es influir en el ánimo del auditorio para despertar en su conciencia aversión á un estudio que pudiera hacerle alejar de los centros espíritas.

No puede caber en nuestro cerebro cómo un estudio que se relaciona íntimamente con las ciencias positivas, que investiga y comprueba por medio de ellas la certeza de sus teorías expuestas como puntos de estudio comprobables, pue-

da excluirse de ese mismo campo de investigación: ejemplos palpables de ello los tenemos en la extensa biblioteca teosófica que se ocupa de las fuerzas de la Naturaleza, en su conocimiento y manera de emplearlas; del poder del pensamiento, su dominio y cultura; tratados acerca de la evolución de la vida y de la forma; estudios del sistema astronómico al cual pertenecemos; estudios acerca de la genealogía del hombre; el hombre y sus cuerpos; la muerte y después de ella; teorías acerca de la formación del Universo; las diferentes filosofías existentes en el mundo, así como las religiones desde los tiempos primitivos, etc.; pues sería muy largo reseñar la extensa literatura, basada solamente en las ciencias positivas, donde tienen lugar señalado todos los ramos del saber humano. Aun cuando esto parezca pretensión exagerada, es una verdad plena, porque si no se tocan todos estos conocimientos, el campo de la investigación no es explorado en su totalidad, y por consiguiente, la parte de verdad descuidada en ese punto, es una solución de continuidad en el desarrollo y formación de los conocimientos verdaderos. Esta amplitud abrumadora de estudios es la que hace desertar á la mayor parte de los que penetran á la Sociedad Teosófica, y esa misma extensión comprueba también la errónea creencia que tienen los que disertan en contra de la Teosofía. Los pocos teósofos verdaderos que existen, son aquellos que, tras una existencia de estudios, investigaciones y comprobaciones continuadas, han llegado á asimilarse con perfecta claridad las leyes universales que se traducen en nuestro mundo material como hechos y seres tangibles; los demás no pasamos de ser estudiantes que vamos penosamente deletreando los primeros capítulos de la ciencia universal. Decidme ahora vosotros, queridos hermanos espíritas, si porque habéis hojeado uno que otro tratado teosófico, y seleccionado aquellos párrafos que parecen ir de acuerdo con vuestras ideas, os creéis ya con los conocimientos suficientes para hacer un estudio crítico de ella? Nos referimos á la crítica filosófica, á aquella que con mesura señala sabiamente los errores, los demuestra por medio de los hechos contrarios y saca las conclusiones que en puridad se imponen, aun cuando sean contrarias á sus propias creencias. Pero no digáis que «no os mueve un espíritu de bandería, ni que «vuestro amor propio no se empeñaría en obtener falsos «triunfos, porque ante todo sois libre-pensadores, y si se os «prueba ser falsas vuestras ideas, no habréis de caer en ridículo mentís siendo esclavos de vuestro pensamiento,» si después de haber esbozado tan bellas y nobles teorías, «rebe-

lándoos contra todo dogma, no os arrancáis de vuestros ojos los cristales del Credo Espírita, que os hacen ver bajo ese color todo cuanto ponéis ante el campo de vuestro criterio. Recordad esta redondilla célebre:

En este mundo traidor
nada es verdad ni mentira;
todo es según el color
del cristal con que se mira.

Tan exacto es lo que afirmamos, que por todas partes pretendéis encontrar al Espiritismo como el fundamento de toda ciencia, de toda religión, de toda filosofía, incurriendo en los mismos defectos del actual cristianismo que para justificar sus dogmas é inventivas muy posteriores á su fundación, aun cuando sean de origen pagano, como la mayor parte de ellos lo son, trata de apoyarse en ciertos actos de los relatos bíblicos ó de los apócrifos evangelios, y así surgen la eucaristía, la pureza inmaculada de María, la confesión, etc.; todos sus mandamientos, sacramentos y ceremonias actuales, y con el fin de que tanto el creyente ilustrado y de buena fe como el ignorante, se conserven dentro del círculo vicioso de sus enseñanzas, truena contra los que profesan otras ideas, anatematiza las enseñanzas laicas (sólo las suyas son verdaderas y buenas), y sin justificar las afirmaciones en pro de su causa, porque son artículos de fe, tampoco comprueba, ni siquiera expone, las razones que tiene para rechazar la fe contraria.

Por último, habremos de notar que todos estos manejos á que hemos hecho referencia, los encontramos en el Círculo espírita de la capital, que se ha convertido en el Directorio de los de la República, con los cuales ha formado una confederación completa, y su voz háse tornado en autoritaria, como la del Vaticano lo es para la confederación católico-apostólico-romana; pero si nos ponemos á revisar con todo cuidado la prensa espírita del mundo entero, no vemos en ninguna parte tendencias tan atrevidas, afirmaciones tan rotundas. Por todas partes encontramos artículos bellísimos llenos de verdadero amor para toda la humanidad, pregonando la moralidad más elevada, sin diatribas, sin reproches para los que no profesan su mismo credo; y en verdad que son dignos de respeto y de veneración todos aquellos que tienen absoluta tolerancia para las creencias ajenas y sin apartarse jamás del alto ministerio que se han impuesto de consolidar por todos los medios posibles la fraternidad universal.

No recordamos haber leído un solo artículo de la prensa espírita extranjera, que se ocupe de ridiculizar ó de atacar las religiones ó las filosofías existentes. Con la dignidad que debe caracterizar á toda corporación que se precia de seria é instruída, preconiza y exalta sus propias creencias, y respeta como de derecho sagrado las ajenas. Ama á la humanidad toda, pues la considera formada por una sola familia, todos son sus verdaderos hermanos, y jamás rompe esa armonía divina que debe reinar en el universo todo. Comprende su verdadero papel en la sociedad; cumple honradamente su misión educativa; ejerce caritativamente todos los actos benéficos que están á su alcance, y sin preocuparse de las opiniones extrañas, va recta, firme y humilde en dirección del cumplimiento de su deber. ¿Por qué los espíritas de México no siguen el mismo ejemplo? ¿Cuál es el fin que se proponen al inmiscuirse en las creencias ajenas? ¿De qué autoridad, científica ó moral, se creen investidos para lanzar desde lo alto de las tribunas públicas adjetivos contra escuelas que no profesan sus mismas ideas? ¿Por qué en vez de afirmar, no comprueban? ¿Por qué, en fin, pretenden que se respeten sus ideales, cuando ellos no respetan los ajenos?

CAPITULO IV.

EL ESPIRITISMO ANTIGUO Y EL ESPIRITISMO MODERNO.

La Historia nos pone de manifiesto, en sus primeros capítulos, su limitada capacidad para enseñarnos algo verdadero acerca de las civilizaciones que precedieron á los egipcios y caldeos; y después de esbozar algunas teorías basadas en la tradición, nos los presenta como un pueblo que ya ha alcanzado grado elevadísimo de civilización, tal como lo comprueban de modo elocuente los monumentos y jeroglíficos que ha respetado la destructora mano del tiempo y que hoy nos sirven de grandiosas enseñanzas, poniéndonos de relieve los profundos conocimientos que ya poseían dichos pueblos acerca de las leyes universales y el uso que de ellas hacían.

Cierto es que esos conocimientos estaban en poder de los hierofantes ó sacerdotes, que los transmitían únicamente

á los que, después de un sinnúmero de pruebas físicas y morales, acreditaban elevación de espíritu capaz de resistir con absoluta indiferencia las vicisitudes de la existencia; que habían dominado las pasiones inherentes al hombre y se habían hecho dueños y señores de la naturaleza. Varias son las obras que describen las ceremonias y pruebas á que se veían sometidos los candidatos. Los actuales descubrimientos del Egipto, en las excavaciones de las pirámides, consideradas hasta hoy como monumentos sepulcrales de personajes célebres, han venido á demostrar plenamente á la luz del mundo ser cierto lo que apenas se había sospechado por el dicho de algunos iniciados; que había templos subterráneos llenos de galerías en diferentes direcciones, comunicando la Esfinje, que era la puerta de entrada del candidato, con las tres pirámides, la última de las cuales era la puerta de salida únicamente para el verdadero iniciado, y en cuyas galerías, bajo la movediza arena del desierto, estaba la ciencia divina escrita en símbolos y caracteres que sólo saben descifrar los que poseen la clave por boca del Maestro.

Si á cualquiera de los autores occidentales demandamos una explicación satisfactoria acerca de la procedencia de esos conocimientos, no se atreve á contestar categóricamente, y nos dice que de los tiempos prehistóricos, sólo se sabe lo poco que la fábula ó la tradición nos han legado; pero que de ello debe desconfiarse porque la fábula es hija probablemente de la imaginación de los hombres, y por consiguiente, puede muy bien no haber existido nada real, siendo la mayor parte, si no todo, especulaciones dignas de las erróneas creencias que imperaban en los tiempos primitivos. Respecto de la tradición, nos dicen que también debemos desconfiar, toda vez que al transmitirla una generación á la otra, por medio de la palabra, sufrió forzosamente grandes alteraciones en su texto primitivo á causa del criterio de sus guardadores, que, por mucha fidelidad que tuvieran para conservarla en toda su pureza, inconscientemente y nunca de mala fe, podían olvidar ó adulterar el relato, y así falseaban ó destruían algunos puntos, quizá demasiado importantes.

Como prueba de ello citaremos la tradicional isla de Poseidón, cantada por el primer poeta griego, Homero, en sus inmortales versos; considerándola como restos de un continente ya desaparecido, la Atlántida, cuya existencia no se da como verdadera en la Historia, sino se señala á título de dato curioso y tradicional. Pero ved una obra oriental ya traducida al castellano que relata la historia de los Atlantes y lleva este

mismo título, y si no estáis iniciados en las leyes que rigen la evolución universal, encontraréis un cuento fantástico, más inverosímil que las *Mil y una Noches*, ó las novelas de Julio Verne, donde se relata el grado de desarrollo alcanzado por ese pueblo que se afirma existió un millón de años antes de los tiempos más remotos señalados por la Historia. Dejad á un lado esos maravillosos relatos, juzgándolos inverosímiles, y estudiad con detenimiento la parte correspondiente á la transformación geológica. Quedaréis asombrados al leer que aun mucho antes que ese legendario continente, existiera otro todavía más antiguo, la Lemuria, ya sepultada en el fondo del Océano y de la cual sólo quedan pequeños vestigios en las regiones polares, como en la Groenlandia y algunas islas del Pacífico. Seguid con detenimiento las divisiones y subdivisiones que fué sufriendo la Atlántida y las nuevas tierras que surgieron en lugar de las desaparecidas, y veréis que sin apartarse de aquellas leyes evolutivas, se justifica la formación de los actuales continentes. Haced después un estudio comparativo de esa inverosímil historia con los tratados de geología y antropología, y hallaréis luz, mucha luz, que vendrá á esfumar las hipótesis absurdas acerca de la fecha de la formación del mundo, la manera como llegó esa civilización al Egipto y á la Caldea, que no pueden explicar satisfactoriamente los historiadores, así como tampoco el origen exacto de la civilización azteca, sin tener que hacer pasar á los primeros pobladores del Anáhuac sobre los hielos que cubrían el estrecho de Behring.

El hecho es que cuando empezamos á estudiar históricamente el Egipto, lo encontramos en las últimas boqueadas de una civilización que floreció en tiempos fabulosos, de la cual se hacen derivar las religiones, filosofías, ciencias y prácticas simbólicas de iniciación en todas las sociedades secretas, porque sabido es que la casta sacerdotal era la única poseedora de la ciencia y la transmitía exclusivamente en circunstancias muy determinadas. A las puertas de esos templos fueron á llamar Sócrates, Pitágoras, Platón y todos los sabios de la antigüedad, donde después de haber sufrido las pruebas iniciáticas de que ya hemos hablado, salían al mundo á difundir los conocimientos adquiridos, usando de un lenguaje especial, llamado simbólico ó parabólico, que tenía tres interpretaciones distintas: una para los profanos ó el vulgo, otra para los científicos ó clase elevada de la sociedad, y la tercera para los sacerdotes é iniciados. Ahí está ese gran libro, denigrado por vosotros, acaso porque no os habéis toma-

no el trabajo de estudiarlo para comprenderlo en su más simple sentido; la Kabbalah, que bajo sus tres definiciones con que se le conoce, nos da la clave de sus enseñanzas. Unos traducen su nombre por *tradición*, juzgándola por la parte profana ó material, otros como *sabiduría ó conocimiento*, parte filosófica, científica y moral, y por último como *revelación*, parte mística, supramaterial, encerrando los conocimientos divinos. El doctor Encause dice: «Esta obra inmortal, como veis, se basa, lo mismo que la naturaleza humana y sus necesidades, en el ternario, fundamento universal de lo manifestado. Hé aquí el triple sentido que encierra la escritura sagrada: primero el *pashut*, sentido literal, histórico, que corresponde al cuerpo y al atrio del templo; el segundo llamado *drusch*, ó sea la explicación moral, y se refiere al alma y á lo santo, y el tercero *sod* que es, en fin, el sentido místico y representa el espíritu y el Santo de los santos.»

«La primera división está compuesta de ciertas relaciones sacadas de la vida de los antiguos patriarcas, transmitiéndose de generación en generación como otras tantas leyendas populares, y se encuentra diseminada aquí y acullá en forma de glosarios, en los manuscritos bíblicos y en las paráfrasis caldeas. El sentido moral abarca todo desde el punto de vista práctico, en tanto que el místico se eleva muy por encima de las relaciones del mundo visible y pasajero, actuando sin cesar en la esfera de lo eterno.»

«El estudio de esta elevada tradición se dividía en dos partes: la teórica y la práctica, que á su vez encerraban estos cuatro puntos fundamentales:

«1º—Tradiciones patriarcales acerca del santo misterio de Dios y de las personas divinas;

«2º—Acerca de la creación espiritual y la caída de los ángeles;

«3º— Sobre el origen del caos, de la materia y de la renovación del mundo en los seis días de la creación;

«4º—Sobre la creación del hombre visible, su caída y las vías divinas tendiendo á su reintegración.»

Tal es el origen de los conocimientos humanos que hoy asombran á las generaciones actuales cuando se trata de la parte fenomenal, llamada ciencia, fundada en leyes más ó menos hipotéticas ó ciertas, pero al fin establecidas por el hombre, bajo el influjo de su limitada experiencia, pero que sirven de puntos de disidencia cuando se trata de las partes subjetiva y divina, cuando se aborda la cuestión religiosa.

Tomad un texto de la Biblia, que esté lo menos adulterado posible en su traducción, y si podéis leerlo en hebreo mejor, y estudiadlo de acuerdo con las tres divisiones cabalísticas; os quedaréis asombrados al ir comprendiendo cuán grandioso es el mecanismo que se encierra entre las ingenuas y aun aparentemente absurdas narraciones. Traducid cabalísticamente la historia del pueblo hebreo, toda la Historia Sagrada, desde el Génesis, en fin, y veréis levantarse con claridad y precisión el augusto santuario de la Voluntad divina, asistiendo á su formación desde el instante de la primera emanación en que hace ser al que aún no era, siendo el gran todo de la nada, hasta el presente instante en que nos ponemos en contacto como partículas infinitesimales del Universo manifestado, girando unidos por una causa común; pero separados, sin embargo, por los torbellinos de nuestro propio Karma.

Ya iniciados en este estudio, tendremos el criterio suficiente para comprender la historia de la humanidad en cualquier autor profano, siempre que sea imparcial é idóneo. Veremos reproducirse á través de los siglos, con exactitud matemática, las manifestaciones de actividad y descanso en religión, en ciencia, en filosofía, en política; en una palabra, en todo cuanto *es* y está sujeto á la ley universal de evolución. Así aprendemos cómo en períodos determinados han aparecido sabios para el mundo profano, pero verdaderos iniciados en el conocimiento divino, que han dado fragmentos pequeñísimos de esa ciencia á los pocos discípulos que han tenido el valor suficiente para despojarse de sus antiguas creencias erróneas y la bastante abnegación para sujetarse á las prácticas exigidas, llegando muchos de ellos hasta el sacrificio abnegado y heroico, sin tocar el fanatismo. Esta ciencia es la que ha permanecido y aún permanece guardada en esos templos de iniciación, no como dice el Sr. Morán, que «sin pretender criticar la conveniencia de ciertas precauciones, lo cierto es que á los brahmanes les guiaba, por encima de toda consideración, el interés de conservar su prestigio por medio de los *misterios*, á fin de monopolizar los fenómenos para ejercer un dominio completo sobre los demás hombres,» sino porque si esta ciencia se prodigara de la misma manera que la oficial, los efectos serían desastrosos para la humanidad. Su conocimiento trae como consecuencia inmediata el desarrollo de los poderes psíquicos y espirituales latentes en el hombre, que convierten á la Naturaleza en humilde servidora del que los posee, y el hombre, de esclavo se torna en el amo y señor de ella.

F. Ch. Barlet en su obra *L'Ocultisme*, pág. 17, dice: «Además, en todo tiempo, y en el nuestro especialmente ansioso de secundar á la humanidad en su mejoramiento, se han manifestado ó se manifiestan aún (las fuerzas psíquicas de que está tratando) por emisarios encargados de llevar al mundo las enseñanzas y las prácticas de sus instituciones seculares.

«En nuestros días una serie de sociedades se han declarado inspiradas por colegios de iniciados, tales como la Sociedad Teosófica, fundada por H. P. Blavatsky; la H. B. of L. extinguida hace algunos años; la Filosofía Cósmica; el Centro Esotérico Oriental, y numerosas publicaciones han servido para hacerlas conocer. La célebre Rosa-Cruz del siglo XVI; la Franc-Masonería en su primitiva pureza, ya hoy demasiado olvidadas, son extensiones de esos colegios de adeptos, acomodados á nuestras costumbres más modernas, especie de simulacros de iniciación.»

Primero se llamó á la ciencia de la verdad, la palabra de Dios; luego Alquimia y Hechicería; hoy Ocultismo y Teosofía; con esta sola diferencia: que desde la entrada á la puerta de la Esfinge hasta la hora de resucitar al tercero día de entre los muertos, la instrucción se daba antiguamente de viva voz y por medio de símbolos que enseñaba á descifrar el instructor; más tarde comenzaron á escribirse obras enigmáticas y al parecer disparatadas, como sucede con las de la Edad Media, y por último, hoy se dan á la publicidad multitud de obras científicas y filosóficas, en las cuales se externan con alguna amplitud ciertos conocimientos de los llamados ocultos, guardando siempre con fidelidad el desarrollo de los poderes y la transmisión de las fórmulas y conocimientos propios del hierofante, para ser revelados de palabra, como ya lo dijimos. Las instrucciones que se encuentran en los libros orientales, son sólo nociones generales para lograr el desarrollo de esos poderes psíquicos que con tanto anhelo sueñan encontrar los métodos occidentales. El verdadero dominio conciente de la Naturaleza sólo se aprende en el laboratorio del verdadero Mago, bajo la dirección de un Maestro idóneo. La puerta de ese laboratorio no se abre al llamamiento de cualquier curioso, sus goznes giran al simple deseo del que, depurado física y espiritualmente, se acerca de buena fe á beber el elíxir de la inmortalidad.

Así pues, en la antigua magia egipcia y caldea, podemos encontrar la cuna no sólo de la Teosofía y del Ocultismo, sino también el fundamento esotérico de todas las religiones y al-

gunas prácticas del Espiritismo, rama desprendida del árbol de la ciencia psíquica, implantada hoy en el campo de la experimentación, que habiendo echado raíces, subsiste por sí sola y se figura ser el tronco principal de donde se han derivado, no sólo sus congéneres de que se ve rodeada, sino hasta el origen del añoso ahuehuete que en su infancia le dió savia y forma.

No creo que se necesite hacer gran esfuerzo de imaginación para encontrar la enorme diferencia que existe entre las antiguas prácticas mágicas relacionadas con la evocación de los muertos y las actuales sesiones espíritas, cuando algunos hechos tomados de la historia nos lo demostrarán mejor de lo que pudiéramos hacer nosotros.

Las prácticas del Espiritismo empiezan por producir en el medium el sueño artificial magnético; durante este estado anormal el sonámbulo descubre "mil cosas nunca sabidas" y contesta á todas las preguntas que se le dirigen, aun las más difíciles. Cesando el sueño cesa, por lo general, la lucidez; el sonámbulo nada recuerda de lo que vió, oyó, dijo ó hizo.

La práctica anotada, aunque en diversa forma, era conocida desde la más remota antigüedad. Del Río, en sus investigaciones mágicas, dice: «Los paganos se valían de tal «medio en los templos de Serapis ó Plutón para saber cómo «habían de librarse de las enfermedades y para obtener la «solución de una duda, conforme lo hicieron Edesio y el rey «Latino en Virgilio, y Apolonio en el templo de Esculapio, y «los magistrados de Esparta en el de Pasifae. El templo de «Amfíaras y de Calias en el monte Gárgano servía para este «fin y tenía, como los otros, el nombre de *Psicomántrico*. El «apóstata Juliano calumnió las veladas de los cristianos en «los sepulcros de los mártires como si fuesen dormitaciones «adivinatorias, pero San Cirilo lo refutó cumplidamente. Que «los judíos cayeron también en tal superstición, nos lo atestigua el profeta Isaías.»

Los golpes de diversa índole, los sonidos, los cantos y voces que se oyen sin que aparezca la causa que los produce, han sido tenidos siempre por tan propios de la Magia, que aun entre los paganos se tomaban como señales indudables de la presencia de los demonios. Plinio refiere los del Monte Atlas atribuyéndolos á los dioses infernales que allí habían establecido su morada. Solino habla de ellos también como de un hecho notorio á todos, y Saxón el gramático, coloca esos sonidos entre los indicios propios para conocer la presencia de los espíritus demoniacos; y así llenaríamos libros enteros

si hiciéramos mención de todos los relatos, pero debemos hacer constar que todas esas manifestaciones eran consideradas como formando parte de las artes mágicas, mas nunca como el principal fundamento de la magia.

Una de las prácticas que más se ha generalizado en el espiritismo moderno, que por su sencillez ha podido estar al alcance de todos y por consiguiente atraer la atención hasta de los profanos, es el conocido por las mesas giratorias ó parlantes, que se mueven sin contacto aparente ó bajo el poder de una voluntad ajena á la de los operadores, y contesta á todas las preguntas que se formulan por los circunstantes, aun cuando éstas sean mentales. Recorriendo la historia de la magia, nos encontramos con la mesa *trapezomántica* del paganismo antiguo, que Tertuliano echa en cara á los gentiles entre otros tantos encantamientos de que se valían. Es imposible dar innúmeros detalles, y os suplicaría os tomáseis la molestia de consultar el *Rerum gestarum* de Amiano Marcelino, lib. XXIX, cap. I.

Mr. Cahagnet, citado por Pailloux, en su obra sobre el Espiritismo, dice enfáticamente: «¿Qué me importa que tal ó cual nigromántico indio ó egipcio tenga el poder de evocar las sombras de los difuntos, de fascinar á toda una reunión, de curar algunas enfermedades ó de hacerlas sobrevenir sobre una persona? ¿No tengo yo el mismo poder de evocar los muertos? ¿No lo tengo yo de curar las enfermedades y producir en las personas efectos malos ó buenos á mi antojo? ¿No puedo rejuvenecer por medio del magnetismo los órganos debilitados?» Y en una serie de preguntas de esta índole, se declara el espiritista moderno dotado de todos los poderes de la magia antigua, incluso un gran dominio sobre la *naturaleza inanimada*.

Los ocultistas y los teósofos hacemos una distinción notable entre la comunicación con los muertos y la efectuada con la sombra de los muertos.

Según los espiritistas, todas las manifestaciones son producidas por los espíritus; pero según las otras dos escuelas citadas, las causas que las producen son de variadísima índole: pueden ser efectivamente de origen espiritual; pueden serlo de cascarones errantes, abandonados ya por el espíritu inmortal; pueden serlo también de fuerzas ó espíritus de la Naturaleza, que no pueden entrar en la clasificación espírita; ó bien fuerzas psíquicas bajo forma tangible, etc.; tantas causas cuantas en la actualidad se estudian en las ciencias psicológicas.

El célebre Barón Du Potet nos dice en su obra acerca del magnetismo: «La historia nos muestra generaciones antiguas dominadas por la magia y el sortilegio. Los hechos son muy positivos y dieron lugar á frecuentes abusos y á prácticas monstruosas. Mas ¿cómo acerté yo á encontrar este arte? ¿Dónde lo aprendí? ¿En mis ideas? No, en la Naturaleza misma que me lo dió á conocer. ¿Cómo? presentando ante mis ojos, aun sin que yo directamente los buscara, hechos reales de magia y de sortilegio. Si en mis primeras magnetizaciones no lo eché de ver, fué porque tenía una venda de ceguedad en los ojos, como la tienen aún muchos magnetizadores. ¿Qué es en efecto el sueño magnético? Nada más que un efecto del poder mágico» Y acaba diciendo: «Todos los principales caracteres de la magia se hallan impresos en los fenómenos actualmante producidos por el Espiritismo.»

Esta confesión hecha por una verdadera autoridad, no puede ser más terminante.

Por estos pocos datos tomados de aquí y de allá, podemos entrar en pleno conocimiento de que todos los fenómenos que se producen en las sesiones del espiritismo moderno, eran producidos desde la más remota antigüedad por los que conocían y practicaban la Magia; que ésta no sólo se reducía á la producción de estos fenómenos, pues tenía un campo de acción amplísimo, tanto en el mundo físico como en el subjetivo, y que las leyes físicas las había dominado de tal manera, que el mago era creador como el mismo Dios, justificando con ello el estar hecho á su imagen y semejanza. Pero basta iniciarse un poco en el estudio de las prácticas más rudimentarias de esa misma magia, para comprender desde luego que todos esos movimientos sin contacto, muchos sonidos sin causa visible, transporte de objetos materiales á través de la misma materia densa, desintegración é integración de la materia, aparición de formas, tocamientos, etc., no son debidos á los espíritus de los muertos: el mago los produce todos ellos, por el uso de sus poderes personales, encauzando las fuerzas subjetivas para producir conscientemente el efecto que se propone, porque en síntesis, la magia no es más que la misma ciencia positiva aplicada al mundo de las causas, no al de los efectos. Conocida la causa, la ley á la cual la naturaleza se sujeta, el efecto se produce á voluntad, poniendo en movimiento la ley, la fuerza generadora. El mago produce todos sus fenómenos sin evocación de muertos; salvo rarísimas circunstancias, se aventura en ir á perturbarlos llamándolos del plano en que se encuentren para ponerse en contac-

to con ellos, y cuando lo ejecuta es porque conoce el lugar hacia donde debe dirigir su llamamiento ó debe de acudir él mismo. Ya veis, pues, que racionalmente no es posible encontrar identidad entre las manifestaciones espíritas y las prácticas mágicas con respecto á su origen, aun cuando los fenómenos sean absolutamente los mismos.

Intentemos explicarnos los fenómenos espíritas por medio de la magia, y si logramos poner de manifiesto algún indicio de verdad, fácilmente comprenderá el público en general que si no estamos en el terreno de lo cierto, sí cuando menos nos acercamos, con las razones que tenemos, á la verdad que todos perseguimos, y que al creernos próximos á ella tenemos el derecho inviolable de negar, como negamos, la autenticidad de los fenómenos del espiritismo moderno. Para ello tenemos que entrar en el pleno dominio de la magia, y aunque os repugne, tendremos que tocar los encantamientos, pero no como vosotros creéis, para ahuyentar pulgas y hechizar sapos, opinión vulgar propia de la gente analfabeta que se estremece á la sola pronunciación de la palabra Magia, sino para saber cómo podemos encauzar ciertas leyes para producir efectos determinados.

El juglar que por medio de notas rítmicas produce el deleite de la peligrosísima cobra-capella y la maneja á su antojo sin que reciba el menor daño; la serpiente atrayendo con la mirada hacia sus abiertas fauces, al pajarillo y otros animales que devora; la imposición absoluta de la voluntad de un hombre sobre otro, sacándolo de su estado normal para obligarlo por medio de la sugestión á ejecutar actos inconscientes; las manifestaciones de una simpatía ó repulsión mutuas y otra infinidad de fenómenos ya estudiados y definidos por eminentes psicólogos, son verdaderos actos mágicos, donde intervienen las fuerzas de la Naturaleza, sin que en lo más mínimo tomen parte los espíritus desencarnados. Igualmente podemos considerar los fenómenos producidos por la exteriorización de la motilidad, los desdoblamientos, impresiones telepáticas, integración y desintegración de la materia, transmutación de metales, aportes, etc., que son efectos mágicos producidos por el hombre vivo, sin intervención de los muertos. Lo prueban hasta la evidencia los testimonios de los experimentadores más notables, como lo apuntaremos en el capítulo correspondiente.

Estos fenómenos producidos por los magos de todas las épocas están sujetos á leyes determinadas y fijas, y pueden producirse á voluntad por el que está en posesión de ellas.

No es éste el lugar á propósito para ocuparse con extensión de estos llamados sortilegios, que tanto repugnan á nuestros hermanos, á pesar de que los practícan, quizá inconscientemente, á juzgar por sus palabras; pero sí cuando meaos debemos manifestar que los efectos fenomenales de este mundo material no son más que el resultado final de un movimiento volutivo engendrado en los planos espirituales ó subjetivos; que la idea primordial es fuerza activa que produce seres vivos cuya inteligencia es el mismo deseo bajo el cual se despierta la idea, y cuya proyección á través de los planos inferiores se revela por formas cada vez más densas hasta llegar á impresionar nuestros sentidos materiales como efecto-cosa. Todos los mortales deseamos, queremos, y por consiguiente, en cada movimiento de nuestro cerebro estamos produciendo esos actos mágicos creadores de formas vivas é inteligentes que se empeñan en cumplir *el fin para que fueron creados*. Esto no es bastante, porque el hombre que ignora este poder creador que posee, muchas ocasiones se habrá rodeado de fuerzas perjudiciales que en un momento dado se descargan sobre él, viéndose lleno de enfermedades, contradicciones físicas ó morales, ó tantas manifestaciones que atribuimos á causas ajenas y superiores á nosotros. Por consiguiente, no sólo basta querer, sino *saber querer*, que es el secreto que posee el mago. *Saber querer*, es estar en el pleno conocimiento de las fuerzas que se poseen, de su intensidad y calidad, las leyes que las gobiernan y la manera de alcanzarlas para producir el efecto deseado. Hay fuerzas que sólo se despiertan potentes con el sólo movimiento de una idea perfectamente determinada y sostenida con voluntad inquebrantable; otras que se despiertan por las ondas vibratorias de sonidos peculiares, y otras, en fin, que tienen vida latente y sólo esperan un gesto indicativo para manifestarse en toda su plenitud. Tal es el principio esotérico de las tres cruces que el cristiano hace sobre la frente, la boca y el pecho, imitación de signos mágicos que recuerdan al iniciado la prohibición de producir fuerzas perjudiciales por el pensamiento, la palabra y el gesto.

Ya veis que en lo que respecta á esta parte de la magia, no hay nada aún que pueda atribuirse á los espíritus desencarnados; es una ciencia tan positiva como la física y la química aplicada al espacio, de la misma manera que el ingeniero aplicando el arte mágico de los números, levanta el plano de un punto determinado del suelo, con todos sus accidentes.

Del conocimiento de la física mágica son todos aquellos fenómenos operados sobre los cuerpos, sin alterar su forma ni su composición, como del resorte de la química oculta son todos los que modifican la forma ó la composición de los cuerpos; por consiguiente, no podemos ver en esto, principio ni fundamento alguno, pero ni siquiera la idea más remota del espiritismo. Hay, sin embargo, entre las muchas prácticas que tiene el mago, una que pudiera servir de base para los espíritas, y es la de las evocaciones. Estas son también de diversa índole, porque el dicho mago no sólo tiene conocimiento de los espíritus que han habitado en la superficie de la tierra revestidos de la forma hombre, sino de otros muchos seres, que se llaman espirituales, para definir por similitud su estado, y a falta de otro término castellano más apropiado; aun cuando existe en sanscrito, no lo expreso, por no incurrir en el que es para vosotros defecto de la terminología teosófica ú ocultista que tanto os repugna. Esos espíritus de la Naturaleza, los elementarios, son los encargados de presidir y dirigir las leyes naturales ó las fuerzas que actúan en el mundo manifestado, y así, se llama *Ondinas* á los espíritus del agua; *Salamandras* á los del fuego; *Silfides* á los del aire, y *Gnomos* ó duendes á los de la tierra; nombres puramente convencionales, que sólo sirven para designar al mago el elemento en el cual debe operar, para hacer la adaptación correspondiente de sus poderes ó conocimientos, y atraerlos á sí, y obligarlos á ejecutar sus órdenes, es decir, que hagan á las fuerzas de la Naturaleza operar en el sentido deseado. Pero hay que advertir que estas operaciones no pueden ejecutarse más que en circunstancias determinadas, según la influencia planetaria, la posición del sol y otras muchas que sería difícil concretar aquí, y según formulario especial, tan estricto y matemático, que el descuido de un detalle solamente, basta para hacer fracasar el resultado. Es una ciencia positiva, tan exacta como las matemáticas, donde no es posible cometer la menor equivocación. Tampoco en esto encontramos huellas del Espiritismo.

Por último, el mago, en rarísimas circunstancias tiene que hacer uso de sus conocimientos para ponerse en contacto no sólo con los espíritus desencarnados, sino aun con los que están en pleno uso de su cuerpo físico; pero en todos los tratados de Magia, desde los más antiguos, se expresa de manera terminante la inconveniencia de esas evocaciones, que sólo deben acometerse por causas verdaderamente imperiosas y que puedan redundar en beneficio de la entidad evocada ó en

la de alguno de los vivientes en el plano físico. No es una práctica que se pueda llevar á cabo con la misma frecuencia que las demás; el respeto á la vida de los desencarnados es profundo, á causa de las elevadísimas ideas que se profesan de ella. Sean utopías á los ojos de los espiritistas, ó verdades comprobadas por nosotros, el caso es que la abstención de la comunicación con los muertos puede ser justificada por nosotros con la sola enunciación de este principio moral por excelencia:

«En la duda de que una acción pueda ser perjudicial á alguien, abstente de cometerla.»

La misma Historia nos demuestra que estas evocaciones nunca fueron de uso tan frecuente como se hacen en la actualidad por los espiritistas; de manera que lo que pudiéramos llamar el Espiritismo antiguo, no es más que una simple rama, una práctica aislada de la magia primitiva, que vino á través de los siglos, con todo su ceremonial y sus prohibiciones, hasta la segunda mitad del siglo XIX; práctica que se efectuaba, como ya lo dijimos, sólo en muy determinadas y rarísimas circunstancias y acometida solamente por aquellos que tenían conocimiento del formulario correspondiente.

La agrupación que en la actualidad ha tomado el nombre de Espiritismo Moderno, no es más que un conjunto degenerado de ciertas artes mágicas que, de modo inconsciente, se ejercitan por los concurrentes á las sesiones y cuyos efectos producidos sin conocimiento de causa, aun cuando exista un principio volitivo en ellos, son atribuídos en su totalidad á los espíritus desencarnados, únicas entidades conocidas de ellos capaces de su producción.

A reserva de hacer en los capítulos siguientes un estudio comparativo entre el Espiritismo y el Ocultismo, la Teosofía y las ciencias positivas, nos permitimos llamar muy poderosamente la atención del público en general y de los espíritas en particular acerca de esto: que aquellos que creemos, además de en la existencia de los espíritus de ultratumba, en otras entidades de orden espiritual, pero que no han encarnado ni reencarnarán, cuya misión es la de *ser* el alma, la vida, lo que quiera llamarse, de todas las substancias materiales ó metafísicas, subjetivas ó espirituales, cuya acción en el plano de su residencia, es la causa eficiente que determina los fenómenos misteriosos que la ciencia positiva no puede explicar de modo satisfactorio, pero que comprueba en parte por medio de su experimentación, no podemos relacionar ó atribuir á los espíritus de los hombres esos mismos fenómenos; máxi-

me cuando, por la misma historia en que se apoyan los sucesores de Allan Kardec, para demostrarnos que el Espiritismo es el fundamento de todas las ciencias, de todas las religiones y de todas las filosofías, hemos visto hasta la evidencia, la inexactitud de esa pretensión, que sólo pone de manifiesto el ardiente celo con que defienden su causa los espiritistas, celo quizá tan justificado como ardiente, pero que los va empujando por el sendero del fanatismo.

La ciencia hace un descubrimiento, es decir, adquiere un nuevo conocimiento, y con el altruismo que le es característico, lanza á la publicidad por las cinco partes del mundo la noticia detallada y la somete al estudio de todos, para su comprobación ó rectificación, y basándose en los hechos que ya tiene demostrados, poco se preocupa de quienes sin conocimiento de causa truenen contra sus demostraciones experimentales. La historia no nos pone un solo ejemplo de un sabio que haya afrontado la lucha por defender sus conocimientos; pero en cambio vemos que el sostenimiento fanático de los dogmas ha sido siempre el móvil de las más acaloradas contiendas, y lo que es peor, de la efusión de la sangre humana, porque una idea científica se impone á la conciencia del hombre, no por medio del razonamiento, sino por la inapelable comprobación, que no puede despertar en manera alguna ni dogma ni fanatismo. El hecho demostrado es tan real, que sólo el ignorante no puede comprenderlo en su esencia íntima, es decir, en su ley; pero le impresiona objetivamente y se lo asimila.

Cuando, en cambio, se entra al terreno de la metafísica, donde la comprobación es deficiente, si acaso la hay, y cuando por su misma insuficiencia se presta á distintas interpretaciones, surge la división de ideas, se forman escuelas diferentes que pretenden, por medio de razonamientos, creídos particularmente poderosos, hacer resaltar la verdad de su creencia, se cubren el campo visual del raciocinio con la venda del prejuicio, y se extravían en especulaciones vehementes. El color bajo el cual se juzgan los hechos, casi no definidos, está dado, y de ahí la creencia particular de cada grupo derivado de la causa primordial, de que es verdad lo que asienta, tachando, como consecuencia inmediata, á los demás, de absurdos y pretensiosos. Vienen las discusiones, razonadas en un principio, violentas después, y por último, la lucha estalla, y domina entonces la fuerza, no la razón.

Roma, celosa del progreso alcanzado por Grecia, desplegó sus huestes contra ella y la dominó. Los paganos, com-

prendiendo la supremacía que iba tomando el Cristianismo sobre sus antiguas creencias, iniciaron las terribles persecuciones con que mancharon de sangre cristiana las orlas de las túnicas pretorianas y llenaron de humo negro la limpidez de la atmósfera. Pero más tarde los cristianos, señores de la conciencia del hombre, se vengaron de la humanidad pretendiendo contener el avance científico del mundo por medio de la implantación de aquel Tribunal supremo que, en nombre de la Divinidad y en presencia de su santa imagen, satisfizo sus ambiciones personales, y condenó á la hoguera á los Galileo, Giordano Bruno, Savonarola y otros tantos emisarios de la Verdad, por el solo delito de que aquellas nuevas, hijas de la suprema evidencia, derrocaban su predominio y le arrebatában incautos fanatizados.

Así pues, hermanos espiritistas, si vosotros tenéis comprobada científicamente la evidencia de vuestras doctrinas, si sois los únicos poseedores de la verdad que habéis conquistado con vuestro eclecticismo, ¿qué puede importaros que un reducidísimo grupo de ignaros, visionarios y especuladores tengan la pretensión de no creer como vosotros? Conformáos sencillamente con experimentar en todos los campos que creais propicios, comprobad tanto cuanto podáis, poned á la luz del universo la evidencia de vuestros experimentos y comprobaciones, y dejad que teósofos, ocultistas, magos, cabalistas, brujos, hechiceros, etc., crean lo que en gana venga á cada cual. Pero desde el momento en que mostráis tan decidido empeño en hacer por vosotros mismos el panegírico de vuestras doctrinas, formándoos un pedestal con los escalones imaginarios de las escuelas que denigráis; desde el momento en que os preocupan con tanta fuerza las ideas que son contrarias y tratáis por cuantos medios se os alcanzan, de imponer las vuestras, os ponéis ante las inteligencias filosóficas, en el triste predicamento de que se os crea temerosos de que esas ideas sean superiores á las vuestras y al fin se impongan en la conciencia de los prosélitos que habéis formado con tanto afán, y las combatís denodados, con la esperanza de aniquilarlas, sin comprender que ese mismo ataque por vuestra parte y que el público juzga injustificado, es precisamente la prueba más palpable del fondo de verdad que encierran. ¿Qué causa fundada en la razón y el derecho no ha sufrido los ataques de los que, escudados en una falsa apariencia, se ven vulnerados en sus instituciones por la nueva idea?

Tal es la condición humana: el primero que levanta la voz y el dedo para marcar un defecto en alguien, es aquel

que posee el mismo defecto. El primero que se rebela contra las disposiciones gubernativas es el que ya no puede ejercer con libertad el vicio que se reglamenta; el primero que blasona de honradez es el que la vulnera de continuo. En cambio, el hombre honrado ve pasar ante sus ojos todas las taxativas que la ley ó la sociedad impongan á los vicios y á la inmoralidad sin preocuparse por nada, porque en nada atañen á sus rectas costumbres. El verdadero filósofo, el verdadero científico y aun el verdadero creyente, sólo se interesan por aquello que en puridad se asimilan con evidencia, y no se ocupan jamás de lo supérfluo ó negativo; pero el que preocupado con sus elucubraciones, cierra los oídos á la razón, los ojos á la luz y la conciencia al recto criterio, pierde la ruta, se extravía sin comprenderlo, y se preocupa más del camino ajeno que del propio, porque se le despiertan otros sentimientos que son inherentes al amor propio ofendido por uno mismo.

CAPITULO VI.

EL ESPIRITISMO SEGÚN EL OCULTISMO Y LA MAGIA.

Aun cuando pueden existir algunas diferencias entre Ocultismo y Magia con respecto á la parte operatoria, el hecho es que en el fundamento de los conocimientos casi se confunden, de modo que, estando íntimamente relacionados en el punto relativo á las evocaciones y comunicaciones con los muertos, nos vamos á permitir hacer á la vez el estudio comparado de estas dos ramas del conocimiento con el Espiritismo, pues como ya hemos indicado en el capítulo precedente, existen notables diferencias entre éste y aquéllas, que no pueden aceptarse como una sola y misma escuela. En capítulo separado, al hacer el estudio del Espiritismo bajo el prisma de las ciencias positivas, tendremos oportunidad de tratar con cierta amplitud de aquellos fenómenos que se producen sin la intervención de los muertos, y sólo vamos á concretarnos en éste, á las prácticas de evocación y comunicación.

El ocultista y el mago tienen para este fin estudios muy diversos del común de los mortales, para llegar á compren-

der su papel en este mundo. Por más que truenen contra ello los exclusivos creyentes del ternario y crean que el número siete es simbólico por capricho ó fanatismo, unos y otros creen en la constitución septenaria del hombre; en el influjo que sobre él ejerce el sol, centro de vida planetario de nuestro sistema, y el que ejercen también la luna y los demás planetas que giran al derredor del sol.

Oíd de qué manera se expresa Mr. F. Ch. Barlet en su obra *l'Ocultisme*, edición de 1909, pág. 15;—«La ciencia oculta es religiosa por naturaleza. Fuera de esta condición, la «experimentación no sólo es falsa, sino peligrosa en proporción á la corrupción del operador y de su medio; en primer «lugar, porque por su propio desorden y por un instante de «triunfo, puede atraer reacciones de la voluntad universal «que le castigarán con sufrimientos proporcionados al mal «que haya producido, y en segundo lugar, porque en su im- «perfección puede encontrarse en presencia de espontanei- «dades también desviadas, pero invisibles y mucho más po- «derosas que él. Mas en contra de tales potencias, la virtud «es el solo escudo verdaderamente eficaz; es la sola arma in- «vencible. Los fenómenos de posesión y obsesión desgracia- «damente no son raros entre los estudiantes de ocultismo; se «pudieran citar casos terribles, con fines trágicos. Por esta «razón es por la que estas *ciencias psíquicas*, en todos los tiem- «pos, han sido *ocultas*, por el propio interés del ignorante y «del indigno. Por esto mismo es por lo que no son enseñ- «das más que bajo la condición de una iniciación moral rigu- «rosa y á menudo prolongada.

«No sólo en virtud de las teorías y de los sentimientos que exige es por lo que el ocultismo es religioso; debe serlo además prácticamente por el culto, porque debe defenderse contra la potencia maléfica más terrible, la invisible, que puede suprimir el espacio y el tiempo.

«Por esto, en fin, es por lo que todas las religiones llamadas á operar sanamente en el dominio de lo Invisible, han tenido la prudencia de poner en entredicho para el público, el ocultismo, que deben elevar y proteger.»

Luego, en la pág. 21, dice que entre otros conocimientos, el ocultista debe de poseer: Alquimia, Astrología, Budhismo, Cartomancia, Quiromancia, Demonomanía, Adivinación, Esoterismo, Exorcismo, Franc-Masonería, Grafología, Hipnotismo, Kabbalah, Magia, Magnetismo, Medicinas espargírica y química, Mesianismo, Milagros, Misterios, Misticismo, Filosofía oculta, Frenología, Fisiognomía, Profecías, Psicolo-

gía, Religiones, Satanismo, Secretos y recetas, Hechicería, Sonambulismo, Espiritismo, Supersticiones, Teosofía, Tradiciones, Vampiros y espectros, Visiones y apariciones, etc.

Después de lo dicho por un célebre ocultista, apenas podemos creer que los espiritistas quieran identificarse con los ocultistas, supuesto que blasonan de que el Espiritismo ni es religioso ni es dogmático.

Un mago sin religión es un militar sin armas y sin uniforme; es un científico sin laboratorio y sin aparatos; es, en una palabra, una extensa biblioteca de obras escogidas, pero llenas de polvo porque jamás se hojean. Si el Espiritismo no es una religión, ni tiene dogmas, vanamente os habréis de empeñar en demostrar que «el Espiritismo moderno es el Ocultismo occidental sin que en nada sea inferior al Ocultismo del Oriente y mucho menos á la mística Teosofía, cuyos dogmatismos la excluyen de la verdadera ciencia positiva,» como leemos en la conferencia del Sr. Morán ya citada. Más aún; si lográis identificarlos y negáis la religiosidad y dogmatismo de vuestras doctrinas, ponéis de manifiesto de modo evidente que desconocéis en lo absoluto el ocultismo ya que tacháis la mayor parte de sus estudios, y sabéis muy poco, casi nada, de la índole propia de vuestras particulares tendencias, enredándoos en un verdadero dédalo de especulaciones oratorias que nada comprueban, porque después de tantas afirmaciones magistrales como os permitís hacer en público, no dais la razón de ninguna, no sacáis fundamento de ningún género, menos una comprobación científica la más insignificante.

Exceptuando la Adivinización, que á veces acometéis, el Hipnotismo, algo de Magia empírica, Profecías, que á veces se permiten hacer vuestros mediums y protectores, Psicología que juega el papel principal en vuestras sesiones, Sonambulismo que es inherente á las manifestaciones de cierta índole, Vampiros y espectros, Visiones y apariciones, confundidas las cuatro clases en los espíritus, decidnos con toda sinceridad, ¿qué conocéis de las demás ciencias? ¿Por qué rechazáis unas como inútiles ó visionarias, y motejáis las otras con vuestros propios calificativos? ¿Verdad que no sospechabais que se necesitara conocer tanto y tan disímbolo y contradictorio en apariencia para acercarse un poco al conocimiento de la verdad? Si no poseéis estos conocimientos, y lo podemos afirmar con evidencia basados en vuestras propias confesiones, ¿cómo es, pues, que os llamáis poseedores únicos de la Verdad? ¿Cómo siendo el credo que profesáis

una sola de las múltiples ramitas que forman el tronco del saber humano, podéis soñaros ser el mismo tronco de donde nacisteis vosotros y vuestras ramas hermanas? ¿Cómo, en fin, os llamáis eclécticos si despreciáis miles de conocimientos donde se encierran partes interesantes de esa verdad que buscáis con tanto anhelo?

Así pretendéis, en la serie de conferencias que inauguráis, probar que el Espiritismo no es inferior al Ocultismo y á la Teosofía, creyendo que no hay razonamientos suficientemente poderosos para probar la inferioridad de aquél. Ya véis que existen razones, y muy poderosas, á pesar de que dudéis de que el Espiritismo haya pasado por teósofos y ocultistas; pues aun cuando vuestra duda es legítima, supuesto que no estáis obligados á creer las afirmaciones de nadie por el solo hecho de que os las dicen, sino que cuerdamente exigís comprobación cumplida de tales afirmaciones, haced lo propio con las vuestras, ya que blasonáis de instruídos y de recto criterio: no afirméis cosa alguna que no demostréis, porque nadie está obligado á creeros por el solo hecho de que desde lo alto de una tribuna lanzáis afirmaciones nacidas de vuestro apasionamiento por la causa espírita, pero que hasta la fecha, lo repetimos; no habéis llegado á demostrar en lo más mínimo. Nosotros, parodiando vuestras mismas palabras, que no son más que una variante de nuestras opiniones muy antiguas, podemos decir: «A nuestro juicio, los espiritistas no han emprendido buen camino, toda vez que, considerando su doctrina superior á las demás, se encastillan en su misticismo sin importarles la enseñanza que debe de impartirse á todos los hombres. Probado está que el misticismo es una enfermedad de espíritu, que mata toda energía y actividad encaminada al bien solidario.»

Veamos ahora cuáles son los trabajos ejecutados por los espiritistas y cuáles por los ocultistas, para que con pleno conocimiento de causa se puedan sacar algunas conclusiones que nos indiquen cuál de las escuelas tiene el derecho de supremacía.

Los espiritistas celebran sus sesiones en un lugar cualquiera, es decir, en un departamento que sólo pueda ser incomunicado de los demás á fin de evitar interrupciones una vez iniciados los trabajos, sin que importe la circunstancia de que este departamento sea una alcoba, una sala, un comedor ó una biblioteca. Reunidos los asistentes en el lugar designado, teniendo el indispensable *medium*, se procede á su magnetización ó hipnotización, si no es espontáneo, y cuando ya

está en *trance*, se hace una oración, pidiendo al Todopoderoso permita se efectúe la comunicación con los hermanos desencarnados; en seguida se evoca y pide á los espíritus protectores del círculo se comuniquen y alejen toda influencia mala, todo espíritu nocivo, etc.; se forma la cadena, y con el mayor recogimiento, procurando unificar los pensamientos, se esperan las manifestaciones. En algunas reuniones se entonan cánticos místicos y aun religiosos, se queman perfumes, por lo regular incienso ó copal, se hacen algunas variantes á la secuela general, según el criterio de cada director ó según indicación de los protectores de círculo. Después de algunos momentos de espera, se presenta la primera entidad tomando *posesión* del cuerpo del medium. Generalmente es el protector que saluda fraternalmente á los asistentes: dan principio los fenómenos. Todos acogen al comunicante con señales de profundo respeto y esperan con ansiedad la comunicación, que por lo general es un discurso de tema perfectamente conocido: excitativa á las prácticas de amor, moralidad, progreso, altruismo, que, á decir verdad, no enseñan nada nuevo, no aportan una máxima distinta de las ya conocidas; todo es una variante trivial de lo conocido generalmente por el mismo medium; pues hay que observar que las comunicaciones no sobrepasan el avance intelectual del medium, como á su tiempo lo demostraremos. Algunos de los concurrentes aventuran preguntas acerca de asuntos familiares ó comerciales, casos de enfermedad y aun asuntos de vital importancia, las cuales son contestadas, según los alcances del comunicante, pues hay ocasiones en que las respuestas encierran tal confusión, que resultan más enigmáticas ó paradójicas que las de las sibilas de los tiempos paganos. Por fin, el protector se despide dando todas las seguridades de que permanece velando el círculo, y anuncia que otros hermanos se van á comunicar. Bajo el mismo sistema, tomando posesión del cuerpo del medium, se van presentando, uno en pos de otro, espíritus de todas categorías intelectuales y morales, desde el que se hace pasar por filósofo hasta el que se revela en el nivel más bajo del vicio. Uno habla con toda la formalidad de un erudito acometiendo cuestiones trascendentales y discute con firmeza puntos de todas clases; pero que en algunas ocasiones, las más de ellas, no puede resolver de acuerdo con los últimos descubrimientos de la ciencia, porque hasta la terminología desconoce. Alguno de nuestros compañeros de la Logia ha asistido á varias sesiones con el fin de entablar discusiones con los espíritus más elevados y comprobar lo que antes diji-

mos, que las comunicaciones están siempre en relación directa con el grado de cultura del medium y no del espíritu que se manifiesta, y el resultado ha sido siempre satisfactorio. Hé aquí un ejemplo entre muchos, á fin de no cansar al lector con citas; pero podemos relatar una variedad grande de ellos. No damos con precisión lugar ni nombres, porque nuestro ánimo no es herir susceptibilidades ni poner en ridículo á nadie, pues tenemos entendido que aun viven la mayor parte de las personas que componían aquel círculo y las que asistimos por invitación especial, para presenciar la lucidez del sonámbulo y la belleza de los fenómenos. Si necesario fuere, lo cual no estimamos conveniente, podemos citar nombres y datos precisos.

Hé aquí el hecho:

Rumbo, por el Salto del Agua; lugar, un salón de una Sociedad mutualista que alquilaba ó cedía para las sesiones del círculo; concurrencia, dos espíritas de renombre, un medium de aspecto humilde, casi pobre, artesano de profesión; doce ó catorce personas de ambos sexos, creyentes todas, y una familia extraña al círculo, con la cual asistía el testigo presencial del acontecimiento en cuestión. Hagamos la salvedad que de la familia, excepción hecha de dos señoritas de edad y criterio suficiente, pues las adorna bastante instrucción, las demás personas no conocían sesiones espíritas.

Cubiertas todas las formalidades del ritual, se presentó el protector, en seguida un niño que jugaba con su trompo, y pedía dulces con insistencia, y excusado es decir que tanto el trompo con que se le divertía haciéndolo bailar á guisa de perinola en la mano de uno de los dos jefes de círculo, como los dulces que se hicieron comer al niño por el cuerpo del sonámbulo, fueron *formados* subjetivamente por dos ó tres puñados de *fluido* que el mismo magnetizador se arrojó con una mano en la otra para presentarlos triunfalmente al espíritu infantil, que no tuvo el menor reparo en aceptar como si realmente existieran. Después se presentó un hombre del pueblo, lleno de odio, blasfemando, llenando de insultos á su rival, del cual iba á tomar venganza fiera, porque le había inferido tremenda herida en el abdomen; se sostenía con las manos los intestinos que brotaban al exterior, y en vano procuraba resañarse la sangre que manaba en abundancia. El espectáculo formado en la imaginación de nosotros era impresionante. Nuestros dos magnetizadores procuraron calmarle, le dieron sanos consejos, procuraron reducirlo al conocimiento de su deber moral, y bajo el mismo sistema de antes, le formaron y

aplicaron una curación con la cual los intestinos volvieron á su sitio y se contuvo la hemorragia. Ya curado aquel desdichado, se retiró «llevándose una piedra en la diestra,» con la cual afirmó iba á partir en dos el cráneo de su odiado rival. Según se nos aseveró, era un espíritu sufriente que hacía mucho tiempo se presentaba de la misma manera, sin reaccionar en lo más mínimo. En seguida se presentó un filósofo y disertó ampliamente sobre la caridad; mas habiendo vertido algún pensamiento erróneo, nuestro hermano invitado pidió permiso para ponerse al habla con él y pedirle algunas explicaciones aclaratorias sobre lo afirmado. Concedido el permiso, se entabló la discusión, y el espíritu llegó á formarse un lío entre los actos conscientes y los inconscientes que se ejecutan al ejercer la caridad, llamando á los primeros unas veces caritativos, otras interesados, hasta que al fin, no pudiendo dar una explicación satisfactoria, afirmó con toda prosopopeya que «la Caridad en este mundo, no existía, que era un mito inventado por los hombres, que no había nadie que practicara la Caridad.» Y exhalando un profundo suspiro, se estremeció el medium y el espíritu se fué sin despedida.

Esa salida violenta es el recurso á que apelan todos los espíritus para salvar las situaciones difíciles. Así cortan toda discusión; así evitan que se les desenmascare ó identifiquen; así en fin, terminan todos los asuntos en que no pueden salir victoriosos.

En otras sesiones hemos visto algunos chocarreros que se permitían decir algunas frases subidas de color, acariciaban y besaban á las jóvenes, pedían puros y cognac, y después de llegar al estado de ebriedad, cosa que entretenía á los circunstantes, cometían algunas inconveniencias en presencia de todos, que el decoro prohíbe relatar.

Sé que en este punto vamos á provocar una protesta enérgica contra estas aseveraciones, pero no podemos faltar á la verdad histórica, y al hacer estas revelaciones para el público, de hechos que se han procurado guardar sigilosamente para los profanos para no desvirtuar la doctrina, cumplimos con el solo deseo de los conferenciantes. Habíamos callado por prudencia y respeto á sus ideales, pero nos han exigido que hablemos, y al fin, decididos á hablar, aun cuando sea por esta sola vez, nada hemos de callar; hemos de decir todo cuanto hayamos presenciado y podamos comprobar con el testimonio de personas ajenas á nuestras escuelas, pero que también fueron testigos presenciales de los acontecimientos.

De la misma manera imparcial hacemos constar que también hemos presenciado, en sesiones á obscuras completamente, aportes de flores, de aves y de dulces, producción de luces pequeñas unas y de regulares dimensiones otras; hemos sentido formas semejantes á las diversas partes del cuerpo humano, dándonos la impresión de su contacto sin apreciar su densidad; hemos presenciado la hermosa materialización de un brazo femenino escultóricamente modelado y cuya primorosa y rosada mano galantemente se posó sobre la frente de cada uno de los que nos hallábamos reunidos; en una palabra, nos hemos encontrado en presencia de una forma humana completa que pasó entre nosotros, sin hablar, sin producir el menor ruido ni el más ligero contacto, y á semejanza del brazo, se esfumó en medio de la cadena que estábamos formando. Hemos visto cambiados los objetos de la pieza en que nos encontrábamos, y aun algunas personas, al hacerse la luz, se extrañaron de no estar ni en el mismo mueble, ni en la misma colocación que al principio. Mas á pesar de que nos constan todos estos hechos, no podemos por concepto alguno afirmar que el *modus operandi* haya sido por intermediación de los espíritus, cuando tenemos formado otro concepto completamente distinto de las causas productoras, como lo expresaremos en los capítulos que tratan del Espiritismo según la Teosofía y según las ciencias positivas.

Continuemos con nuestro estudio comparativo, del cual nos habíamos separado un poco, para citar hechos auténticos en los cuales se apoya nuestro conocimiento en el Espiritismo y probar á nuestros hermanos espíritas que al hablar de su doctrina y prácticas, lo hacemos con pleno conocimiento teórico y práctico, no empíricamente como ellos, que prejuzgan á la Teosofía y al Ocultismo sin penetrarse de sus tendencias, marcha, extensión, y prácticas; porque ese conocimiento no se adquiere hojeando los libros que tratan del asunto para impugnar párrafos aislados que parece van en desacuerdo con las ideas, sino después de muchos años de estudios profundos y prácticas reiteradas y pacientes. Un teósofo, y mucho menos un mago, no se improvisan como se hacen adeptos al Espiritismo, con sólo asistir á una sesión y creer de buena fe cuanto se les afirma que es producido por los desencarnados.

Leed los clásicos de Allan Kardec para conocer las tendencias filosóficas y morales en que se apoya la doctrina; aceptad sin discusión que aquellas obras han sido dictadas por los espíritus, sin parapetarse tras de ningún filósofo,

porque no lo era quizá Allan Kardec; estudiad algo de Hipnotismo y Magnetismo; aprended las oraciones propias para abrir y cerrar las sesiones, las evocaciones y acciones de gracias, y poned de vuestra parte la mayor y mejor buena fe, y os habréis convertido en espiritista simple y sencillamente. Afirmad, sin demostrar, que todos cuantos niegan los fenómenos, (pues según vosotros todos son producidos por los espíritus) son atrevidos, ignorantes y hasta locos; pregona que las comprobaciones metafísicas de los experimentadores psíquicos, son las pruebas patentes de la existencia del Espiritismo, con citación de sus nombres y detallando los experimentos, aun cuando los testimonios de los mismos experimentadores no sean aún satisfactorios; tronad en alta voz contra todos los que profesan fe distinta, y os habréis convertido en los verdaderos sacerdotes del Espiritismo; pero pensad si quiera en haceros magos. ¡Oh! quedaréis aterrados con sólo recorrer la lista de los conocimientos que debéis adquirir. No puede ser de otra manera. ¿Cómo podéis conocer á la Naturaleza en sus profundas enseñanzas si no sabéis recorrer sus páginas una por una? ¿Cómo podéis llamaros poseedores de la Verdad si la aquilatáis mutilada en su mayor parte, considerando los puntos menos asequibles á la inteligencia humana, como supérfluos, inútiles ó visionarios?

El mago con la Astrología aprende una parte del Amor universal que liga á las criaturas con el Creador, oye la voz misteriosa con que cada planeta, cada astro, cada sistema se comunica con sus compañeros en el infinito, y en el imponente silencio del espacio, siente las vibraciones armónicas del conjunto sideral; la Astronomía le pone en conocimiento de las leyes mecánicas que rigen aquel mismo conjunto de mundos inteligentes; en sus relaciones mundanas necesita ponerse al habla con los elementos *aire, tierra, fuego y agua* para tomar de ellos su vida, sus leyes, sus almas, su lenguaje; al mineral, al vegetal, al animal y al hombre, no ha de conocerlos en su aspecto externo, por la sola apariencia ilusoria que le forjan sus limitados sentidos corporales; debe penetrar en ellos, según la marcha de cada celdilla, de cada átomo, desde su iniciación hasta su fragmentación; recorrer con la savia, identificado con la vida que va en pos, para conocer su elaboración, su selección, su inteligente reparto en sustancias diversamente constituidas, y de la misma manera que lee en la planta, por los caracteres externos, la familia á que pertenece, las flores y los frutos que proporciona, así en la mano, en la cabeza y cara, en cada una de las partes del cuer-

no humano, debe saber, conocer la familia moral á que pertenece cada sujeto, las flores, los frutos y las espinas que produce. Pero no creais que trata de conocer un árbol sólo estudiando la configuración particular de cada hoja ó de cada rama, porque es tanto como incurrir en el mismo defecto de la ciencia oficial que estudia sólo el mundo fenomenal para establecer sus leyes; el mago penetra resueltamente al mundo subjetivo, personalmente, y sin necesidad de un medium que le puede engañar ó desviar, estudia, observa, inquiere, selecciona, asimila y graba en su conciencia material la experiencia adquirida en *todas partes*, sin desdeñar nada que sea digno de estudio, porque para alcanzar la verdad, no pueden formarse soluciones de continuidad en el campo de la investigación. Por último, tras cruentos sacrificios, investigaciones interminables, comprobaciones innúmeras, noches de verdadero insomnio pasadas en la meditación espiritual para desentrañar un eslabón presentido; sacrificio abnegado en pro de la causa, llega á identificarse con el gran Todo, se comprende pequeño como Dios-hombre é inmortal como Hombre-Dios y elevando la mirada hacia el infinito y extendiendo las manos en forma de cruz, proclama esta sentencia:

¡Dios duerme en el mineral; respira en la planta; se agita en el animal y se despierta en el hombre!

Cuando ha llegado á este punto; siempre bajo la dirección de un maestro lo más idóneo posible, es llegado el momento de la realización, de operar conscientemente en los planos mental y espiritual, para producir todos esos fenómenos asombrosos que el vulgo llama milagros.

Aquellas fuerzas conscientes de vida que en la materia llama el hombre cohesión, inteligencia en el hombre y atracción universal en los planetas, quedan sometidas á la voz del mago que por medio del pensamiento, de la palabra ó de la obra, las dirige en el sentido que desea, y obedientes cumplen su mandato. Esas mismas fuerzas conscientes de vida las llama espíritus elementales, hostiles á los hombres que pretenden ponerse en contacto con ellos sin conocer los medios, pero humildes y obedientes con el que, conforme á las fórmulas y ritual correspondiente, los hace vibrar en armonía con su voluntad. De aquí la imprescindible necesidad de un lugar destinado exclusivamente para templo-laboratorio, donde no se operen ni reciban vibraciones heterogéneas; por eso la necesidad imperiosa de recordar á cada momento cada uno de los planos con sus leyes y detalles, por medio de signos cabalísticos; por eso, el vasto arsenal de instrumentos mágicos y ves-

tiduras simbólicas que necesita para horas y días determinados; por eso, en fin, el poder de las piedras preciosas, de los perfumes, de los colores, de las palabras ú oraciones, de los signos trazados en el aire, de las evocaciones.

Es tan estricto, tan matemático el ritual que hay que seguir para todas las prácticas, pero más particularmente en las evocaciones, que el olvido del más insignificante detalle, alguna circunstancia descuidada, hacen fracasar el experimento, viéndose el mago obligado á intentar desde sus principios nueva preparación.

Estar en conocimiento del funcionamiento de estas fuerzas vivas y manejarlas conscientemente, es lo que se llama, en términos de ocultismo, haber adquirido los poderes. Por medio de estos poderes y sin intervención de ningún medium, el mago mueve objetos sin tocarlos, produce precipitaciones de escrituras y dibujos, voces y diversos sonidos aéreos, desintegración y reintegración de la materia para los aportes de todo género, formación de fantasmas y tantos otros fenómenos que en el Espiritismo se atribuyen á manifestaciones de los desencarnados, y que ningún punto tienen, en su origen, de común entre ocultismo y espiritismo.

El mago también evoca los espíritus de los hombres y los hace acudir á su presencia, ya estén encarnados ó hayan abandonado su envoltura carnal; pero, ¡cuán enorme es la diferencia! Sus evocaciones no pueden ser tan frecuentes como las de las sesiones espíritas: tiene necesidad de una preparación estricta para depurarse de cuerpo y alma; escoger día y hora determinados para que las influencias propicias se ejerzan con mayor intensidad; se reviste con los colores *ad hoc*, quema el perfume indispensable, se coloca al abrigo de las malas influencias, aislándose por medio de objetos y signos, y llegado el momento supremo, pronuncia la forma esotérica, despierta enérgico las fuerzas que necesita en el plano correspondiente, y el espíritu requerido acude al llamamiento. Se materializa, vuelve á vivir como antes, aun cuando sea por breves instantes, pero sin entretenerse en mover mesas ni juguetillos colgados, ni hacer ninguna de esas diversiones pueriles que tanto asombran á los que asisten á sesiones espíritas, sino para contestar de una manera categórica á las preguntas que se le dirigen; para hacer las indicaciones pertinentes de lo que se inquiere; en una palabra, dejar alguna enseñanza ó indicar algún beneficio. Los espíritus de los vivos también acuden al llamamiento, siempre que éste se efectúe durante el sueño normal; y aun cuando no operan con

tanta libertad como los desencarnados, se les puede obligar a ejecutar actos que producen los mismos resultados que la sugestión en un magnífico sujeto hipnótico. ¡Ved si ello puede enseñarse á cualquier aficionado ó curioso, con la misma impunidad con que enseñáis vuestras evocaciones! Ved ahora si se impone la necesidad de la iniciación! Ved, en una palabra, si los poderes puede adquirirlos cualquiera que no tenga los méritos morales suficientes para no hacer tan mal uso de ellos que, ejerciéndolos en provecho propio, llegaría en su desbordamiento á cometer los mayores crímenes, sin que nadie pudiera comprobarle nada, ni señalarlo como el móvil principal!

Mas aún: conocidas por el mago, de una manera práctica, las condiciones en que se encuentran los desencarnados, (porque uno de los ramos de su instrucción consiste en ir á recorrer todos los planos desde el inmediato á la materia ó pasional hasta el espiritual), tiene la firme convicción de que no debe sino por necesidad imperiosa, y nunca por curiosidad, perturbar á los seres de ultratumba, cualquiera que sea su estado. Sabe que llamarlos para de continuo tener el consuelo de seguirlos escuchando, es un principio egoísta, y el mago que opera con fines egoístas, hace generar fuerzas contrarias que lo pueden aniquilar. Asimismo, cuando llama al espíritu de un habitante de la tierra, es para producirle un beneficio, cualquiera que sea; pero nunca como simple entretenimiento ó curiosidad. El mago es noble en todos sus actos; se abstiene de todo aquello que pueda ó crea que puede perjudicar á alguien, y todos sus actos los dirige única y exclusivamente por el sendero de la verdad y de la justicia. El mago admira sin envidia al sabio; enseña sin herir al ignorante; ensalza sin bajeza al hombre bueno, corrige con amor y dulzura al delincuente, y para todos tiene siempre una máxima de sabiduría y de moral puras, una sonrisa de benevolencia y una acción de ayuda. Entonces es un santo, me diréis, pretendiendo ridiculizar esta torpe pintura que os he hecho. Sí, señores, el verdadero Mago es el verdadero Cristo, hijo del Verbo divino, hecho hombre para redimir á la humanidad; que después de haber sufrido su pasión y muerte, resucita al tercer día de entre los muertos y sirve de diestra al Gran Todo. Os estoy hablando esotéricamente, no os rezo el credo del catolicismo, bien sea el de los apóstoles, el de Nicea ó el de San Atanasio. Vosotros me entenderéis; pero al mismo tiempo también habréis comprendido cuán enorme es la diferencia que existe, según lo dicho, entre las prácticas conscientes del mago y las de vuestras sesiones de evocación.

Sé que vais á decirme que nada importa que seais ó no magos, si al fin la realidad de vuestros fenómenos indica la verdad que os asiste; pero cuán grande también es la diferencia que existe entre que creais vosotros ser magos y obtener esos fenómenos que atribuíis á los espíritus tan sólo para disculpar vuestra ignorancia de las causas que los producen, y los fenómenos producidos por el verdadero mago, idénticos á los vuestros por su apariencia, pero por causas reales, conocidas, comprobadas sin intervención de espíritus humanos.

Estas afirmaciones que vienen á echar por tierra vuestra doctrina tanto tiempo sostenida, y valientemente defendida, pugnan con vuestra fe; veis vacilar los soportes de vuestros dogmatismos y presentís que el ídolo espiritual que ufanos adorabais se convierte en espiritualismo científico, donde campean la telepatía, la sugestión, la exteriorización de la motilidad, el desdoblamiento de los mediums, ó su agotamiento temporal para vitalizar pasajeraamente una forma subjetiva; en una palabra, todos los poderes latentes en el hombre manifestándose de manera inconsciente para vosotros, y por ende produciendo fenómenos desordenados, pero nada, absolutamente nada de Espiritismo antiguo, ni moderno. Y al hacer los últimos esfuerzos para salvaros del naufragio que presentís, en medio de las olas que levanta en vuestro derredor el viento del progreso, en ráfagas violentas de comprobaciones científicas, apeláis al último recurso del creyente: levantar la voz muy alto para pregonar las excelsitudes de su credo, y en medio de las últimas contorsiones de la hoguera, ó de las póstumias muecas de la agonía, aclamáis la verdad de vuestras creencias y la supremacía de vuestra religión.

Para terminar este capítulo diremos que uno de los puntos principales del ocultismo práctico es la Magia propiamente dicha, ó sea el ejercicio continuado de los poderes adquiridos por el ocultista; porque debemos hacer la advertencia de que un ocultista bien puede no ser mago; en cambio, el verdadero mago tiene que ser ocultista. Sin embargo, la práctica de la Magia elemental está al alcance de todos los espíritus observadores y aun de muchos que en su actual reencarnación traen adquiridos algunos de esos poderes que aprovechan quizá empíricamente, y á los cuales se les da el nombre de sensitivos ó mediums.

A la primera categoría, la de los verdaderos magos, pertenecen los hombres de amplios conocimientos, inteligencia brillante y fecunda, llenos de todas las cualidades morales que

les colocan muy por encima de los hombres, y que en su humilde apariencia, sin ostentar sus poderes ni alardear de sus conquistas, dedican su vida á hacer bien á sus semejantes, en todos sentidos, sin que se llegue á saber que son ellos los móviles de los beneficios. Héroe ignorados en las tribulaciones de la humanidad, operan á distancia, enviando salud, consuelo, fortaleza, toda clase de beneficios, en fin, desde su ignoto santuario, sin pretender jamás que se les reconozca, á fin de que nada se les tenga que agradecer. Su misión es santa: hacer el bien por y para el bien de sus semejantes. Estos magos no los encontraréis, hasta que tengáis los ojos educados para verlos, de la misma manera que no podéis ver los objetos de una pieza casi á oscuras, cuando penetráis á ella, sino hasta que vuestra vista perdió la impresión de la luz y se habitúa á la penumbra.

La segunda categoría, es la que encontráis por todas partes haciendo alardes de sus conocimientos y tocando muchas ocasiones el charlatanismo. Ellos son los que enseñan al vulgo á conocer y juzgar tan erróneamente á la Magia; ellos son los que os dicen ser lícitas todas las prácticas, aun las más reprobadas por los maestros; ellos en fin, ahogando la voz de la conciencia pura y honrada por satisfacer su vanidad ó ambición, son los que acometen hasta los sortilegios más absurdos sin importarles el perjuicio que se pueda producir en alguien; son los que tocando los escalones más bajos del mundo subjetivo, atraen á las entidades desencarnadas, todavía pasionales y ávidas de volver al mundo de los vivos, para hacerlas aparecer como fantasmas, como verdaderos espíritus de todas clases; ellos son los que ejercitan hasta la venganza y en cuyas manos los poderes se convierten en armas peligrosísimas para la humanidad en general; ellos en fin, toman toda la apariencia del hombre sabio y honrado y se forman aureola de gratitud curando enfermos y repartiendo beneficios, pero buscando siempre su provecho personal, satisfaciendo por cuantos medios están á su alcance sus deseos. Pero de la misma manera que decimos que entre los magos de la primera categoría, suele haber algunos que engolosinados con los triunfos que alcanzan, insensiblemente se apartan del camino del altruismo para penetrar en el del egoismo, hacemos constar también que entre los de la segunda categoría hay muchos que, llenos de buena fe, se imponen una verdadera misión benéfica y cumplen con ella con la mejor voluntad. De aquí la subdivisión forzosa y bien conocida del público, en Magia Blanca ó Teurgia, y Magia Negra ó Goetia.

El mago blanco norma sus acciones en el recto criterio y cumple con aquel principio moral que ya hemos señalado en capítulo anterior: á la sola idea de que una acción que va á cometer pudiera ser perjudicial á alguno, se abstiene en lo absoluto de llevarla á cabo; en cambio, el mago negro no sólo no se abstiene de cometer una acción que cree pudiera ser perjudicial, sino que á sabiendas la ejecuta sin importarle nada el efecto pernicioso, y sólo por satisfacer sus ambiciones, deseos ó curiosidad.

Así pues, por cualquier lado que comparemos al Espiritismo con el Ocultismo y con la Magia, no podemos encontrar más que desventajas apreciaciones para aquél, que en manera alguna podemos considerar, ya no como el origen principal de estas dos escuelas, pero ni siquiera semejante, porque en las prácticas espiritistas no encontramos ninguno de los principios, reglas, rituales y *modus operandi* de la alta magia, ni siquiera de la magia blanca más elemental.

Que los fenómenos se producen en las sesiones espiritistas, no es una prueba de que sean magos ó conozcan la magia los asistentes, como no es una prueba de que sea maquinista ó mecánico el intruso que moviendo el regulador de un motor provoca el movimiento. Según la magia, los fenómenos espíritas se producen por la forzosa manifestación de las fuerzas que se acumulan en el mundo subjetivo por medio de la intención que unánimamente concentran los asistentes con la esperanza de que se produzcan, pero sin tener ni la voluntad firmemente sostenida ni el deseo preciso; es decir, quieren, pero no saben querer. Esperan fenómenos, pero no saben cuales. Como un principio oculto dice con verdad absoluta que «una esperanza sostenida es un principio de realización,» basta que los allí presentes esperen algo, para que se realice también algo que no ha sido ni siquiera sospechado.

Las fuerzas que generan los asistentes son de carácter indeterminado por lo general, como que operan con plena ignorancia de las facultades que cada uno posee, de la intensidad é índole de ellas, y lo más perjudicial aún, de la manera de dirigirlas. De aquí que esas fuerzas inconscientes que se desprenden van hasta el plano subjetivo correspondiente; entran en vibraciones *sui generis* y atraen entidades y sustancias similares á su propia existencia. Se forma la causa eficiente, con una conciencia también propia, extraviada, por su falta de dirección y de claridad, y el fenómeno se produce como efecto matemático de aquella causa; fenómeno que naturalmente no es esperado por ninguno de sus autores, por-

que desconociendo la causa generatriz, no pueden, no ya pre-sentir, pero ni siquiera deducir el fenómeno. La manifestación objetiva de esas fuerzas de vida, se aprecia por movimientos, sonidos, luces, contactos, formas similares á las humanas, como sintetizando la esperanza de ver los concurrentes algún desencarnado, y precisamente la inconsciencia ó la ignorancia de la generación de la causa con el desconocimiento absoluto del efecto, forma el prejuicio, y hace que aquellos fenómenos brotados de lo invisible para todos los asistentes se atribuyan á manifestaciones de los espíritus, toda vez que es lo que desde un principio se desea, se espera con avidez y se sanciona con la propia creencia. ¡Se ve á través de color determinado! ¿No os llama la atención, hermanos espíritas, el hecho tan significativo de que lo que vosotros llamáis, según vuestras creencias, fenómenos espíritas, el católico, según sus creencias también, llame manifestaciones del demonio, y los psicólogos y todos los científicos positivistas llaman fuerzas de la naturaleza no definidas aún con claridad? ¿Por qué, entonces, pretendéis vosotros ser los únicos poseedores de esa Verdad que tanto proclamáis, si todavía no podéis dar una demostración tan evidente que nadie pueda dudar de vuestras afirmaciones? ¿Cuál de las tres opiniones es la verdadera? ¿La espírita? No, porque si hubiera llegado á una solución definitiva, habría cesado de recorrer el campo de la experimentación, y sus comprobaciones, puestas al alcance del *mundo todo*, serían una verdad incontrovertible, aceptada por toda inteligencia, aun por las más fanáticas, como aceptadas son las evidencias de la vida produciendo tan maravillosos fenómenos en el interior de los cuerpos organizados; como irrefutables son las predicciones de los fenómenos celestes acerca de los eclipses, marcha de los cometas, etc.

La segunda creencia tampoco puede ser verdadera porque, como la espírita, no pasa de ser una opinión propia de escuela determinada, basada en prejuicios de secta.

Queda en pie la tercera que, á nuestro juicio, es la más aceptable; y aun cuando todavía no ha sacado una conclusión definitiva, las deducciones que hace de todas sus investigaciones, parecen acercarse un poco más á la verdad, puesto que basándose en hechos comprobados hasta la evidencia, sus inducciones ó deducciones pueden ser más acertadas que erróneas. Así pues, ocultistas y teósofos, que estamos de acuerdo con esta última opinión; que nos acogemos al método experimental positivo, á pesar de que se nos llame fanáticos, dogmáticos, etc., negamos rotundamente que los espíritus sean

la única causa determinante de los fenómenos que se producen en las sesiones espíritas. Si por esta negación franca y leal nos hemos hecho acreedores á que se nos moteje y denigre, ¿qué le vamos á hacer? nuestra convicción persistirá firme hasta el día que nuestros hermanos los espíritas nos demuestren con evidencias irrefutables la presencia é identificación de los espíritus produciendo esas manifestaciones rutineras.

Si vamos de acuerdo con la opinión de los científicos. ¿por qué nosotros solamente, y no los prohombres de la experimentación positiva, somos acreedores á vuestros ataques? ¿Acaso porque somos débiles, pequeños, insignificantes en el mundo de las ciencias? La Logia Aura jamás ha pretendido figurar en el mundo de las letras y el saber, conoce su humildad y cumple con lo que dijo Santo Tomás:

Vale más un asno negando
que un *sabio* afirmando.

CAPITULO VII.

EL ESPIRITISMO SEGÚN LA TEOSOFÍA.

Al llegar á este capítulo, pacientísimos lectores, recordando las palabras del conferenciante, quizá digáis con él: «Enteramente de acuerdo con lo que antecede (opiniones de Papus): vemos que á pesar de la elevación de la doctrina profesada por la Sociedad Teosófica, es tal el barullo, la incoherencia y la obscuridad que en sus escritos se siguen notando, sin hacer mención del misticismo exagerado que también en ellos campea, que no es posible que un espíritu concienzudo siga á la mencionada agrupación en sus estudios, sin exclamar: ¡Cuánto tiempo perdido para el que busca la verdad neta y sencilla!» Pero nosotros, que en manera alguna pretendemos sincerarnos á ese respecto, supuesto que no somos los que hemos de influir en la conciencia de los hermanos espíritas para hacerlos variar de la opinión en que nos tienen, sólo os decimos, lectores queridos, que os fijéis bien en estas circunstancias de afirmaciones, sin razonamientos ni com-

probación: la 1ª. Dice el mismo conferenciante: «Hay entre los teósofos personas de gran valer: nos complace señalarlo; pero también hacemos notar que estas entidades, de intelectualidad muy alta por cierto (como la Sra. Annie Besant, actual presidente de la Sociedad Teosófica), escriben y hablan no ya como teósofos, sino como espíritas. Nos alegramos de esa evolución que les acerca á nuestro campo.» La 2ª afirmación está basada única y exclusivamente en la opinión del doctor Papus, que no es contraria á la Teosofía, sino á la Sociedad Teosófica, por circunstancias personales, como hemos tenido oportunidad de conocer, lo cual bajo ningún concepto puede confundirse.

La primera afirmación nos trae á la memoria un hecho muy significativo y de identidad impresionante con este caso. Recordaréis que hace algunos años, un sacerdote católico de apellido Larra inició en la iglesia de las Brígidas de esta capital, una serie de sermones ó conferencias acerca del Espiritismo, invitando á todos los creyentes y hombres de ciencia para escucharlo. Recordaréis la avidez con que muchos asistimos hasta llenar el templo, y la erudición y elocuencia del sacerdote para probar con infinidad de textos sagrados y de comprobaciones científicas, la existencia del Espiritismo. Todos estábamos satisfechos, pero (ese pero que nunca falta) en la última noche, á la hora de sacar las conclusiones, se expresó en estos ó semejantes términos: «Hermanos míos: el Espiritismo existe, *pero* es arte del Demonio»....!!!... !!!

«Hermanos míos: hay teósofos de gran valer; *pero* escriben y hablan como espíritas!»....!!!...!!!

Ignorando en lo absoluto cuáles son las razones, porque no las da quien tal afirma, ni siquiera la citación de una página ó párrafo de obra determinada de nuestra querida presidente, en que pudiera apoyarse, nos vamos á permitir transcribir algunos párrafos relativos de las obras publicadas de la Sra. Besant, con el objeto de apoyar en hechos nuestra refutación, como lo hemos procurado hacer hasta aquí, apartándonos del sistema seguido por nuestros adversarios, que afirman dogmáticamente la primera idea que les viene en mentes, y ni la razonan, ni la apoyan, ni la comprueban. No basta decir *creo*, porque sí, cuando se trata de enseñar al que no sabe ó de señalar un error, porque esto es imposición de fe, dogmatismo puro. Hay que dar la razón de la creencia que se posee, para después marcar el error, por medio de la filosofía. Eso, hermanos espíritas, no lo habéis hecho. ¿Por qué.....?

Oid lo que nos dice en su obra «La Sagesse Antique,» exposición sumaria de la Enseñanza Teosófica, edición francesa de 1905.

Pág. 70.—«El espíritu y la materia, manifestación fenoménica de un universo cualquiera, son finitos como extensión y transitorios como duración. Pero las raíces del espíritu y de la materia son eternas.»

Pág. 98.—«Esta vasta atmósfera de esencia elemental responde sin cesar á las vibraciones del pensamiento, del sentimiento y del deseo. Las formas surgen ahí bajo el impulso de esas fuerzas como las burbujas en el agua hirviente. La duración de la forma así engendrada, depende de la fuerza de impulsión que le ha dado nacimiento; la nitidez de sus contornos depende de la precisión del pensamiento, y su coloración varía según la cualidad del pensamiento, intelectual, devocional, pasional, etc.»

Pág. 100.—«Un rasgo característico de esos elementales artificiales es que, dirigidos por la voluntad hacia una persona determinada, están animados de la sola tendencia de cumplir la voluntad del sér que les ha creado.»

Pág. 102.—«Uno de los objetos que se propone la enseñanza teosófica, levaptando parcialmente el velo del mundo desconocido, es el de dar á los hombres una base más firme para su conducta, una apreciación más racional de las causas cuyos efectos sólo son visibles en el mundo terrestre.»

Pág. 104.—«Cuando el hombre comienza á hacerse sensible á las influencias astrales, acontece á menudo que se siente súbitamente agotado, ó cuando menos asaltado por un terror enteramente inexplicable, y aparentemente irracional, que viene á operar sobre él con una fuerza capaz de paralizarle. Contra ella toda resistencia es vana, nada puede, más que sufrirla ó quizá indignarse. Pienso que la mayor parte de los hombres han debido experimentar más ó menos, en ocasiones, este temor indefinible, ese malestar, á la aproximación de un invisible, «no sé cuál;» el sentimiento de una presencia misteriosa, de «no estar solos.»

Pág. 105.—«Fomentando día y noche tales pensamientos, creamos sobre el plano astral legiones ciegamente hostiles; y la repercusión sobre nuestro propio cuerpo astral engendra ese sentimiento de vago terror, resultante de las vibraciones antagónicas que se resienten sin poderse comprender.»

Hablando de los espíritus de los elementos, dice, pág. 107: «Así Agni, el dios del fuego, es una entidad espiritual elevada, que preside las manifestaciones del fuego en todos los

planos del universo; ejerce su administración por intermedio de legiones de los elementales del fuego. Una vez comprendida la naturaleza de esos seres y conocidos los métodos que permiten dirigirlos, se hacen posibles y comprensibles los llamados milagros ú obras mágicas que en todo tiempo atraen la atención de la prensa. El procedimiento es el mismo, bien que la operación sea netamente admitida como resultado de artes mágicas, bien que sea atribuída á los «espíritus,» como en el caso del fuego, en que M. Home podía tomar tranquilamente un carbón rojo de un brasero ardiendo y tenerlo en la mano sin experimentar mal. El fenómeno de la levitación (suspensión de un cuerpo pesado en el aire sin ningún soporte visible,) y el que consiste en caminar sobre el agua, son fenómenos que han podido ser efectuados con el auxilio de los elementales del aire y del agua respectivamente, bien que uno y otro método sea más frecuentemente empleado.»

Pág. 108. —«La Naturaleza, con sus fuerzas ocultas, nos invita á cada paso; pero nosotros somos tardíos en aceptar las indicaciones que nos hace. La tradición casi siempre oculta una verdad en un proverbio ó en una fábula; pero nosotros, á lo que parece, hemos sobrepasado la edad de todas estas supersticiones.»

Pág. 109. —«Un día vendrá en que el lugar que les corresponde en el orden natural les será dado por los sabios más esclarecidos de época ulterior. Pero entretanto, sólo el poeta y el ocultista creen en su existencia: el poeta por la intuición de su genio; el ocultista por la visión de sus sentidos internos desarrollados. La multitud se mofa del uno y del otro, del ocultista sobre todo; poco importa; la sabiduría será rehabilitada un día por sus hijos.»

Al hablar de los diferentes habitantes del plano astral dice, pág. 114:—«Entre los primeros, muchos son Iniciados de diversos grados, algunos de los cuales son miembros de la Gran Logia Blanca—la Confraternidad del Thibet ó del Himalaya, como se le nombra á menudo,—en tanto que otros pertenecen á diferentes logias ocultas esparcidas á través del mundo, y cuyo tinte característico varía desde el blanco hasta el negro, pasando por todos los matices del gris. Los ocultistas desinteresados, consagrados exclusivamente al cumplimiento de la voluntad divina, ó aquellos que trabajan por adquirir esas virtudes, son llamados «blancos.» Aquellos que son egoístas y trabajan contra el objeto divino en el universo, son llamados «negros.» La abnegación que irradia, el amor y el sacrificio heróico, son las características de la pri-

mera clase; el egoísmo que concreta, el odio y la arrogancia altanera, son los signos de la segunda. Entre las dos, se encuentran las clases cuyo motivo es mixto, que aun no tienen netamente comprendida la necesidad de evolucionar, ya sea hacia el *Su Unico*, ya sea hacia el *yo* separado: yo les he dado el título de «grises.» Sus miembros van insensiblemente á tontas y á locas hacia uno ú otro de los dos grupos de objeto netamente marcado, cuando no se adhieren deliberadamente.»

En el capítulo III, *Kamaloka*, dice: «Encierra los seres humanos privados de su cuerpo físico por el golpe de la muerte y destinados á sufrir ciertas transformaciones purificadoras antes de poder entrar en la vida apacible y feliz que pertenece al hombre propiamente dicho, al alma humana.

«Esta región representa y engloba las condiciones atribuidas á los diferentes estados intermediarios, infiernos ó purgatorios, que todas las grandes religiones consideran como la residencia temporal del hombre después del abandono de su cuerpo físico y antes de su ascenso al «cielo.»

Pág. 135. «Cuando el cuerpo físico es abatido por la muerte, el doble etéreo, emanando con su Prana, y acompañado de todos los otros principios,—el hombre completo por consecuencia, excepción hecha del cuerpo grosero,—se retira del «tabernáculo de carne,» término que designa muy justamente la envoltura exterior del sér. Todas las energías vitales que irradian hacia el exterior son atraídas al interior, y «asimiladas por Prana;» su retracción se manifiesta por el entorpecimiento que invade los órganos físicos de los sentidos. Los órganos están aún prestos á servir como siempre; pero el «ser interior que gobierna» se va; es aquello que para ellos veía, oía, tocaba, sentía y gustaba; y abandonados á sí mismos, ya no son más que simples conglomerados de materia, materia viviente, es verdad, pero sin ningún poder de percepción. Lentamente se retira el señor del cuerpo, envuelto del doble etérico y absorto en la contemplación del panorama de su vida pasada, que se desarrolla ante él, á la hora de la muerte, en un todo completo, hasta en sus menores detalles. En ese cuadro están todos los acontecimientos de su vida, pequeños y grandes. Ve sus ambiciones realizadas ó fracasadas, sus esfuerzos, sus triunfos, sus defectos, sus amores, sus odios. La tendencia predominante del conjunto resalta netamente; el pensamiento rector de la vida se afirma y se imprime profundamente en el alma marcando la región en donde pasará la mayor parte de su existencia póstuma. Solemne es el instante en que el hombre, cara á cara con su

vida entera, oye salir de los labios de su pasado el presagio de su porvenir. Durante un breve espacio de tiempo se ve tal como es, reconoce el objeto de la vida, y sabe que la Ley es poderosa, justa y buena. Después el lazo magnético se rompe entre el cuerpo grosero y el cuerpo etérico, esos asociados de una vida completa se separan y, salvo casos excepcionales, el hombre cae en una inconsciencia plácida.

«La calma y el respeto deben normar la conducta de todos aquellos que se reúnen al derredor del lecho de un moribundo, á fin de que el silencio más solemne pueda dejar sin interrupción el examen de su pasado por el alma que se va. Los gritos, las lamentaciones vehementes, producen sobre ella una penosa impresión y provocan el peligro de turbar su atención concentrada. Desde luego es un acto impertinente á la vez que egoísta interrumpir la calma que debe ayudarle y apaciguarle, por el dolor de una pérdida personal..... Algunas horas después de la muerte,—no más de treinta y seis horas por lo general, según parece,—el hombre se retira del cuerpo etérico. Este último, abandonado á su vez como un cadáver inerte, queda en las cercanías del cadáver grosero y comparte la misma suerte que él. Si el cadáver es enterrado, el doble etérico flota por encima de la tumba, disgregándose lentamente; y la impresión penosa que muchas personas experimentan visitando los cementerios, es debida en mucha parte, á la presencia de esos cadáveres etéricos en descomposición. Cuando se queman los cuerpos, por lo contrario, el doble etérico se dispersa rápidamente, habiendo perdido su punto de apoyo, su centro de atracción física. Esta es una de las razones, entre otras muchas, por la cual parece preferible la cremación á la inhumación como medio de disponer de los cadáveres.»

Pudiera parecer demasiado extensa esta cita, pero la hemos creído necesaria no sólo por la hermosura de sus profundas enseñanzas, sino por el carácter netamente teosófico que encierra, sin que pueda interpretarse en manera alguna en sentido espiritista.

Continuemos nuestras citas, recomendando á nuestros lectores se tomen la molestia de leer y meditar todo este capítulo de Kamaloka, por ser de alta significación para la causa que perseguimos. El es el punto de disidencia entre espíritas y teósofos, ocultistas y magos; él es el que hace apartarse á los primeros de los demás; él es, en fin, la piedra de toque para tanta discusión.

Hablando la autora de los desencarnados que se encuentran en el plano más bajo y de los lugares en que se acumulan para sugerir á los mortales la consumación de los vicios que ellos no pueden satisfacer por falta de órganos corporales, dice, refiriéndose á los mediums, pág. 149: «Los mediums, á menos que no sean de un carácter puro y noble, son sobre todo el blanco de sus ataques. Muy á menudo, cuando les falta la voluntad, debilitados aún por el abandono pasivo de su cuerpo que ocupan temporalmente otras entidades desencarnadas, son obsesados por esos seres malos y arrojados á la intemperancia ó á la locura.»

Hablando del segundo plano, dice, pág. 153: «Después de la muerte, ese cuerpo astral no puede menos que retenerlos en la cercanía de los objetos terrestres. Esas gentes están, en su mayor parte, descontentas, ansiosas, agitadas, con más ó menos sufrimiento según la intensidad de los deseos que no pudieron satisfacer. Algunos sienten por este hecho una angustia real, y mucho tiempo están retenidos antes de que se agoten todos sus anhelos terrestres. Buen número de entre ellos prolongan inútilmente su estancia procurando comunicarse con la tierra, con cuyos intereses están ligados, por intermedio de los mediums que les prestan un cuerpo físico, que suple de esta suerte la pérdida del suyo.

«De esta región es de donde proviene en general la charlatanería banal, bien conocida de quien ha frecuentado las sesiones espíritas públicas,—*potins de concierge et moralités rebattues de petite boutique ou de pension bourgeoise*,—elemento femenino en su mayor parte. Esas almas ligadas á la tierra, son generalmente de una pobre inteligencia, y sus comunicaciones no tienen ya más interés (para el que está convencido de la existencia del alma después de la muerte) que el que pudiera tener su conversación en la tierra. Siempre, como aquí abajo, esos desgraciados son tanto más afirmativos cuanto más ignorantes, é imponen á sus fieles, como última concepción del mundo invisible, el conocimiento limitado que tienen ellos mismos. Después de la muerte como antes,

*Ils prennent le caquetage rustique de leur village
Pour le murmure de l'univers.*

“Desde esta región, las gentes que murieron con alguna preocupación arraigada, procuran algunas veces comunicarse con sus amigos á fin de arreglar el negocio terrestre que les inquieta. Si no logran hacerse ver ó transmitir su promesa ó voto á algún amigo durante el sueño, podrán ocasionar mucha desazón por medio de golpes ú otros ruidos destinados á lla-

mar la atención, ó inconscientemente provocados por sus esfuerzos impacientes. En este caso, una persona competente hará un acto de caridad comunicándose con la entidad en apuro para saber lo que desea. Esta intervención bastará muchas ocasiones para librarla de la inquietud que le impedía proseguir su camino.

«En esta región el alma está expuesta con gran facilidad á ver su atención atraída hacia la tierra, aun cuando ella no la haya dirigido allí espontáneamente. Ese mal servicio le es hecho muy á menudo por los sentimientos apasionados y el ardiente deseo de los amigos que ha dejado en la tierra y que anhelan su presencia. Las formas pensadas engendradas por estos sentimientos se aglomeran al derredor del alma, y llegan con frecuencia á despertarla cuando dormía apaciblemente. Otras ocasiones, cuando ya está consciente, su atención es violentamente atraída hacia la tierra, de la cual debería alejarse. En el primer caso, sobre todo, el egoísmo inconsciente de los amigos quedados en la tierra es lo que produce á los muertos amados un tormento, que esos amigos serían los primeros en sentir, si pudieran apreciarlo. Quizá la comprensión de los sufrimientos infligidos, sin necesidad, á los que han dejado la tierra, ayudaría á ciertos individuos, á reafirmar la autoridad de los preceptos religiosos que ordenan la sumisión á la ley divina, y la represión de un dolor excesivo y rebelde.»

— Hablando de las tercera y cuarta regiones de Kamaloka, en la pág. 157, dice: «Pueden ser obligados ciertos sujetos á comunicarse por intermedio de mediums, pero es raro que busquen por ellos mismos tal comunicación. Los dichos tienen evidentemente más alto valer que los que provienen de la segunda región. Sin embargo no ofrecen más interés que la conversación de las mismas personas durante su vida. No es, pues, del Kamaloka de donde procede la iluminación espiritual.»

En la quinta subdivisión, pág. 159: «Cuando son atraídos hacia la tierra, buscan, por lo general, correligionarios y compatriotas, y esto no solamente por afinidad natural, sino porque las barreras del lenguaje subsisten en Kamaloka, como se puede observar con motivo de los mensajes recibidos por los espíritas. Las almas de esta región toman algunas veces el más vivo interés en las tentativas hechas para establecer comunicaciones entre nuestro mundo y el suyo; y es de allí, lo mismo que de la región inmediatamente superior, de donde provienen los «espíritus-guías» de buen número de mediums.

Esas almas saben generalmente que ante ellas hay diversas posibilidades de vida más elevada, y que están destinadas á pasar, tarde ó temprano, á mundos donde la comunicación con la tierra no les será ya posible.»

Al tratar de las regiones sexta y séptima, no habla de comunicación alguna con los seres de esta tierra, y hasta la pág. 164, al hablar de esos cascarones astrales que tanto han chocado á los espiritistas, se expresa la Sra. Besant en estos términos: «Ese cascarón astral vaga de aquí para acullá, al arbitrio de las corrientes astrales; si no está muy descompuesto puede ser vitalizado por el magnetismo de almas encarnadas sobre la tierra, volviéndose así capaz de alguna actividad. Absorbe el magnetismo como una esponja el agua, y reviste entonces apariencia ilusoria de vida, repitiendo con intensidad más marcada las vibraciones á las cuales ha estado acostumbrado con anterioridad. Esas vibraciones, á menudo son puestas en juego bajo la acción de algún pensamiento común al alma desaparecida y á sus amigos terrestres, y el cascarón así vitalizado puede muy aceptablemente hacer el papel de inteligencia comunicante. Se distingue, sin embargo, (aparte del empleo de la visión astral) por la repetición automática de pensamientos familiares, así como por la ausencia completa de toda idea original y de todo conocimiento adquirido después de la muerte física.

«De la misma manera que las almas pueden ser estorbadas en su progreso por los amigos ignorantes é irreflexivos, así es posible ir en su ayuda por esfuerzos sabios y bien dirigidos. Por esto las religiones que han conservado alguna huella de la sabiduría oculta de sus fundadores, prescriben el empleo de «oraciones por los muertos.» Esas oraciones, lo mismo que las ceremonias que las acompañan, son más ó menos eficaces según el conocimiento, el amor y la potencia de voluntad que las anima. Tienen por base ese principio universal de la vibración, según el cual, el universo está construido, modificado y mantenido. Los sonidos proferidos engendran vibraciones, modelando la materia astral en formas determinadas, que anima el pensamiento expresado por las palabras. Estas formas pensadas son dirigidas hacia la entidad purgatorial, obrando sobre su cuerpo astral, y activando la disolución. Con la decadencia del saber oculto, esas ceremonias se han hecho más y más ineficaces, hasta volverse de una utilidad casi nula. Sin embargo, á veces son cumplidas por algún hombre de saber, y ejercen entonces la influencia deseada. Además, cada uno puede ayudar á sus muertos

amados enviándoles pensamientos de amor y de paz, haciendo votos para su progreso rápido á través de Kamaloka, y por su liberación de las trabas astrales.

«Que jamás nuestros muertos sigan solitarios su camino, privados de los socorros de nuestras amantes formas-pensadas, abandonados de los ángeles guardianes que deben guiarles y animarles en su marcha hacia la felicidad.»

No creemos que se necesita una inteligencia muy esclarecida para encontrar en estas citas de la Sra. Annie Besant, quien—muy lejos de hablar y escribir como espírita, según afirman los prosélitos de Allan Kardec—dentro de los precisos límites de la Teosofía, y tocando las enseñanzas ocultas, íntimamente relacionadas al asunto, expresa con toda honradez la procedencia del lugar y los casos en que se producen las comunicaciones espíritas, y su poca ó ninguna importancia acerca de las enseñanzas que puedan aportar á los aún encarnados, la inconveniencia de las evocaciones y la manera de ayudarles á elevarse, lejos de estarlos atrayendo al plano material, causándoles el perjuicio irreparable de retardar su progreso.

Todas estas ideas en concreto, son las que nosotros hemos expresado continuamente, y son también las que han dado motivo á los resentimientos de la Junta Central.

A fin de no cansar á nuestros lectores con copias de párrafos enteros, humildemente les suplicamos se tomen la molestia de recorrer las obras de la Sra. Besant, tales como «La Constitución septenaria del Hombre,» cap. II; *Linga sarira*, Cuerpo astral, pág. 4 y siguientes; «Reencarnación: La muerte, ¿y después?»; y una vez conocidos sus conceptos, quizá se forjarán en la mente la idea de que, al hacer tales afirmaciones los espiritistas, no son más que esfuerzos inauditos para acomodar ciertas teorías que pudieran ser interpretadas en su favor,—pero que un sano criterio rechaza desde luego,—á fin de aducir mayores pruebas en pro de sus aseveraciones dogmáticas. No podemos llamarlas de otra suerte; afirmaciones que, sin razonamiento ni comprobación se imponen en las conciencias de los hombres, hacen el mismo papel que los artículos de fe entre los adeptos de una religión.

¿De dónde habrán sacado la consecuencia de que los teósofos pretendemos apagar los «odios religiosos» estudiando las verdades veladas tras la obscuridad de los dogmas? Nosotros opinamos lo mismo que ellos; tenemos la íntima convicción de que por hoy los odios religiosos no pueden extinguirse porque todas las religiones positivas son dogmáticas,

absorbentes é intransigentes; por lo mismo nos extraña sobremanera la afirmación de que los teósofos llevemos el mismo camino de esas religiones positivas. No podemos explicarnos cómo es que después de haber dicho que en el seno de nuestra Sociedad tenemos «adeptos pertenecientes á todas las razas, que practican las más diversas religiones,» lo cual es una verdad absoluta, pretendáis tildarnos de dogmáticos ó religiosos absorbentes é intransigentes.

Recapacitad un instante en ello, y os arrepentiréis. Un dogmatismo formado de los más disímbolos dogmatismos, ¿lo podemos concebir siquiera? Un dogmatismo teosófico que aune los de las más diversas religiones, llegaría quizá á extinguir los odios religiosos; conseguiría tal vez la realización de esa fraternidad universal por la que trabajamos ímprobablemente cuantos hemos adquirido ciertas ideas de educación ética. De manera que si los espiritistas creen que hemos alcanzado tan bello ideal, formando y ejercitando un dogmatismo policromo, lejos de motejar nuestra institución, deberían hacernos un cumplido elogio, siquiera para dar pruebas de imparcialidad.

Han afirmado en todos los tonos que la Teosofía es una religión, quizá porque en el escudo que usa universalmente la Sociedad Teosófica se lee este lema en el idioma particular de cada país: «No hay religión más elevada que la verdad;» lema que sintetiza los ideales perseguidos por los estudiantes que se amparan á él; pero nunca puede comprenderse que se trata de otra clase de religión, toda vez que el mismo lema las excluye á todas; pero suponiendo, sin conceder, que tengáis razón en decir que la Teosofía es una religión, sucede lo mismo que con el dogmatismo: sería una religión de religiones; es decir, sería, sin confundirse ni identificarse con ninguna, la poseedora de la Verdad una; y hasta hoy ninguna religión, ninguna ciencia, ninguna filosofía, (excepción hecha del Espiritismo según su propia confesión) puede vanagloriarse de poseer la Verdad. Todas las escuelas científicas, filosóficas ó religiosas poseen una parte insignificante de ella, el aspecto que han podido asimilarse, abarcándolo desde su limitado punto de mira; pero sí hay que convenir en que aquella agrupación que no se limita á un solo lugar de observación, sino que procura recorrer é investigar en todas las ciencias, en todas las filosofías y en todas las religiones, tiene que asimilarse mayor cantidad de Verdad que las demás agrupaciones estacionarias. Ese es el empeño de la Sociedad Teosófica; tales son sus ambiciones; por eso recibe en su seno con la

misma voluntad al científico al filósofo y al creyente, siempre que les anime el deseo de investigación de las leyes de la Naturaleza, aun no conocidas, y propenda al desarrollo de los poderes psíquicos latentes en el hombre. Por eso aceptamos toda clase de creencias, y es lo que no han comprendido aún nuestros hermanos espíritas, ni siquiera se lo han podido imaginar, juzgándonos con el criterio de su propio *parti pri*; por eso afirman equivocadamente que la Teosofía estudia dogmas, los cuales desecha por completo, por considerarlos «invenciones sacerdotales para ofuscar la inteligencia humana, embruteciendo y esclavizando á los pueblos para después explotarlos de la manera más segura;» por eso mismo la Teosofía no se preocupa jamás de las creencias que cada uno pueda tener en religión ó en política. Por artículo expreso del Reglamento General de la Sociedad, y por particular de cada Logia, está prohibido suscitar discusiones de carácter político ó religioso, no sólo durante los trabajos, sino fuera de ellos y entre los mismos socios, pues es la manera más sabia de contrarrestar ese tendencia nociva de la humanidad de querer que los demás piensen y crean como uno; así se procura evitar manifestaciones de ideas contrarias, que al fin se traducen en acritud de sentimientos que rompen la sagrada fraternidad anhelada.

CAPITULO VIII.

SIGUE EL MISMO TEMA.

Ya que nuestros lectores han podido formarse una ligera idea acerca de la Teosofía, vamos á proponernos en este capítulo, continuación del anterior, hacer una exposición la más clara posible acerca de la manera cómo se juzga al Espiritismo con el criterio teosófico. En primer lugar habremos de convenir en que la filosofía que campea en todos sus libros, así como la moral que encierra, son verdaderamente sugestivas, fácilmente asimilables por las inteligencias de mediana ilustración y que hayan aceptado la creencia espiritualista. Casi es inexpugnable para la clase menos docente, que más

que convencida por lo que puede comprender, cree bajo la impresión de los fenómenos «misteriosos» que presencia en las sesiones. Sus bases fundamentales son las mismas que las de todas las escuelas, encerradas en los dos grandes preceptos incontrovertibles: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á tí mismo.» Nada nuevo nos enseña á este respecto, pues sus máximas y considerandos, sus ampliaciones y especulaciones las hemos conocido desde muchos siglos atrás, con ciertas variaciones de escuela acomodadas al medio ambiente en que nació y se desarrolló á mediados del siglo XIX; por consiguiente, en su parte filosófica y moral, no podemos considerarla superior á ninguna escuela filosófica ni á ninguna secta religiosa, pues en puridad, más que en la primera categoría, estamos inclinados á considerarla como en la segunda, es decir, como religión, con tendencias científicas, como un lazo de unión entre las religiones y la ciencia espiritualista ó psíquica, como de ello nos ocuparemos en breve.

Excepción hecha de ocultistas y teósofos, generalmente todos atribuyen el nacimiento del Espiritismo á las manifestaciones espontáneas que comenzaron á desarrollarse en Diciembre de 1847 en casa de la familia Fox, establecida en Hydesville, Condado de Wyne, Estado de New York, E. U. A.; pero los arriba exceptuados conocemos la verdadera causa de esas manifestaciones y las razones que las motivaron. Oigamos lo que á este respecto dice el célebre ocultista C. W. Leadbeater, en su manual teosófico «El plano Astral y el Devachan.» pág. 55 y siguientes.

«3. *Entidades artificiales humanas.* — Vamos ahora á tratar de una clase de entidades que, conteniendo muy pocos individuos, ha adquirido, por su íntima relación con uno de los grandes movimientos de los tiempos modernos, una importancia desproporcionada á su número. Parece dudoso si pertenece á la primera ó la tercera de nuestras principales divisiones; pero aunque seguramente humana, se halla tan lejos del curso de la evolución ordinaria, y es de tal modo producto de una voluntad ajena á la suya, que naturalmente ocupa quizás un lugar entre los seres artificiales. Al conocer esto tenemos que ocuparnos de la gran raza atlante. Al considerar los Adeptos y escuelas de Ocultismo de este pueblo notable, nuestra mente se fija instintivamente en las prácticas perversas de que tanto oímos hablar, relacionadas con sus últimos tiempos; pero no debemos olvidar que antes de aquella edad de egoísmo y degradación, la poderosa civilización

de los atlantes había producido mucho noble y digno de admiración, y que entre sus jefes había algunos que hoy se hallan en la meta más elevada que el hombre ha alcanzado hasta el día. Entre las logias del estudio oculto preliminar de la iniciación formadas por los Adeptos de la buena ley, existía una en cierta parte de América, que entonces era tributaria de uno de los grandes monarcas atlantes; y aun cuando pasó por muchas vicisitudes extrañas, aun cuando ha tenido que mudar su asiento de país en país, á medida que éstos eran invadidos por elementos hostiles de civilizaciones posteriores, esta logia existe aún en la actualidad observando el mismo ritual del antiguo mundo; hasta enseñando todavía la misma lengua atlante que se usaba al tiempo de su fundación hace tantos miles de años. Sigue siendo lo que era: una logia de ocultistas con fines puros y filantrópicos, que guían á aquellos estudiantes á quienes encuentran dignos de ello, á considerable distancia en el camino del conocimiento, y confieren los poderes psíquicos de que están dotados, tan sólo después de las pruebas más concluyentes sobre la aptitud del candidato. Sus maestros no se hallan al nivel de un Adepto, pero sin embargo, ha habido centenares que han aprendido por su medio á poner el pie en el Sendero que los ha conducido al Adeptado en vidas posteriores; y aun cuando esta logia no está en comunicación directa con la Fraternidad de los Himalayas, hay algunos pertenecientes á esta última, que han estado relacionados con ella en encarnaciones anteriores, y que por lo tanto, sienten un interés mayor que el ordinario por sus empresas.

«Los jefes de esta logia, aunque siempre se han mantenido, lo mismo que su Sociedad, estrictamente ignorados, han hecho, sin embargo, cuanto han podido de tiempo en tiempo, para coadyuvar al progreso de la verdad en el mundo; y hace cosa de medio siglo, (es edición de 1897) desesperando del rastrero materialismo que parecía ahogar toda espiritualidad en Europa y en América, determinaron combatirlo con un sistema algo nuevo; en una palabra, presentando oportunidades para que cualquier hombre razonable pudiese obtener la prueba completa de la vida fuera del cuerpo físico, la cual tendía á negar la ciencia. Los fenómenos exhibidos no eran absolutamente nuevos en sí, puesto que bajo una ú otra forma podemos verlos, en la historia; pero su definida organización, su producción obedeciendo, por decirlo así, á una orden, eran rasgos claramente nuevos para el mundo moderno. El movimiento que de este modo crearon se con-

virtió gradualmente en el gran edificio del Espiritismo moderno, y aun cuando sería quizá injusto hacer directamente responsables á los inventores del plan, de muchos de los resultados que se han seguido, debemos admitir que han llevado á cabo su intento, hasta el punto de convertir un gran número de gente, que en nada creía, á una fe firmísima en una vida futura. Esto es, sin duda alguna, un magnífico resultado, aun cuando en opinión de muchos de aquellos cuyo poder y conocimientos les permiten formar un juicio mucho más vasto que el nuestro en tales materias, ha costado demasiado, porque según parece, el daño hecho sobrepuja al beneficio. El sistema adoptado era apoderarse de una persona vulgar después de su muerte, despertarla por completo en el Plano Astral, instruirla, hasta cierto punto, en los poderes y posibilidades del mismo, y poner luego á su cargo un círculo espiritista. El á su vez «desarrollaba» otras personalidades desencarnadas en el mismo sentido, y todas actuaban sobre los asistentes á las sesiones y los «desarrollaban» como mediums; y de este modo creció y floreció el Espiritismo. Sin duda alguna que los miembros vivientes de la logia primitiva se manifestaban á veces en forma astral en alguno de los círculos, quizás lo hagan aún hoy, pero en la mayoría de los casos se limitaban á dar las instrucciones que consideraban necesarias á las personas encargadas. No hay duda que el movimiento creció mucho más rápidamente que lo que ellos esperaban, hasta el punto que ya no les fué posible dominarlo; de modo que, como ya se ha dicho, de muchos de los desarrollos posteriores sólo se les puede considerar como indirectamente responsables.

«Por supuesto, la mayor intensidad de la vida astral que adquirirían aquellas personas encargadas de los círculos, retardaba claramente su progreso natural; y aun cuando la idea era que cualquiera cosa que se perdiera de este modo sería completamente compensada por el buen Karma que se adquiriría guiando á otros hacia la verdad, pronto se vió que era imposible emplear un «espíritu-director» por señalado tiempo, sin causarle un perjuicio serio y permanente. Por tanto, en algunos casos, tales «directores» fueron retirados y sustituidos por otros; en otros casos se consideró improcedente, por diversas razones, el hacer cambio alguno, y entonces se echó mano de un recurso muy notable que dió margen á la clase curiosa de seres que hemos denominado «artificiales humanos.» Se permitía á los principios superiores del «director» primitivo que prosiguiesen su evolución, por largo

tiempo detenida, pasando al plano devachánico; pero se apoderaban de la sombra que dejaba tras sí, la cual sostenían y manejaban de modo que pudiese aparecer á su círculo de admiradores realmente lo mismo que antes. Esto quizá se hizo en un principio por los mismos miembros de la logia, pero al parecer, este procedimiento se encontró penoso ó poco á propósito, ó quizás se consideró un gasto inútil de fuerza, y lo mismo se objetó respecto del empleo, con el mismo fin, de elementales artificiales; y se decidió por lo pronto que la persona fallecida, elegida para suceder al último «espíritu-director,» lo haría así, pero tomando posesión de la sombra ó despojos kármicos de este último, asumiendo de hecho su apariencia. Se dice que algunos miembros de la logia hicieron objeciones á esto, fundándose en que aun cuando el objeto fuese completamente bueno, implicaba algún engaño; pero la opinión general pareció ser que como la sombra era en realidad la misma, y en todo caso contenía algo del Manas inferior primitivo, no había nada en el asunto que pudiera llamarse engaño. Esto fué, pues, la génesis de la entidad artificial humana, y se sabe que en tales casos se ha hecho más de un cambio sin causar sospecha alguna, aunque por otra parte, algunos investigadores del espiritismo han hecho observaciones sobre la circunstancia de que transcurrido un período considerable de tiempo, se notaban repentinamente ciertas diferencias en las maneras y disposiciones del «espíritu.» Es inútil decir que ninguno de los Adeptos de la Fraternidad ha aprobado jamás la formación de una entidad artificial de esta clase, por más que no querían poner obstáculos á los que creían procedente la adopción del sistema. Este plan tenía el punto flaco que muchos otros; además de la logia original, podían adoptarlo los magos negros, sin que nada lo impida, y proporcionar así «espíritus» que se comuniquen, como verdaderamente se sabe que lo han hecho.»

Después de tan impresionantes revelaciones tomadas de fuentes fidedignas, es materialmente imposible aceptar la formación de la primitiva literatura espírita como genuinamente dictada por los espíritus; y bien se comprende ahora que nuestras afirmaciones descansan en datos que no serán más que utopías para aquellos que no tengan una base, aunque sea pequeña, de comprobación, pero que para nosotros forman un principio de convicción, como resultado de nuestras particulares investigaciones: por estas mismas razones no podemos aceptar el Espiritismo como existente desde los primeros tiempos del mundo. Que las manifestaciones, aparicio-

nes y comunicaciones de seres no encarnados se encuentren en todos los países y en todas las épocas, no es una razón que apoye la antigüedad de esta nueva secta, porque todas aquellas producciones, hemos visto, según la historia misma, eran el resultado de las prácticas de Magia, blanca ó negra; y las que se producían con aparente espontaneidad, eran dentro de las innúmeras escuelas espiritualistas, es decir, entre las que aceptaban la existencia del alma después de la muerte corporal, escuelas que tomaron asiento entre las filosofías religiosas y las religiones dogmáticas.

Su misma causa de formación y á partir del año de 1847, en que verdaderamente lo consideramos como Espiritismo neto, puede explicar con toda precisión esa falta de novedad para nosotros, tanto en su filosofía, como en sus enseñanzas, porque sus mejores preceptos y sus más profundas instrucciones eran conocidas sin restricción por los que habían sido iniciados en las ciencias ocultas. De la misma manera es fácil concebir que, dictando en los círculos espíritas sus comunicaciones y libros los que habían sido medianamente instruidos para servir de «directores,» todo cuanto han transmitido á los círculos, no es más que una parte insignificante, la que estrictamente podía darse á la humanidad del siglo pasado, acerca de las ciencias ocultas.

Por eso ocultistas y teósofos consideramos al Espiritismo como una rama desprendida del tronco de la verdad, pero imperfectamente desarrollada. Tales son también las razones poderosas en que nos apoyamos para decir que, no rechazando como no rechazamos la posibilidad de las comunicaciones con los desencarnados, no aceptamos como producidas por esas entidades «todas» las manifestaciones que se producen en las sesiones, por considerarlas como efectos de causas diferentes.

Varias veces hemos expresado á nuestros hermanos espíritas la imperiosa necesidad de identificar á las entidades comunicantes con el fin de apreciar mejor y clasificar, en provecho de esa Verdad que persiguen, la naturaleza de los fenómenos que produzcan; porque es evidente que no podemos aceptar como fenómenos espíritas los netamente psíquicos é hipnóticos, donde pueden presentarnos formas-pensadas de vigor y claridad apreciables por los sensitivos bajo la apariencia de verdaderos seres corpóreos, ó fuerzas acumuladas por los asistentes inconscientemente, ó provenientes á la derivada, de algún lugar extraño, que al producir sonidos, voces ó movimientos se acepten pasivamente como de proceden-

cia espiritual. A este respecto, hemos sido siempre desoídos, y aunque apoyadas nuestras opiniones en todo lo dicho anteriormente y robustecidas por las mismas investigaciones científicas, se nos moteja, se nos denigra y se nos tacha de dogmáticos, y afirman que sin previo y concienzudo examen, aceptamos como cosa juzgada que el Espiritismo es inferior al Ocultismo y á la Teosofía, según pública manifestación de ellos.

Creemos haber aducido algunos razonamientos que prueben nuestra creencia; y ya que hemos tocado el párrafo correspondiente en que dudan que hemos pasado ya por el Espiritismo, preguntan si habrá pasado el Espiritismo por nosotros, nos vamos ó permitir, en primer lugar, recordarles la ya expresada circunstancia de que la formación de la Logia Aura se efectuó durante la celebración del 1er. Congreso Espírita, y que todos sus miembros eran espíritas en esos momentos en su mayoría, y los otros lo habían sido durante algún tiempo; que entre los que en esos momentos estaban afiliados á la causa, algunos también estaban considerados como de valer intelectual, y aun como autoridades en el Espiritismo. Recordad, hermanos míos, un hecho altamente significativo que ocurrió en dicho 1er. Congreso con el Licenciado Zayas Enríquez, á quien colmasteis de atenciones por su amplia ilustración y fácil y elegante palabra: la última sesión á que asistió y también la última vez que pisó la tribuna de las discusiones, fué para confesar con toda calma y claridad que «se adhería á las ideas teosóficas.» ¡Qué impresión tan profunda os produjo á todos esa declaración de un sabio!.....

Entre los que ya no pertenecían á la causa, alguno de ellos había sido medium y había trabajado con regular lucidez en casa de familias de cierto valimiento social y espírita, tales como las de la Sra. Wrigth de Kleinhans, Cipriano Robert, Carlos Pacheco, Virginia Sarmiento, Hipólito Salazar, Francisco Sepúlveda, y otras muchas que sería cansado enumerar; por cuyos motivos podrá juzgarse si el Espiritismo habrá podido pasar por los teósofos; más aún: los estudios teosóficos, según lo poco que hemos apuntado en el capítulo anterior, dan del verdadero Espiritismo, no del moderno, una idea mucho más científica, mucho más filosófica, formando en nuestras conciencias la opinión, dura pero moral y verdadera, de que las prácticas de evocación del Espiritismo moderno son indebidas por una multitud de conceptos:

1º Porque debemos respetar en lo absoluto la mucha ó poca calma de que gocen los extraterrestres en su vida de

desencarnados, sin despertarles nuevos deseos vehementes hacia la tierra que ya abandonaron; cuyos deseos les hacen no fijarse en el movimiento de avance moral que ineludiblemente tienen que seguir.

2º Porque toda atracción hacia la tierra tonifica su cuerpo astral con las emanaciones magnéticas de los mediums y de los asistentes, retardando su desintegración, en vez de procurarla á la mayor brevedad, pues es el asiento principal de las pasiones bajas que propenden á su satisfacción en proporción directa del grado de tonicidad, influyendo de modo fatal y directo al aumento de las similares en los seres carnales.

3º Porque todas las escuelas que se llaman altruísticas y morales deben evitar, por cuantos medios estén á su alcance, la propagación y desarrollo de cualquiera idea ó influencia, aun la más insignificante, que propenda á perjudicar á alguien en lo físico y más particularmente en lo moral.

4º Porque conociendo el estacionamiento, cuando no el retraso que sufren los desencarnados con los pensamientos que les enviamos en nuestro amor egoísta, deseando conservarlos entre nosotros, debemos abstenernos de generar esos pensamientos que los obligan á comunicarse con nosotros en las sesiones.

5º Porque la evocación constante que se practica en las sesiones, sin fórmula verdaderamente racional ni en tiempo determinado por causa imperiosa, es la traba que sin cesar se está poniendo á los desencarnados para que se desprendan de sus pasiones terrestres, que los ligan á los planos inferiores, y evita que puedan ascender á los de mejor pasividad, ya sea al mental ó al espiritual.

6º Porque las continuadas posesiones de seres heterogéneos que sufren los cuerpos de los «mediums,» van dejando partículas astrales, y por tanto pasionales, en el cuerpo etéreo del sujeto, cuya acumulación hace aumentar ó desarrollar pasiones similares, y esto implica un verdadero perjuicio que se hace al sér que por ignorancia y de buena fe pone sus facultades sensitivas á disposición de los que lo explotan.

7º Porque no debe mantenerse en la mayoría de los sectarios de fe, más que de conocimiento ó convicción, la creencia en el origen espírita de todos los fenómenos producidos en las sesiones por las diversas clases de mediums, toda vez que los espíritas verdaderamente instruídos, imparciales y de conciencia lo confiesan públicamente, como puede verse por algunos párrafos de un artículo llamado «Espiritismo

Experimental,» del célebre Leon Denis, publicado en la *Revista de Estudios Psíquicos* de Valparaíso, año VI, núm. 67, de Febrero de 1909, que dice:

«Los fraudes inconscientes, ya hemos dicho que se explican por la sugestión. Los mediums son muy sensibles á la acción sugestiva, lo mismo de los vivos que de los difuntos. (Esta acción ya pocos la discuten en elevadas esferas. La ciencia oficial, dice el profesor Falcomer, nos enseña hoy que un sujeto puede engañarnos por una sugestión mental que viene de otro.—Falcomer. *Phénoménographie*).—El estado de espíritu de las personas que toman parte en los experimentos reacciona sobre ellos y ejerce una influencia de que no tiene conciencia el medium, á pesar de que es á veces muy considerable. Cuando estas personass son hostiles y creen que todo se debe al engaño, sus propias ideas pueden inclinar al sensitivo á poner en práctica procedimientos de fraude.

«Mediums perfectamente desinteresados y de bien probada honradez, han confesado que en determinados momentos se sienten impulsados al engaño por una fuerza oculta. La mayoría resisten á tales sugestiones, y preferirían renunciar al ejercicio de sus facultades antes que dejarse arrastrar por esa pendiente. Algunos, sin embargo, se dejan llevar por tan maléficas influencias; será bastante en este caso un momento de debilidad, para hacernos dudar de todos los experimentos en que hayan tomado parte.

«La mayoría de los fraudes, demostrados con más ó menos evidencia, en mediums como Eusapia, Espérance, Ana Rothe, etc., han de ser atribuídos á sugestiones exteriores, ya de naturaleza humana, ya de naturaleza espírita. Muchas veces, las dos influencias se combinan y una y otra se ayudan. Los escépticos malintencionados son ayudados por agentes del más allá. Por otra parte, es de notar que la potencia sugestiva será tanto más irresistible, cuanto sea el medium más sensible y se halle en más profundo trance ó se sienta menos protegido. Fácilmente se comprenderá ahora á qué grandes peligros se expondrá al medium, en ciertas sesiones mal compuestas y mal dirigidas, pues puede ser en ellas víctima de fuerzas exteriores combinadas. Se ha visto á investigadores de mala voluntad que, después de haber mentalmente provocado el fraude, han denunciado públicamente al medium, y la asistencia ha proclamado la perspicacia extraordinaria de tan hábiles experimentadores.

«Sucede á veces que el medium, sobre todo el medium escribiente, se sugestiona á sí mismo, y con movimiento pu-

ramente automático, traza comunicaciones que atribuye de un modo abusivo á espíritus desencarnados. Esta sugestión es como un llamamiento del *yo* normal al *yo* subconsciente, que no es un sér distinto, según hemos tenido ya ocasión de ver, sino una forma más extensiva de la propia personalidad. En este caso, con la mejor buena fe del mundo, el medium contesta á sus propias preguntas, exterioriza sus pensamientos más escondidos, sus personales razonamientos, producto de una vida psíquica más profunda y más intensa. Allan Kardec, Davis, Hudson, Tuttle, Aksakoff, etc., han hablado en sus obras de esta categoría de mediums, que Delanne llama en su libro «automatistas.»

«El automatismo de la escritura, dice, el olvido inmediato de las ideas enunciadas, queda al escribiente la ilusión de estar bajo la influencia de una voluntad externa; la personificación de las ideas, las nociones que yacen en la memoria latente, las impresiones sensoriales inconscientes, todos estos hechos compréndense y explícanse por razones sacadas del más completo estudio de la inteligencia humana y no suponen en modo alguno la necesaria intervención de los espíritus.»

«La credulidad sin límites, el olvido de todo elemental principio de comprobación que en determinados círculos reinan, favorecen y mantienen tales abusos. En diferentes países existen grupos de espiritistas benévolos y de buena fe, donde pseudo-mediums autómatas escriben larguísimas elucubraciones bajo la inspiración de San Antonio de Padua, de San José ó de la Virgen. Otras veces encarnan á Sócrates ó á Mahoma, y éstos ó aquéllos, en lenguaje siempre vulgar, proclamarán mil y mil absurdos ante auditorios maravillados, prohibiéndoles leer ó instruirse, sin más objeto que sustraerlos á toda influencia bien dirigida, á toda seria comprobación.

«En tales medios, ya se comprenderá que las mistificaciones han de ser infinitas. He conocido un honrado jardinero que, bajo la inspiración de un espíritu, se iba por la noche á un sitio desierto, en donde se dedicaba á abrir un gran pozo en busca de un tesoro imaginario. Una señora de 55 años, muy devota, esposa de un oficial retirado, preparaba la canastilla para un niño que había de nacer de ella, y que, según sus instructores invisibles, había de ser la reencarnación del Cristo. Unos ven en todas partes la intervención de los espíritus, hasta en los hechos más vulgares. Otros consultan á los invisibles hasta sobre los menores detalles de su existencia, sobre empresas comerciales, etc.

«Puede atribuirse generalmente tales aberraciones á los espíritus engañosos, pues en verdad que son frecuentes las mistificaciones de ultratumba, y fácilmente se explican por el hecho de que con demasiada frecuencia se les consulta sobre cosas que no pueden ó no quieren decir. Se hace del Espiritismo un medio de adivinación, y no se logra con esto sino atraerse los espíritus ligeros. Pero no hemos de olvidar tampoco que la sugestión mental tiene gran parte de culpa en tales errores.»

«Hé aquí por qué, en el terreno difícil y á veces muy obscuro de la experimentación, importa examinar y aun analizar todas las cosas con el más frío juicio, con gran circunspección, y admitir únicamente aquello que se presenta con el más absoluto carácter de autenticidad. Nuestro conocimiento sobre las condiciones de la vida futura y del Espiritismo, descansan sobre los fenómenos medianímicos. Conviene, pues, que éstos sean estudiados lo más seriamente posible, eliminando con todo rigor todo aquello que no lleve la marca indudable de su origen extra-humano. De ningún modo, bajo el pretexto del progreso, hemos de reemplazar la incredulidad sistemática por una ciega confianza, por una credulidad ridícula, sino deslindar con todo cuidado lo que es ficticio de lo que es real. De esto depende el porvenir del Espiritismo.»

Si cualquiera de nosotros hubiera calzado con su firma este artículo, que no hace más que condensar nuestras propias ideas, y las razones que tenemos para negar la autenticidad de todos los fenómenos espíritas, nos hubiera merecido la censura general de los espiritistas, creyendo que con aserciones de aparente verosimilitud tratábamos de atacar sistemáticamente su doctrina; pero llevando la firma de Leon Denis, respetable por su saber, por su espíritu altamente filosófico y observador, no sólo entre los espíritas sino en el mundo todo, ¿podrán acaso negarle á él la autenticidad de los hechos?

Ya veréis, pues, á cuán profundas reflexiones se presta este artículo emanado de un espiritista; reflexiones de confirmación absoluta conforme al criterio teosófico, que se asimila la parte de verdad donde quiera que la encuentra; pero que no tiene el derecho de expresar, por el solo hecho de ser ecléctica y confundírsele por los que no la han podido entender, como escuela antagónica á aquella que le marca sus defectos.

Dada la poca autenticidad que la Teosofía concede á los fenómenos de las sesiones espíritas, ya no por su difícil com-

probación, sino por considerarlos en su mayor parte efectos de causas distintas á los desencarnados, según está comprobado por las ciencias psíquicas, por los mismos espiritistas, ¿qué lugar podemos conceder á la doctrina espírita si sus conocimientos y filosofía, si toda ella, en fin, descansa en esos mismos fenómenos medianímicos? Aun concediendo que todas sus comunicaciones fueran auténticas, basta con recordar los párrafos correspondientes que hemos transcrito del célebre ocultista Leadbeater, para comprender la trivial puerilidad de las comunicaciones espíritas, supuesto que provienen de las entidades desencarnadas que no prestan mayor interés que el de su conversación propia cuando vivas, y que después de su muerte no adquieren mayores conocimientos acerca de la existencia en que se encuentran, á causa de su apego á las cosas materiales y su poco desarrollo espiritual. Los fraudes conscientes é inconscientes de los mediums; las mistificaciones de la mayor parte de los asistentes, más crédulos que instruidos en Espiritismo; las formas de pensamientos con apariencias humanas, las fuerzas vivas acumuladas, las sombras y cascarones vitalizados por cualquier sistema, la falsa apariencia que algunas veces toman los comunicantes, son circunstancias todas que motivan fenómenos perceptibles á nuestros sentidos corporales, pero que los teósofos y los ocultistas rechazamos como fenómenos auténticos de Espiritismo puro, antiguo ó moderno.

Las prácticas de evocación en las sesiones, no las consideramos ni de la Magia blanca más elemental, porque siendo, como ya lo expresamos, á nuestro juicio inconvenientes, no reúnen ninguna de las condiciones requeridas para el efecto. Muy por el contrario, lamentamos los peligros á que se expone el magnetizador y á los que expone á su sujeto, pues sin defensa de ninguna especie ni medios racionales de realización, comprobación, ejecución, etc., se aventura en el mundo de lo invisible, en planos inferiores, peligrosísimos, donde imperan las pasiones materiales y se sacrifican los progresos que pudieran alcanzar las entidades queridas, por tiempo indeterminado, en cambio del efímero placer egoísta de tener un instante la creencia de que han hablado con ellas.

La Teosofía, emprendiendo también este estudio, acepta los métodos experimentales que las diversas escuelas siguen, máxime cuando entre esos métodos encuentra algunos sancionados por la ciencia, que sirven para el desarrollo propio de cada individuo; pero desecha con energía todos aquellos que perjudiquen ó puedan perjudicar á alguien. De esta suer-

te, cada estudiante, tras largos y penosos ejercicios de preparación, de los cuales muchos desertan por la falta de energía, es guiado por un maestro en el desarrollo gradual de sus facultades psíquicas; es decir, se convierte en un «verdadero medium» que jamás se abandona á operaciones ni voluntades extrañas. Se convierte en un sensitivo de los planos astral, mental ó espiritual, según su grado de desarrollo, y conscientemente, sin perder un instante el dominio de sus facultades corporales, penetra al mundo de las causas. Allí investiga, ve, oye, siente, estudia, identifica y comprueba cuantas leyes son desconocidas en la tierra material, y sus conocimientos adquiridos allá, los graba en su cerebro material, sin apartarse jamás de los procedimientos de las ciencias positivas. El estudio y conocimiento del mundo subjetivo es una ciencia tan positiva, como el estudio y conocimiento del mundo tangible que habitamos.

Así pues, ¡cuán grande es la diferencia que existe entre el método experimental seguido por una escuela que confía y cimenta todo su edificio en las utópicas comunicaciones medianímicas, y el que sigue la que enseña á formar desde los cimientos, por el propio esfuerzo, por la propia comprensión, por la propia comprobación!

La primera descansa y confía en los mediums, personajes por lo general de poca ilustración, que dan frutos de conformidad con su propia cultura; cuyos resultados son difíciles de comprobar, por tratarse de conciencias ajenas; la segunda confía en la dirección de maestros idóneos y descansa en la propia comprobación.

Esta diferencia puede comprobarse de una manera perfectamente clara, evidente, que no deje motivo alguno de duda, y es la siguiente: Obrando con toda la honradez que el caso requiere, celébranse en dos lugares completamente apartados el uno del otro, dos sesiones espíritas, con mediums que, en lo ostensible, jamás se hayan puesto en contacto, y de diversa elevación intelectual y moral: un artesano analfabeta, por ejemplo, y el otro un estudiante de Preparatoria; pónganse en manos de dos magnetizadores experimentados y de creencias también distintas: uno espírita y el otro positivista, ante círculos de personas honorables, incapaces de producir ni de tolerar un fraude cualquiera, y á hora determinada, con media hora de diferencia aproximadamente, en una después de la otra, evóquese un espíritu convenido de antemano y sólo conocido por los asistentes en el momento de celebrar las sesiones. En la primera se le pide haga una comu-

nicación sobre el tema que se elija ó se deje á su arbitrio. y en la segunda se pide al mismo espíritu reproduzca la comunicación anterior. Sáquese por estenografía copia de cada una de ellas, y compárense después, y el resultado será inapelable. Hay que hacer la salvedad de que en ambas juntas, tanto el operador como los asistentes deben abstenerse en lo absoluto de influir en lo más mínimo en la conciencia del sujeto.

Por otra parte: tomemos un clarividente, perfectamente identificado, y uno de los que han desarrollado sus facultades por los métodos ocultos, y pongámoslos en contacto con los mediums en los momentos de la experiencia, anotando con la misma precisión las percepciones que obtengan en los respectivos círculos, con el fin de comprobar si es la misma entidad la que se ha comunicado por medio de los dos sujetos.

Una tercera experiencia aún: á estos dos clarividentes déseles el mismo punto de observación en el mundo subjetivo, colocándolos á hora determinada en lugares separados, y tómese nota de sus descripciones para después compararlas.

En el primer caso, si hubo efectivamente comunicación de una sola y misma entidad desencarnada, las comunicaciones y las descripciones de los videntes tienen que coincidir en todo; pero si en alguna de las entidades hay fraude, ó superchería del medium, excusado es decir que la comparación de las observaciones resulta desconsoladora.

En la segunda experiencia, las impresiones tomadas de los dos clarividentes que han ocurrido á la misma hora y lugar idéntico del plano subjetivo, tienen que coincidir. De esta suerte se habrán obtenido todas las comprobaciones de las enseñanzas teosóficas; de esta suerte, y venciendo grandes dificultades por causa de un dibujante fiel, se habrán podido traer á la estampa las formas de pensamiento mejor comprobadas y más netamente reproducidas.

Como verán nuestros lectores, el criterio espírita descansa en la buena ó mala fe de un medium, y todas sus afirmaciones no tienen más valor de verdad que la repetición de lo que han dicho seres que consciente ó inconscientemente cometen fraudes que se pueden comprobar en sólo aquellos casos de notoriedad completa, á causa de los poquísimos medios de que disponen los directores de círculo para la comprobación.

No podemos negar que la doctrina espírita ha tomado cierto incremento de expansión, como resultado de dos cau-

sas principales: la 1ª es el atractivo irresistible que los mortales tenemos por todo lo misterioso, maravilloso ó impresionante en alto grado, que cae bajo el dominio de nuestros sentidos con el aspecto de algo nuevo, aun cuando sea lo mismo que ya conocíamos con ligero barniz de rareza; y la 2ª, la facilidad con que se asimilan en la mente todas sus doctrinas, que son las conocidas ya con anterioridad por los creyentes de cualquiera religión, descartando la parte antropomórfica de las deidades y entidades llamadas santos, etc., para espiritualizar todas las categorías de seres desencarnados y formar así un gran aliciente para la humanidad: la posibilidad de continuar comunicándose con los que han abandonado nuestra vida material. Este es el gran anzuelo que todos habremos de sentir clavarse en nuestras almas, en los momentos que brota la pregunta aún no contestada por la mayoría de las escuelas: ¿qué hay después de la muerte? Todos los hombres, desde que empezamos á ser conscientes de los acontecimientos que nos rodean, tenemos motivos para conocer el fenómeno de vida que llamamos muerte, y explicado con más ó menos satisfacción por las creencias que nos inculcan nuestros progenitores, lo aceptamos con el prejuicio con que se nos transmite. Durante el curso de nuestra existencia, continuamos viéndolo reproducir en torno nuestro con frecuencia patente. Es un fenómeno que vemos de continuo, que sabemos ha de producirse fatalmente en todos; que llegados los síntomas precursores lo esperamos con entera conciencia; pero que á pesar de su naturalidad y frecuencia, llegado el momento de la cesación funcional del cuerpo físico, nos sorprende con tanta intensidad como si fuera el primer caso que presenciáramos, haciendo más dolorosos los resultados el grado de mayor cariño ó afinidad que hayamos tenido con el viajero. Este dolor, según nuestro particular modo de juzgar, es motivado por los sentimientos, impropriamente llamados de amor ó cariño, que confundimos con frecuencia con los intereses particulares. Tan es exacto esto, que tenemos en la vida familiar un aforismo que lo explica con toda claridad, diciendo que «los duelos con pan son menos.» Pero sea de ello lo que fuere, el caso es que todos los que rodean un cadáver y tienen conocimiento de la muerte, forjan siempre con temor la idea de algo misterioso, inexplicable, quizá incognoscible, que se relaciona íntimamente con la vida póstuma. Todas las religiones hablan de la existencia futura y torturan las conciencias con las promesas de un castigo ó una felicidad eternos, pero muchas conciencias se

rebelan contra tales promesas injustas é irracionales, y empiezan á vacilar; empiezan á inquirir aquí y acullá sin hallar una respuesta satisfactoria. Pueden en esas circunstancias tocar el escepticismo; pero encuentran al fin una escuela que, como dijimos, apartándose de los antropomorfismos religiosos, les habla con firmeza de una vida continuada en el mundo subjetivo, con tanta actividad como la material; vida de la cual ya se tenían nociones generales desde los primeros filósofos del mundo, desde las primeras religiones del hombre; encuentra que en vez del Dios vengativo y parcial de las sectas religiosas, se les describe un Espíritu elevadísimo lleno de omnisciencia, omnipotencia y omnipresencia, con todos los preceptos condensados de las más sublimes filosofías antiguas; se les aclaran algunos puntos oscuros acerca de la vida futura, y se les da como el mayor consuelo que puede darse al egoísmo humano, la seguridad de que no pierden para siempre, como parecen indicar las religiones, á los seres queridos de la tierra, aun cuando desaparezcan del mundo de las formas. Ellos, los queridos muertos, continúan viviendo entre nosotros, llenos del mismo afecto que antes y tomando el mismo interés por todos nuestros asuntos. La conciencia siente un verdadero consuelo con esas nuevas teorías, y no se atreve á rebelarse por el temor de perder su última esperanza, que la mantiene y vigoriza para soportar golpes tan rudos del infortunio. Se despierta en el neófito la sed del conocimiento, y se dedica á leer ó á estudiar la literatura espírita con la misma avidez que el enfermo toma la medicina que se le afirma le ha de salvar de la dolencia que le tiene postrado. Asiste á algunas sesiones, donde su imaginación queda profundamente impresionada con los fenómenos misteriosos que presencia, aun cuando sean los más triviales, pero que siendo nuevos para el neófito y producidos por causa ajena á la voluntad del hombre, acepta la primera explicación que se le da: el Espíritu. Recibe algunas comunicaciones de seres queridos, que su imaginación ya preocupada, se encarga de darles el colorido de identidad, y ante prueba tan «concluyente,» su fe se afirma, la idea acerca del mundo de los espíritus y la evidencia de sus comunicaciones arraiga en su conciencia con mayor intensidad que las afirmaciones religiosas, porque éstas solo descansan en dogmas y en artículos de fe que no deben ni pueden escudriñarse, en tanto que la nueva fe descansa en «hechos positivos,» en comprobaciones evidentes.

Por eso el Espiritismo se asimila fácilmente en la conciencia de los mortales que abrigan principios espiritualistas.

Un materialista lo aceptaría con inmensas dificultades, ó lo rechazaría de plano.

Es natural que después de cierto tiempo de práctica, y después de haber presenciado la mayor parte de los fenómenos que se presentan en las sesiones, la idea de la evidencia del espíritu como causa fundamental y única, reine como dueña en la conciencia. Alguien ha dicho que la repetición constante de una idea ó de un hecho, por más absurdo que sea, llega á tomarse en la conciencia como la verdad más absoluta. Así pues, se necesita un verdadero espíritu de investigación, un criterio predispuesto al eclecticismo y á las frialdades de la filosofía que muchas ocasiones nos arranca una creencia para llevarnos á ideas aún no presentidas, para poder abandonar la creencia espírita en su primitiva asimilación, cuando la ciencia nos viene á demostrar con su irrefutable comprobación positiva que la mayor parte de aquellas manifestaciones no son producidas por los espíritus. Todo el hermoso edificio de la fe se derrumba de nuevo. La credulidad engañada, la esperanza egoísta perdida, forman un conjunto doloroso en el amor propio, que en un arranque de orgullo reconcentrado, ante una derrota cierta, evidente, grita con toda energía: ¡Mienten los que tal afirman! Son las últimas protestas del vencido, que en su desesperación por alargar los últimos instantes de su existencia, lucha denodadamente procurando herir ó matar el mayor número de sus adversarios para que al fin, cuando vencido por la superioridad del enemigo, agotado en sus fuerzas, exangüe y despedazado, exhale el último suspiro exclamando: «¡Todo se ha perdido, menos el honor!»

Pues bien; después de haber adquirido en el Espiritismo nociones amplísimas del mundo subjetivo, y haber visto operar las fuerzas desconocidas llamadas telepatía, magnetismo, hipnotismo, curación hipnótica con contacto y á distancia, sugestión, etc., sólo quedan dos caminos que seguir: el primero, es continuar en la misma creencia consoladora de estar al habla con nuestros muertos, y el segundo es el de resignarse de nuevo á no comunicarse con ellos.

En el primer caso, se mantiene siempre en pie el fantástico palacio que en ultratumba tiene siempre las puertas abiertas para todos los que á él lleguen y donde pueden formar comunidad incesante los «vivos con los muertos;» pero en cuyos dinteles se encuentra escrita esta sentencia: «Se prohíbe la entrada á las verdades científicas.»

En el segundo caso, se convierte en ruinas el mismo palacio bajo la pica demoledora de las investigaciones científicas.

cas, que dividen de manera clara los fenómenos espíritas en dos categorías: los rara y genuinamente espíritas, que pueden seguirse considerando así porque la misma ciencia positiva aún no los explica, y tienen por consiguiente derecho de llamarse de esa suerte, y los producidos por fuerzas de la Naturaleza dirigidas por el hombre consciente ó inconscientemente.

La Teosofía se adhiere á este segundo caso. no porque la ciencia oficial lo haya dicho, sino porque ha venido á corroborar las verdades que hace miles de años le son conocidas y han sido el tema de estudio y comprobación de sus afiliados. Por eso precisamente consideramos al Espiritismo como *«el puente de oro para pasar á la Teosofía.»*

El Espiritismo es á la Teosofía, como la Geometría rectilínea es á la Geometría en el Espacio.

También por esta circunstancia hemos afirmado que el día que el Espiritismo separe con toda lealtad los fenómenos espíritas de los psíquicos, dejará de ser Espiritualismo y se convertirá en una de tantas escuelas de Espiritualismo científico que investigan las leyes naturales; porque si su misión es como lo afirman, probar la supervivencia del espíritu, no es medio racional ni científico hacer aparecer los efectos producidos por los poderes psíquicos latentes en el hombre y por las leyes casi desconocidas de la Naturaleza, como manifestaciones de un espíritu desencarnado, porque es lo mismo que pretender demostrar el mecanismo de la inteligencia que produjo un bello discurso, por medio del mecanismo de un fonógrafo que lo reproduce con la misma identidad.

CAPITULO IX.

EL ESPIRITISMO SEGÚN LAS CIENCIAS POSITIVAS.

Siguiendo nuestro método imparcial de estudio y procurando ante todo apoyar nuestros razonamientos en opiniones caracterizadas y en experimentos positivos, vamos en este capítulo á hacer un examen del papel que el Espiritismo representa en las ciencias positivas.

El profesor H. Morsell, Director de la clínica de enfermedades mentales y nerviosas de la Universidad de Génova,

en un artículo publicado en los «Anales de las Ciencias Psíquicas» de París, año 17º, núm. 5 del mes de Mayo de 1907, dice lo siguiente en las págs. 341 á 344:

«Tal como lo había anunciado, desde hace poco más de cinco años en que se han conocido mejor los fenómenos extraordinarios, en los que todo el mundo se interesa hoy, de la mayor parte de ellos se ha sacado la doctrina que los atribuye á las almas de los difuntos.

«Hémos, pues, frente al *Espiritismo*, acerca del cual ya he indicado desde un principio las doctrinas fundamentales; hémos aquí frente á la ciudadela más fuerte y aguerrida, en la cual se han encerrado y vigorosamente permanecen á la defensiva todas las fees extra-religiosas, todas las convicciones anti-positivistas, todas las tendencias á lo maravilloso. Mas cómo abordar aquí la discusión del argumento? Limitémonos á examinar los fenómenos de Mme. Paladino desde el punto de vista espírita.

«*Espiritismo*.—En los países civilizados de Europa y de América es una opinión muy difundida, que se adhiere á las creencias de los antiguos, á todas las grandes religiones y filosofías. En este punto de vista merece la atención y el respeto del hombre de ciencia, aun del más «liberal» y del más libre de los prejuicios. No se puede pasar con desprecio ó negligencia al lado de una hipótesis que tiene á su favor la aprobación de inteligencias de primer orden. Como científico y como filósofo permanecería indiferente y aun levantaría los hombros cuando se me objetara que la Reina Victoria y Gladstone fueron espíritas. Pero no me es permitido tomar esa actitud, cuando veo que entre los espiritistas hay un A. R. Wallace ó un Barret, ó que un Bofferio se ha convertido por obra de Eusapia, un Hyslop por obra de Mrs. Piper. Entonces me detengo, medito y me coloco en el círculo limitado, pero positivo, de *mi propia* observación, de *mi propia* experiencia.

«Entonces digo lo que escribí al principio de estos artículos: no puedo aceptar la hipótesis de la intervención de las almas de los difuntos en los fenómenos de Eusapia; por consiguiente, extendiendo á otros mediums similares mi inducción, —la cual me ha venido por el estudio de los hechos,—agrego que la doctrina espírita (sobre todo con sus pretensiones de sistematización psico-cósmica y filosófico-ética) me parece, no solamente prematura y exuberante, sino, con respecto á lo que se relaciona á los fenómenos producidos por Mme. Paladino, tan absurda é ilógica (tal como lo ha dicho Richet), su.

pérflua y contradictoria; demasiado vulgar y pueril por un lado, muy abstracta y oscura por el otro, bajo ciertas relaciones hasta «inmoral» (como lo ha escrito Gaëtan Negri); supuesto que no sería alentador para nuestras afecciones más sagradas ni lisonjera para la dignidad humana, ni de acuerdo con las ideas religiosas y sociales más elevadas, ni de naturaleza capaz de educar nuestra voluntad. Pero lo que importa para la ciencia positiva, no estaría aún probado, ni siquiera sería demostrable, por el momento, en ninguna de las manifestaciones que *he visto* ó en aquellas de las cuales *se me ha informado*, con respecto á lo que es concerniente al medium napolitano. Y cuán preciso es, pues, ser desconfiado, después de tantas vicisitudes de los mejores mediums de «encarnaciones» ó «personificaciones.»

«Los hechos concernientes á Eusapia, en los cuales me baso para este juicio, serán recopilados y discutidos en mi obra.»

«Que otros mediums producen manifestaciones favorables á la tesis espírita, ha sido dicho ya y vigorosamente sostenido en la literatura demasiado extensa del Espiritismo; pero en estos fenómenos, como acontece en los de la hipnosis, no es su aparente contenido, sino su origen psíquico lo que importa examinar con demasiada penetración. Mas si se trata de mediums de materializaciones (*personifications*) todos ellos ya han revelado ó revelarán á la psicología analítica (si fueran estudiados durante meses y años, por los métodos de que se ha servido el Prof. Flournoy con Mlle. Smith ó el Dr. Yung con su histérica) el proceso subconsciente, y nada de espiritismo, aunque extraordinario, del cual proviene y se desarrolla su mediumnidad para las encarnaciones románticas y de recuerdos palpitantes. Y si se trata de mediums de *comunicaciones* ó *mensajes*, todos ellos entran, según el parecer de ciertos psicólogos muy competentes, en la esfera de la telepatía que es supra-normal, pero jamás en la espírita. Las raras comunicaciones que aún no han podido explicarse por este medio y que se atribuyen á *dos* ó *tres* mediums á lo más (Mme Piper y Thompson), no constituyen más que una base demasiado sutil y aún muy poco profundizada, para un edificio tan enorme como se ha levantado, durante cincuenta años, con materiales que generalmente son de dudosa procedencia y de sospechosa manufactura, y los cuales se han recogido y mezclado sin ningún espíritu crítico.

«La única interpretación á la cual se le puede conceder importancia en la actualidad, con la reserva de acogerla defi-

nitivamente cuando el estado de probabilidad haya cedido su lugar á la evidencia, es la hipótesis que supone la existencia de *fuerzas psíquicas* ó *bto-dinámicas* particulares. Dicho de otra manera: es la hipótesis que atribuye los fenómenos extraordinarios, principalmente exteriores ó físicos de la «mediumnidad,» á una acción exclusiva de la persona del medium, cuyos efectos son percibidos, diversamente apreciados y, tal vez, ayudados por los experimentadores, de conformidad con sus disposiciones de alma, con su cultura, con sus ideas preconcebidas.

«Aquí tenemos, pues, tres sub-hipótesis: el alma, un fluido particular, ó fuerzas indefinidas («metafísicas»).

Es de llamar muy poderosamente la atención que por todas partes encontremos opiniones que van en perfecto acuerdo con las nuestras acerca de la división de los tantas veces debatidos fenómenos espíritas. Los magos, el ocultista, el teósofo, los psicólogos, los hipnotizadores, los positivistas, todos, en fin, estamos convencidos, por los diversos métodos experimentales particulares llevados á cabo, de que la mayor parte de esas manifestaciones misteriosas son producto de fuerzas invisibles, quizá inteligentes, que se ponen en movimiento bajo la voluntad de los hombres ó de una manera inconsciente, excepto el Espiritismo, que continua encastillado en sus primitivas creencias, hasta tocar el fanatismo obscurantista é intolerante. Si no hubiera penetrado resueltamente en este sendero, no se preocuparía de opiniones ajenas, sino que muy por el contrario, á la palabrería que se suscitara en su derredor la acallaría con un hecho incontrovertible: la demostración de la verdad con hechos positivos, mas nunca con teorías ó afirmaciones indemostrables ó indemostradas, que sólo sirven para llamar la atención de los espíritus impresionistas, sin razonamiento ni criterio filosófico.

El mismo Sr. José Salvadores Botas, en un informe rendido á la Junta Central, acerca de las causas por las cuales se han obtenido resultados casi nulos en sus experimentos, dice entre otras cosas lo siguiente: «En las experiencias medianímicas, la Psiquis del sujeto y de los observadores es producto de determinado valor, valor que cual el de los productos químicos, debe ser aquilatado antes de toda metodización, porque la indicada Psiquis es el término único conocido de la ecuación á resolver, «cuya incógnita se supone una entidad espiritual:» luego si en toda experimentación medianímica, prematuramente analizamos los datos que nos proporciona el conocimiento de la Psiquis, y los aquilatamos en su

real valor, á la vez que estudiamos las relaciones que entre sí los ligán, fácil nos será plantear el problema en forma adecuada para hallar «el positivo valor de todo fenómeno,» siempre la razón hábilmente conducida por el conciso silogismo de la mano que nos lleva á determinar la verdad y su comprobación é identidad»

Psiquis, el único término conocido, el demostrado ya por medio de la experimentación, el agente vivo que guía é impulsa todos los fenómenos perceptibles á nuestros sentidos, desde la chispita ódica apenas perceptible en la obscuridad hasta la percepción cerebral intensa de un pensamiento ajeno; desde el simple movimiento de un objeto cualquiera hasta el paso de la materia á través de la materia; desde la simple magnetización hasta la curación de una enfermedad; desde la producción tangible, en una palabra, de cualquier acto voluntivo, hasta la formación de una entidad viva y consciente que bajo múltiple forma, nos da la impresión de poseer inteligencia independiente á la nuestra; esa fuerza, esa vida, esa inteligencia, esa ley en fin, perfectamente determinada, sin prejuicio, y descartada del campo de la investigación experimental del Espiritismo, deja en pie la misma incógnita de siempre, la que ha subsistido, y para ellos, no sabemos cuánto tiempo aún subsistirá, la incógnita que se supone ser una entidad espiritual. Y dando, como muy cuerdamente observa el mismo Sr. Salvadores Botas, á estos fenómenos de la Psiquis su «real valor,» tenemos forzosamente que considerar la doctrina espírita como una hipótesis de un valor tan efímero como desconocida es su supuesta é incógnita entidad espiritual. Es, digamos así, una operación de «falsa posición» en donde para encontrar los verdaderos términos de un problema tenemos necesidad de apoyarnos en un principio falso que admitimos como cierto, pero que después de que nos ha llevado al establecimiento de las operaciones fundamentales para llegar á la solución matemática y verdadera, no lo podemos valorizar como formando parte integrante de la verdadera operación.

Si en las primeras manifestaciones del año de 1847 y hasta muchos años después se aceptó la teoría de que los espíritus desencarnados eran los productores de tales fenómenos, fué única y exclusivamente porque era la base supuesta en la iniciación del problema psíquico; fué entonces la cifra que se eligió para explicarse *a priori* la causa determinante de esos milagros y maravillas. Se eligió *a priori*, porque existiendo en la humanidad mayor número de espiritualistas, ca-

si en mayoría absoluta, que materialistas, se imponía la creencia de una entidad espiritual. Si la mayoría imperante hubiera sido la de los materialistas, se habría prefijado como punto de partida, quizá la fuerza cósmica ó magnética, y en vez de comenzar las investigaciones con dirección á los planos subjetivos, se habría procurado establecer la identidad entre los fenómenos geológicos tales como terremotos, tempestades, erupciones volcánicas y auroras boreales, y los fenómenos inusitados de la familia Fox y sus similares; pero de cualquiera manera, las ciencias positivas habrían venido á conocer las actuales conclusiones, y creemos que los partidarios de la primitiva creencia habrían desertado por completo de ella. Se necesitaría un espíritu materialista demasiado obsesado para seguir afirmando en vista de las incontrarrestables demostraciones psíquicas modernas, que las fuerzas geológicas eran las «únicas» productoras de los fenómenos que hoy llamamos espíritas y que ellos hubieran apellidado tal vez «meteorológicos.» Sin que por esto se crea que podemos incurrir en contradicción alguna respecto de nuestras creencias como teósofos, abrigamos la convicción de que esta segunda hipótesis materialista habría puesto á la humanidad en sendero más cercano á la verdad y le habría evitado muchas discusiones y muchas divisiones de sectas, como ha ocurrido con las diversas escuelas espiritualistas y con las diferentes religiones positivas.

El Espiritismo puro habría existido si después de haber descartado la parte mítica y la antropomórfica de las religiones, toma la verdadera posibilidad de las comunicaciones, y dentro de la ética más elevada, se sujeta estrictamente á su identificación, sin necesidad de haberse rodeado de las manifestaciones psíquicas que, en fuerza de haber practicado durante más de cincuenta años, ha llegado á identificar con las espíritas como una verdad absoluta, identificándose de esta suerte en su formación y desarrollo con el culto cristiano que no es otra cosa que una amalgama de ceremonias tomadas de los cultos precedentes, asimilándose la divinidad y las prácticas del paganismo romano que transforma y corrompe, para presentarse con las pretensiones de la buena nueva, aun cuando es tan idólatra y fetichista como sus progenitoras, como lo prueban los siguientes hechos plenamente claros de que las divinidades del paganismo fueron transformadas en santos cristianos.

Las fiestas que en honor de *Kermes* (Mercurio) y de *Nican* (el Sol) celebraban los griegos, están consignadas en el

calendario católico en las mismas fechas, bajo los nombres de San Ermeto, y San Nicanor. Baco era adorado bajo el nombre de *Soter* (Salvador) y Apolo con el de *Ephoibios*, y los encontramos con los nombres de San Sotero y de San Efebo ó Efiso. En las fiestas de *Dionysios* se festejaba también á Baco, y á éstas seguía otra de igual índole bajo los auspicios de *Demetrius*, encontrándose ambos nombres en las propias fechas: Santos Dionisio y Demetrio. La fiesta de Ceres la rubia (*Flava*) es la de Santa Flavia; la de Diana la *púdica*, se ha convertido en Santa Prudencia (ó Pudenciana); la de *Palladium* de Minerva, es Santa Paladia. Asimismo las *Saturnales* se convirtieron en San Saturnino; la de *Aphrodisia* (Venus Afrodita) corresponde á San Afrodisio y Santa Afrodisia; el día del signo de la Virgen (Virgo) el 15 de Agosto, en que Astrea aparece en dicha fecha, se ha convertido en la *Asunción de la Virgen*. Baco, en Grecia, se llamaba Eleuterio ó Dionisio, y tenía una fiesta denominada *rústica*, á causa de su carácter eminentemente campestre: se celebraba en tiempo de la vendimia (*Festum Dionysis Eleuterii Rustici*), y dió origen á tres distintos santos cristianos: San Dionisio, San Eleuterio y San Rústico. La brisa matutina (*aura placida*), que en el paganismo simbolizaba la mujer de Baco, fué convertida por los cristianos en Santa Aura Plácida. La fórmula clásica del saludo: *perpetua felicitas*, engendró á Santa Perpetua y Santa Felicidad. *Rogare y donare* (rogar y dar) corresponde á San Donaciano y San Rogaciano. San Apolinar se celebra algunos días después de aquel en que se celebraban los juegos *Apollinares* en honor de Apolo. Los *Idus* del mes se transformaron en Santa Ida. La hermosa estrella de la corona Margarita, colocada encima de la serpiente de Ofiuco, se ha cambiado en Santa Margarita, á cuyos pies se pinta un dragón, celebrándose su fiesta pocos días después del orto de aquella estrella en el horizonte. Los paganos creían que la osamenta de Teseo había sido transportada desde la Isla de Siro hasta Atenas de Cimón, santificándose estas pretendidas reliquias el 8 de Noviembre. El calendario cristiano también hace caer en el mismo día la fiesta de las santas reliquias. Los descendientes de los adoradores de Ceres ofrecieron á la *Señora de las espigas*, las primicias de la cosecha; la Diosa *Pelino* cambiando de sexo se convirtió en San Pelino, y *Termes* que presidía los límites de los campos y de los caminos, simbolizado por una piedra, como las actuales mojoneras, se transformó en San Vito, colocada en los linderos de los caminos (*viae*), que es el origen del nombre. La fiesta de la *Gorgona*, divini-

dad infernal, símbolo de las tinieblas más largas del año, fué reemplazada con la de Santa Gorgona. Otra fiesta en honor de Baco, celebrada en Diciembre con el nombre de Dionysia, está también en el calendario cristiano, probándose con la frecuencia que en este se encuentra el nombre de San Dionisio, que no han sido diversos Dionisios los que han alcanzado la canonización, sino que son otras tantas transformaciones de las frecuentes fiestas en honor de Baco (Dionisio) que los paganos celebraban. La fórmula romana *flor et lux* (flor y luz) se ha transformado en Santa Flora y en Santa Lucía. Los sobrenombres de Júpiter, *Nicephor*; el de Juno, *Pelasgia*, y el de Minerva, *Athenea*, son los orígenes respectivamente de San Nicéforo, Santa Pelagia y San Atanasio, así como *Apollon* de San Apolonio y Santa Apolonia.

Cuando no se convirtieron en cristianas las formas paganas, se inventaron nuevos santos que bajo el mismo nombre indican la virtud curativa de los antiguos ídolos: así Santa *Lucia* para el mal de ojos; San *Gotardo* para la gota; Santa *Toscana* para la tos perruna; San *Latino* para las enfermedades de la leche; San *Bovo* para las enfermedades bovinas ó de los bueyes, etc. Baco presidía á la conservación de la vid y de la vendimia; iguales atributos tienen Noe y San Vicente. A Neptuno se le invocaba para calmar las tempestades, é iguales plegarias se hacen á San Nicolás y á San Vicente Ferrer. Minerva infunde la ciencia, lo mismo que Santa Catalina. Al igual de Esculapio, San Cosme preside á la Medicina. Priapo, que custodia los jardines, tiene su congénere en San Fiacro. Juno, amparando á las parturientas, se encarna en Santa Ana: Lucina hace fecundas á las mujeres lo mismo que Santa Margarita. San Antonio es el abogado para hallar lo que se ha perdido, lo mismo que Mercurio. Diana preside la caza, y San Huberto tiene el mismo cometido. Las estatuas de Diana en Efeso y la de *Pallas* en Atenas habían bajado del cielo, y otro tanto hicieron multitud de imágenes de la Virgen cristiana. Como la estatua de Juno, hablaron diversas estatuas de santos y de vírgenes. Los paganos besaban á sus imágenes, y los cristianos repiten sin cesar la misma operación con las suyas. Los paganos pedían favores á las estatuas de sus dioses, y al obtenerlos, colocaban junto á sus altares un *voto* y encendían cirios, lo cual hacen los actuales cristianos con sus *milagros*, retablos, cirios, etc., en los altares santificados. El águila de Júpiter fué sustituida por la de San Juan; la serpiente de Esculapio pasó á poder de San Patricio; el dragón de Apolo es el mismo que tiene San Jor-

ge, así como el martillo de Vulcano pasó á las manos de San Eladio. La vera imagen (*vera icon*) que un tiempo se veneraba pintada en una tela, se personificó en Santa *Verónica*. Las lupercales se efectuaban durante las *Kalendas* de Febrero, y la Iglesia ha fijado para el 2 del mismo mes la fiesta cristiana de la Purificación, conservándose de la misma suerte, hasta nuestros días, las curaciones milagrosas que se obtenían en los templos paganos con prácticas sugestivas, peregrinaciones á manantiales de aguas sulfurosas, ferruginosas, arsenicales ó de otras composiciones terapéuticas; y por último, el culto de las reliquias que ha llegado á multiplicar el número de cabezas, brazos, piernas, bustos, toda clase de miembros de los santos, al grado de que se llenarían, como sucedió en cierta época con las muelas de Santa Apolonia, carros, en número crecidísimo con las reliquias de un mismo santo tenidas como auténticas en las iglesias cristianas del orbe.

Una cosa semejante, si no idéntica, tiene lugar en el Espiritismo moderno. Por todas partes oímos á los espiritistas proclamar en apoyo de su doctrina las experiencias hechas por los psicólogos de más fama, tales como Richet, Crookes, Rochas y otros muchos que formarían lista interminable, citando las dos más famosas series de *materializaciones*, ocurridas con Katie King y con Aischa; y nosotros, que hemos consultado con detenimiento las observaciones de estos investigadores, nos hemos afirmado en nuestras antiguas creencias, sin poder deducir que esos testimonios puedan servir de base fundamental para la comprobación de las manifestaciones espíritas; muy por el contrario, encontramos la confirmación científica de la manifestación de las fuerzas de la naturaleza y de los poderes psíquicos del hombre en el campo de observación de nuestros limitados sentidos corporales, como pasamos á demostrarlo en seguida con las palabras textuales de los autores.

Los primeros fenómenos de materialización estudiados detenidamente y con todas las precauciones tomadas para evitar fraude, datan del 22 de Abril de 1872, con la Srita. Florencia Elisa Cook, en que por primera vez se materializó parcialmente el espíritu de Ana Morgan ó Katie King según los relatos y testimonios recopilados por un adepto y publicados en un libro que forma parte de la biblioteca del Espiritismo Moderno, traducida al castellano por J. Esteva Marata y publicada en Barcelona en 1908 por la casa de Carbonel y Esteva.

Desde los primeros párrafos encontramos esa tendencia manifiesta á confundir los fenómenos *psíquicos* con los *espíritas*, que tiene el gravísimo inconveniente de llevar el ánimo de los lectores pasivos hacia un punto determinado. Usando indistintamente la denominación de *psíquicos* y *espíritas*, se llega á formar un criterio erróneo de identidad tal, que naturalmente acontece que los no versados en ciencias *psíquicas* positivas, con facilidad extraordinaria aceptan las comprobaciones de esta escuela como verdades irrefutables del *Espiritismo*, al cual están inclinados ó afiliados ya.

Dice el autor en el primer capítulo: «Los grandes *mediums*, que son muy raros, no se producen del momento. Requiere cierto tiempo para obtener los «fenómenos *psíquicos*.» Luego habla del espíritu director de las manifestaciones, de las condiciones en que los círculos *espíritas* pueden obtener los mejores resultados, y en el párrafo tercero de su primer capítulo, vuelve á decir: «Los primeros fenómenos *psíquicos* de apariciones fueron señalados en 1871, etc.» En nuestra humilde opinión y salvo las más autorizadas de los sabios y académicos, existe la creencia de que al tratarse asuntos científicos, filosóficos ó de cualquier orden trascendental, máxime cuando se trata de llegar á una demostración positiva, deben colocarse los hechos con toda honradez, en el punto que estrictamente les corresponde, para evitar confusiones ulteriores, usando al mismo tiempo las designaciones propias. De otra suerte, fácilmente podemos embrollarnos en nuestras propias redes, y las consecuencias que podamos deducir resultan faltas de verdad científica, débiles en sus razonamientos filosóficos ó forzadas para nuestro intento. ¿Por qué, pues, no emplear desde un principio la frase de manifestaciones «*espíritas*» en vez de «*psíquicas*?» Entre unas y otras hay una notable diferencia y bajo concepto alguno deben confundirse. Los fenómenos netamente *psíquicos* jamás pueden comprobar los genuinamente *espíritas*.

Hecha esta salvedad, que á nuestro juicio es de importancia capital, entremos al estudio ligero, tan ligero como nos lo permiten los reducidos límites de esta obrita, de la vida romántica y pasajera de Katie King.

En todos los testimonios recopilados está esta opinión unánime: la entidad manifestante se ha materializado gradualmente á medida que iba aprendiendo ó ejercitándose en la manera de tomar su vitalidad efímera de la *medium*, para después manejarla á su antojo, formándose su propio cuerpo, sus telas y todo cuanto necesitaba para presentarse ante los

asistentes con todas las facultades de un sér tan vivo como todos ellos, que frecuentemente tenía que «cuidar,» según expresión suya, de la medium, á la cual ocurría con frecuencia para tomar mayor cantidad de fuerza y recuperar la que iba perdiendo, ó bien para poder producir fenómenos de mayor intensidad; que no dió ni el menor dato acerca de su vida, por medio de la cual se la pudiera haber identificado consultando los datos estadísticos del ó de los lugares que hubiera señalado, sino que más bien rehusó y aun prohibió se inquiriera sobre el particular; que más que un espíritu dotado de alguna inteligencia, siquiera mediana, que pudiera haber dado la explicación más sencilla acerca de su vida de ultra-tumba, se mostró una verdadera entidad infantil que se gozaba con jugueteo y bromeo con los asistentes; en una palabra, que más que un espíritu de los que se presentan en las sesiones para dar comunicaciones, que parece ser su principal objeto, es una simple forma vitalizada cuya inteligencia se manifiesta por medio de signos que no pueden definirse por los diferentes matices que presenta.

Hé aquí los testimonios:

Del Sr. Harrison: «Al descubrir los triunfos de materialización dice que, satisfecha de su obra, pidió se la aplaudiera, y ella, en señal de agrado «golpeó la pared con un abanico que halló á su alcance, y después haciendo resonar el llamador de la puerta.»

«Por lo descrito, dice el narrador, pág. 26, se ve que sólo después de largos experimentos, muy imperfectos de momento y que se completaban de un modo sucesivo, logró el espíritu de Katie King adquirir el desarrollo que le permitió manifestarse libremente en plena luz, etc.»

Había transcurrido próximamente un año entre sus primeros esfuerzos y la noche en que pudo salir del gabinete á pasearse ante todos *en plena luz* (fin de la pág. 27). Haciéndose la aparición visible, á pesar del mucho alumbrado de la habitación; y presentándose sólida y tangible, pudo ser sometida á varias pruebas por parte de los sabios que la observaron. «Estos señores quedaron perfectamente convencidos de que tenían ante sí un espíritu, cuya aparición escapaba á todas las leyes conocidas.» Conste que ésta es apreciación del adepto que escribe la obra.

Testimonio del Sr. Coleman.—Informa que Katie, de un modo muy natural, colocó el pie encima de la rodilla de la Sra. Corner, diciendo: «De este modo todos podéis ver que mis pies están desnudos, ¿no es así? Que invitada á escribir

algo, se sentó á la mesa donde estaba preparado todo, y expresó una opinión acerca de la obra que escribía el Sr. Coleman. Después anota un dato muy significativo, que es el de que sus mejillas rosadas aumentaron de «punto» cuando se bajó para coger las hojas de papel que habían caído al suelo y que colocó encima de la mesa. (Págs. 33 y 34.) «Este hecho, sigue diciendo, completó la impresión que todos los presentes habíamos sentido, ó sea que durante hora y media habíamos conversado con una mujer viva, inteligente, y que mejor que andar se deslizaba entre nosotros. Por su constante cuidado de la medium nos probó que ahí estaba la fuente de su vida, el lazo que la sostenía. En resumen, fuimos testigos de hechos absolutamente sobrenaturales y maravillosos.»

Del Dr. Sexton.—Dirige á Katie (pág. 16) preguntas, casi todas de carácter filosófico, referentes á las leyes y á las condiciones de acuerdo con las cuales los espíritus podían materializarse. «Las contestaciones que me dió el espíritu, dice el informante, fueron tan satisfactorias, que muchos de los presentes, personas muy instruídas, declararon que la información dada por dicho espíritu era tal como ellas muchas veces habían deseado, aunque nunca lo habían podido obtener.»

Es una verdadera lástima que ni el Dr. Sexton ni ninguno de los presentes hubiera tomado nota de aquellas revelaciones en provecho de la ciencia y aun para tener un motivo de comparación entre las emitidas por el fantasma y las que poseía el Dr. Sexton, pues bien pudiera suceder (todo es posible) que en vez de ser contestaciones originales, sólo fueran una reproducción de las que en esos momentos formulaba el mismo demandante. Este Doctor es un convencido.

El Dr. Gully, también espírita —La materialización trae del gabinete una silla baja que colocó en medio del círculo, se sentó en ella y pidió que cantasen á coro, pero no demasiado fuerte, y ella unió su voz de contralto á la de todos. (Pág. 42.)

En este testimonio la comunicante se niega á explicar las fuerzas que emplea para la formación y disolución de su cuerpo, y sólo se limita á decir que «es más bien por una fuerza de voluntad que no por otra cosa; puede asegurarse que es la voluntad la que sirve de base al poder que empleo.»

—«¿A dónde vais cuando desaparecéis?

—«Vuelvo á entrar en el medium, devolviéndole toda la vitalidad que le había tomado. Cuando yo le he tomado prestada una gran fuerza, casi ninguna le queda á ella, y si uno de vosotros la cogiera por el talle y pretendiese levantarla, podría causarle la muerte súbita, pues quedaría ahogada.

Puedo reunirme á mi medium ó formarme fuera de su cuerpo muy fácilmente; pero comprended bien que no soy ella, ni su doble tampoco; yo soy siempre YO MISMA!»

Después afirma que ninguna persona de este mundo jamás llegará á comprender *los poderes* que emplea para manifestarse.

Da datos muy inciertos de su vida pasada, por medio de los cuales no puede obtenerse comprobación alguna; dice: «Desencarné á la edad de veintitres años; vivía hacia el final del reinado de Carlos I, durante la República y principios del reinado de Carlos II. Recuerdo perfectamente los grandes sombreros puntiagudos del tiempo de Cromwell y los de grandes alas que se usaban bajo Carlos I y Carlos II; los hombres llevaban los cabellos cortos y Cromwell largos.»

Si en vez de estos datos que puede proporcionar un chico de nuestras escuelas según el actual sistema de educación, hubiera citado mejor su residencia, sus amistades y parientes y la fecha de su muerte, habría dado la prueba más convincente de la existencia de un espíritu, porque confrontados sus datos con los adquiridos en investigaciones posteriores, se habría hecho la identidad, y ante hecho tan palpable no cabría observación alguna, quizá.

El testimonio del Príncipe Emilio de Sayn Willgenstein, es el primero que hasta hoy (pág. 49.) nos dice que á cierta distancia podía tomarse á Katie por la Srita. Cook. Según la ley establecida, «formándose el fantasma á expensas del cuerpo del medium, siempre guarda de él una semejanza.» Es como si dijéramos, un «aire de familia.» Observa al mismo tiempo que el fantasma es susceptible de impacientarse cuando se le hace repetir lo dicho, y aun de castigar al que la molesta (pág. 52.), y que sus ademanes y aspecto parecen los de las mujeres de Oriente. Sujeta á un experimento de clarividencia, lo ejecuta con toda satisfacción copiando textualmente la carta encerrada y sellada por el célebre psicólogo Williams Crookes.

El Doctor Georges H. Tapp, hace estas nuevas observaciones [pág. 59], cuando examinaba el brazo del fantasma: «De este examen resultó que en la muñeca no encontré huesos; al notarlo, volví á examinarla nuevamente, y cuando se lo hice observar á Katie, echóse á reír diciéndome: «Esperad un momento.» Entonces se paseó un rato entre los presentes, después se me acercó de nuevo, colocó su brazo en mis manos y llamó mi atención acerca de su muñeca: ¡maravilloso! ¡existían huesos!» El Sr. Tapp se permite bromear con Katie,

y ella se enfadó [pág. 60], y de repente le pegó un puñetazo en el pecho que le hizo tambalear; sorprendido el Sr. Tapp por tal acometida que, por otra parte, le produjo bastante daño, cogió inmediatamente á Katie por la muñeca derecha, la cual cedió bajo su presión como si fuera un pedazo de cartón ó de papel, sintiendo el contacto de sus propios dedos á través de la muñeca que se fundía entre ellos como si fuese de cera. El fantasma aseguró que siendo un acto involuntario el del Sr. Tapp, evitaría el fenómeno de *repercusión* que todos conocemos.

El testimonio del Sr. Enrique Dunphy no nos da más detalle que la manera como se fué desintegrando el fantasma, empezando por los pies, para escapar de un abrazo que le dió un asistente á la sesión del 9 de Dbre. de 1873, creyendo retener á la medium, cuyo efecto produjo violentas convulsiones á la Srita. Cook durante el resto de la noche, que exigieron intervención facultativa.

El Dr. J. Gully dice, entre otras cosas [pág. 68]: «Creo que se hubiera podido obtener de ella un buen número de informaciones concernientes á los misterios de ultra-tumba; pero los asistentes á las sesiones gustaban más de bromear que de otra cosa. En cada sesión se repetían los mismos frívolos cumplimientos y se pasaba el tiempo en conversaciones inútiles y sin interés. Esto me tenía contrariado, pues hubiera deseado tratar con ella asuntos que á todos los espiritistas serios deberían interesarnos.» Después de algunas reflexiones acerca del Espiritismo, dice (pág. 70): «El Espiritismo es una verdad nueva que permitirá á las almas de la tierra entrar en relación con las almas libres del espacio; éstas podrán revelarnos aun la misteriosa obra de la *Gran Causa* y del *Gran Efecto*; entonces será cuando podrá establecerse una religión verdaderamente filosófica. Por su parte, la filosofía progresará, en vez de moverse en el estrecho círculo en que lo hace desde Platón hasta nuestros días, y dejará de ser árido su estudio y negativos sus resultados.»

Mr. Harrison, en una carta hablando de la despedida de Katie, dice que ésta les dijo «que no se presentaría ya más en la tierra; que había pasado tres años muy tristes y penosos, purificándose por estas pruebas, produciendo manifestaciones psíquicas, y que por esto merecía vivir en otra esfera espiritual más elevada; que algunas veces se comunicaría con su medium por medio de la *escritura*, y que la Srita. Cook podría verla en cualquier momento, pero con la condición de estar dormida magnéticamente.»

Nosotros deseábamos se meditaran con mucho detenimiento todas las palabras de Katie, á fin de esclarecer algunos puntos de vital importancia, bien para la causa espírita, bien para la psicológica; porque si realmente era un espíritu que había venido á depurarse por esos fenómenos y tenía, como parece por sus propios experimentos, bastantes conocimientos del manejo de la parte substancial etérea, astral ó como se la quiera designar, lo mismo que de la fuerza vital que tomaba de la Srita. Cook, es muy significativo el hecho de haber dicho que ella no era la medium, ni «su doble,» sino que siempre seguía siendo *ella misma*, en vez de haberse expresado que se presentaba, por ejemplo, envuelta en su «peri-espíritu,» supuesto que se encontraba entre personas que en su casi totalidad pertenecían á la doctrina.

Sabemos los ocultistas y los teósofos que propiamente el peri-espíritu, es la envoltura del espíritu: si se considera á éste como formado de *atma-budhi-manas*, su envoltura vendría á ser de manas inferior, ó sea un peri-espíritu completamente pasional; pero bajo ningún concepto confundible con el «doble,» que no es más que la envoltura substancial etérica, astral, que forma el molde en que se vienen á agrupar las moléculas de materia que dan la impresión de la forma á nuestros sentidos corporales. El peri-espíritu, según la doctrina de Kardec, es la parte intermediaria entre el cuerpo físico y el espíritu, es decir, es el intermedio subjetivo entre la materia y el espíritu, definición global que ha servido para confundir con frecuencia esta envoltura espiritual con las otras divisiones teosóficas del hombre. «La Naturaleza no hace nada por saltos,» se ha dicho en multitud de ocasiones, y los espiritistas, motejando la división septenaria de los que estudiamos ciencias ocultas, con su idea del ternario van en perfecto desacuerdo con sus mismas afirmaciones. Hay un salto mucho más violento entre la materia y el espíritu, al pasar sólo por el peri-espíritu; especie de saltos perfectamente marcados al pasar del estado de materia densa al peri-espíritu y de éste al espíritu, que los que se marcan en siete gradaciones distintas considerando siete elementos.

La Naturaleza, libro que debemos consultar para nuestras investigaciones en todos los ramos y á todas horas, de preferencia á los libros de los autores, nos enseña por medio de la luz y del sonido esta misma séptuple división. Pudiera objetársenos, por ejemplo, que entre la luz y las tinieblas existe la penumbra como término medio; que entre el silencio y el sonido existe el murmullo; que entre lo seco y el agua

existe la humedad; que entre el frío y el calor existe lo tibio; y aun cuando estas designaciones nos explican perfectamente la teoría de Kardec, supuesto que entre el cuerpo físico y el espíritu se encuentra el peri-espíritu, debemos considerar que la penumbra no se divide ni de las tinieblas ni de la luz por punto determinado, sino que en gradación insensible de difusión va pasando de un extremo al otro, sin solución de continuidad, que pudiera darnos motivo para señalar el punto preciso en que termina un matiz y empieza el otro. Lo mismo podemos decir con relación al murmullo, la humedad y lo tibio, porque nos presentan los mismos caracteres. Así también lo hemos visto ejecutar en la evolución de las razas y familias en todos los reinos de la Naturaleza; ¿por qué, entonces, motejar la división septenaria que hacemos del hombre, que se acerca más á la ley de transformación, ó mejor dicho, de evolución, y se acepta por los espíritas el ternario que se aparta más de esta misma ley? ¿Qué punto intermedio existe, por ejemplo, entre el cuerpo físico y el peri-espíritu, para no formar ese salto de un extremo al medio? ¿Cuál es la gradación insensible que existe entre el peri-espíritu y el espíritu, para ir de conformidad con la ley? Si nuestros hermanos espíritas tienen la íntima convicción del principio enunciado, hay que convenir en que no se han penetrado lo suficiente de él, pues en el caso de que nos estamos ocupando, con su hipótesis del peri-espíritu obligan á la Naturaleza á dar dos saltos enormes entre el cuerpo y el peri-espíritu y entre éste y el espíritu. Sería tanto como tener por cosa comprobada que el fantasma tomaba de la medium el peri-espíritu para vitalizarse á sí misma, y entonces quedaban el espíritu y el cuerpo de la señorita desligados; cosa inverosímil en lo absoluto.

El segundo punto digno de estudio es la misma confesión de Katie, cuando al despedirse dijo que se «había purificado por estas pruebas, produciendo manifestaciones psíquicas, y que por esto merecía vivir en otra esfera espiritual más elevada.» Para nosotros esta confesión es de alta trascendencia: en primer lugar, porque el mismo «espíritu» hace la diferenciación «manifestaciones psíquicas,» no «espirituales,» como pudo perfectamente haber dicho, cuando inmediatamente señala la región espiritual más elevada donde va. En segundo lugar, durante el tiempo que se estuvo manifestando esa entidad, no dió muestras de sufrimiento, ni de que haya estado sujeta á depuración alguna; muy al contrario, parece que en los momentos en que se encontraba en las sesiones, gozaba

de cierta satisfacción al volver á la vida de la tierra, sin que ninguno de los testigos presenciales, cuyos testimonios hemos citado, exprese la idea de que Katie tuviera ese aspecto de sufrimiento resignado que adquiere todo aquel que de manera fatal tiene que compurgar una falta. Nosotros, por el contrario, nos inclinamos á ver una entidad pasional (kámica) agotando su deseo de vivir en la tierra, sin que podamos afirmar que allí existía un espíritu, por los motivos siguientes: 1º, porque no se procuró la identificación de aquella personalidad; 2º, porque tampoco se procuró la identificación de la individualidad; 3º, porque de todos los hechos llevados á cabo por Katie King no se desprende un solo rasgo capaz de considerarse como emanando directamente del espíritu, que guarda la experiencia de sus vidas pasadas; 4º, porque aun en el momento en que se decide á dar datos de la época en que vivió, lo hace de una manera tan vaga, que demuestra con claridad que son los últimos residuos de una memoria cerebral que se extingue: ni un hecho claro, todo nociones generalísimas, vagas, nada de precisión.

Estas reflexiones las hemos hecho en vista de los testimonios dados por los testigos presenciales, creyentes de buena fe en la doctrina espírita. Veamos ahora lo que nos dice el Profesor Williams Crookes, que tuvo la fortuna de presenciar los hechos, y cuyos testimonios y experiencias sirven de prueba al Espiritismo moderno.

Pág. 93 y siguientes, dice: «Sólo contesto en los casos en que algunas líneas de mi parte sirvan para destruir alguna falsa sospecha dirigida contra alguien. Y cuando este alguien es una joven sensitiva é inocente, deber mío es presentar el peso de mi testimonio en favor de aquella que yo creo injustamente acusada. Entre todos los argumentos aducidos por una y otra parte, refiriéndose á los fenómenos obtenidos por la mediumnidad de la Srita. Cook, veo muy pocos hechos sentados de modo que un lector imparcial, aunque no tenga confianza en el juicio y veracidad del narrador, pueda exclamar: «¡Hé aquí por fin una prueba absoluta!» y pide al final se suspenda todo juicio hasta que presente una prueba que juzga será suficiente para resolver la cuestión acerca de si la forma de Katie es distinta de la personalidad de la Srita. Cook; y convencido plenamente de ello, así lo confiesa públicamente, con toda honradez; pero no hace afirmación alguna sobre la existencia del espíritu, como puede verse por lo que dice en su último testimonio (pág. 111): «Las sesiones casi diarias con que me favoreció últimamente la Srita. Cook han probado sus

fuerzas, y deseo dar á conocer en lo posible cuán obligado le estoy por su voluntad de ayudarme en mis experimentos. A pesar de ser muy difíciles las pruebas que yo le proponía, aceptó y sometióse á ellas con la mejor voluntad; su palabra es franca y va directamente al fin, y nunca observé en ella nada que ni remotamente pudiese parecerse al deseo de engañar. Verdaderamente no creo que pudiese llevar un fraude á buen fin, ni que lo intentase siquiera, ya que sería prontamente descubierta, pues tal manera de obrar está completamente reñida con su manera de ser. En cuanto á imaginar, digo, que la «Katie King» en los tres últimos años es el resultado de una impostura, esto violenta más la razón y el buen sentido *que el creer que es lo que ella misma afirma*. No sería justo terminar este artículo sin dar las gracias al Sr. y á la Sra. Cook por las grandes facilidades que me han proporcionado á fin de ayudarme á proseguir mis observaciones y experimentos. Mis respetos y los de todos los «espiritualistas» al Sr. Charles Black por su generosidad, etc.»

Ya lo veis: solamente la comprobación del hecho material, pero ni una afirmación acerca de la realidad de un espíritu. El mismo lo dice: «violenta menos la razón creer en un espíritu que en una impostura,» es decir: de las dos hipótesis tomadas acepta terminantemente la realidad de la aparición como entidad distinta de la medium, pues siendo demostrada su evidencia, tiene que sublevarse la razón ante la idea de una impostura; ante la de ser esa misma entidad un espíritu, hay que recibirla en la mente con la misma pasividad con que se recibe cualquiera hipótesis, por absurda que parezca, para sujetarla al estudio y á la experimentación positiva.

Carlos Richet, otra de las eminencias psicológicas citadas con frecuencia, en sus estudios acerca de los fenómenos de materialización ocurridos en Villa Carmen, Argel, después de exponer con toda honradez sus observaciones, dice (pág. 43 de la obra): «Sin embargo, ni sería necesario decirlo, yo no creo haber sido engañado. Estoy convencido, por el contrario, de que asistí á realidades positivas, no á burdas mentiras. Lo cierto es que no sabré decir en qué consiste propiamente la *materialización*, aunque la solución verdadera de este problema sea quizás «MUY DISTINTA DE LA QUE INGENUAMENTE LE DAN MUCHOS ESPIRITISTAS. Lo único que estoy dispuesto á sostener es que hay en estos fenómenos algo profundamente misterioso, que ha de cambiar un día radicalmente nuestras ideas acerca de la MATERIA y de la VIDA.»

¡Ay, hermanos míos! inada de espiritismo! inada en favor vueatrol

En las observaciones que Olivier Lodge hace sobre estos mismos experimentos, encontramos éstas, demasiado interesantes:

Pág. 54. «Si esto no es más que la constitución ó la re-constitución de un verdadero y objetivo fantasma, constituye una materialización y serían estos hechos en sí tan extraordinariamente graves, que su explicación dejaría dudas bastantes en mi espíritu, si se consideran las consecuencias que se derivan de admitir la realidad de una aparición anormal, la producción inconsciente por parte de un medium honrado. Yo no puedo hacer otra cosa que reservar mi opinión, y mucho más cuando aún no la tengo bien formada»

Más adelante dice (pág. 55): Sea cual sea la explicación real de estas fotografías, *son las mejores de esta especie que me ha sido dable ver desde algún tiempo acá*; mientras que la mayoría de fotografías espíritas me ha dejado siempre bajo la impresión de «un arreglo artificial,» de algún engaño fotográfico, de los cuales hay tanta posibilidad»

El Sr. X, como conclusión de sus observaciones dice: «Estoy absolutamente convencido de que el fantasma es un sér distinto é independiente del medium, hasta cierto punto; un sér que posee las apariencias y ciertos atributos propios de la vida.» (Págs. 81-82.)

El Sr. Y, dice asimismo (pág. 101): «Condensando los relatos de los diferentes espectadores, puede asegurarse que el fenómeno parece haber seguido una progresión remarcable; una vaga forma blanca, figurando gradualmente un sér, desde luego incompleto, rígido, frío, con miembros muy delgados, animándose en seguida poco á poco, emitiendo sonidos roncós, incomprensibles, representando, por fin, un sér casi normal después de una larga serie de sesiones.

«Mi convicción íntima, tras la sucesión de estas sesiones en las cuales la amabilidad de la señora Noël y el general me dejó toda suerte de facilidades para la comprobación, es de que no he sido engañado. Esta opinión no ha variado después, y todos los que han estudiado luego este extraño fenómeno han adquirido la misma convicción.»

Consideraciones del Dr. Maxwell (Pág. 126): «Lo que quiero decir es que las experiencias de Crookes y Aksakof, por no citar sino las más célebres, tenderían, de ser exactas, á obligar á considerar el fantasma materializado como constituido á expensas del organismo de los sujetos.»

Hablando de la manera como hicieron sus comprobaciones los asistentes, hace la misma división que hicimos nosotros al hablar de los fenómenos de Katie King, cuando dice (pág. 126): «Resulta de todo esto, según la opinión del sabio médico, que los experimentadores obraron como místicos, cuando el análisis demuestra que el Dr. Richet y sus compañeros, por el contrario, obraron como experimentadores prudentes y honrados».....

Por último, en el *post scriptum* de Esteban Marata, encontramos lo siguiente (pág. 155 y siguientes): «Pero sea por lo que sea, la humanidad tiene derecho, mejor dicho, debe exigir que se le diga la verdad de todo lo referente á estas apariciones, pues de lo que ellas sean, depende la orientación de su porvenir.

«Si ellos son seres humanos que han vivido ya en este mundo, poco debe importar el que esto derroque antiguas creencias; la verdad debe estar siempre por encima de todos los convencionalismos.

«Si son seres que nunca han vivido en este mundo, pero nos manifiestan que viven en otros, no hay derecho alguno á despreciar, por el qué dirán, este medio de conocer y relacionarnos con la humanidad en ellos encarnada.

«Si son seres que viven en el espacio y no en mundo alguno, debemos y queremos saber todo lo que á su modo de ser se refiera; cómo se procrean, cómo se sostienen, cómo es su envoltura y cómo se relacionan entre ellos.

«Si estos seres sólo son un fruto de un cúmulo de circunstancias creadas por nosotros mismos inconscientemente, lo natural es que, si se logra de un modo inconsciente, queramos procurar hacerlo de modo consciente, ó sea á nuestra voluntad....

«Abrigamos la seguridad de que unos y otros, pronto se decidirán á decirnos lo que hay acerca de ello; pero mientras llega ese momento, demos á conocer á la humanidad, por todos los medios que estén á nuestro alcance, que existe un misterio á desvanecer; que hay seres que no viven como nosotros, es decir, con un cuerpo material, que aparecen y se materializan ante nuestras miradas, y que creemos llegada la hora de que estos misterios dejen de serlo y de que se le abra paso á la verdad. Gritemos todos: Señores sabios, ¿qué son esos fantasmas? Hablad claro, como sacerdotes que sois de la verdad!»

Para no fatigar más á nuestros lectores, hagamos dos últimas citas de gran valor científico: la primera tomando al-

gunos párrafos del prefacio de Charles Richet escrito en la obra *Les phénomènes psychiques*, de J. Maxwell, edición de París, 1906, y la segunda tomando las principales conclusiones del mismo autor de la obra.

Richet nos dice: «Pero ¿hay un sólo sabio, digno de este nombre, que pueda afirmar que no hay fuerzas hasta hoy desconocidas que circulan en el mundo?

«Cuanto más inatacable es la ciencia cuando establece hechos, tanto más está miserablemente sujeta á error cuando pretende establecer negaciones.

«Hé aquí un dilema que me parece muy demostrativo á este respecto. Una de dos cosas: ó nosotros conocemos todas las fuerzas de la Naturaleza, ó no las conocemos todas. Como la primera alternativa es de tal manera ridícula, verdaderamente no merece ni la pena de ser refutada. Nuestros sentidos son de tal suerte limitados é imperfectos, que el mundo se les escapa casi completamente.....

«Pero cuando se trata de la investigación de la verdad, es preciso ser revolucionario resueltamente y sin reserva, y no considerar las teorías clásicas, aun aquellas que parecen las más sólidas, más que como hipótesis provisionales, que es preciso comprobar sin cesar, y sin cesar ensayar á invertir las.....

«Y después—¿por qué no decirlo muy alto?—toda esta ciencia de la cual estamos tan orgullosos, no es más que el conocimiento de las apariencias. El fondo de las cosas se nos escapa. La naturaleza íntima de las leyes que gobiernan la materia, viviente ó inerte, es inabordable á nuestra inteligencia....

«Nosotros vivimos en medio de fenómenos que se suceden en nuestro derredor, sin que uno solo de ellos sea conocido de manera indudable. Aun aquello que es más simple, todavía es completamente misterioso.....

«Así pues, conviene al verdadero sabio ser muy modesto y muy atrevido á la vez. Muy modesto, porque nuestra ciencia es una insignificancia; y muy atrevido, porque le está abierto el inmenso campo de los mundos desconocidos.....»

Maxwell en sus conclusiones nos dice, hablando de los mediums (pág. 315): «Al contrario, debemos considerarlos como seres preciosos, como las avanzadas del tipo futuro de nuestra raza. ¿No es verdaderamente absurdo ver degenerados por todas partes y no mirar seres en avance sobre nosotros, que parecen ser los exploradores de la ruta que vamos á seguir? El simple buen sentido nos lo indica; no es que la humanidad haya llegado á la perfección; es que actualmente

evoluciona como lo ha hecho en pasado lejano. No todos los hombres están en el mismo grado de evolución. Hay tipos atrasados que representan el estado medio de antes; hay tipos avanzados que hoy representan el estado medio del porvenir. El progreso de la raza parece hacerse en la dirección de una perfectibilidad más grande del sistema nervioso, en la adquisición de sentidos más delicados, de una sensibilidad nerviosa más grande, de medios de información menos limitados. Si el descubrimiento de útiles, de nuevos instrumentos de investigación, como el telescopio y el microscopio, por ejemplo, sirven para los progresos de la raza, no son de ninguna utilidad para la evolución del individuo mismo. Porque el verdadero progreso se hace por el individuo; el perfeccionamiento del individuo es el que asegura la evolución de la raza; por eso los perfeccionamientos deben ser fijados por la herencia..... La sensibilidad del sistema nervioso de los mediums es un progreso sobre nuestra obtusidad relativa....

«La intolerancia de ciertos sabios está arreglada por la de ciertos dogmas. El catolicismo, por ejemplo, considera los fenómenos psíquicos como obra del demonio. ¿Acaso es útil combatir en la actualidad semejante teoría? Yo no lo creo. Desde luego, las autoridades eclesiásticas superiores, con el tacto y el sentimiento de oportunidad que á menudo muestran, permitirán á muchos católicos el estudio experimental de los hechos psíquicos. No me atrevería á recomendar á la masa de los fieles una prudente abstención; el Espiritismo me parece un adversario con el cual tendrán que contar seriamente algún día. La simplicidad de sus doctrinas le asegurará la clientela de las almas poco complicadas y exhaustas de justicia: son la inmensa mayoría.

«Pero esta cuestión es extraña á los mismos hechos psíquicos. Ellos no tienen, según mi experiencia me permite juzgarlos, más que lo natural. El diablo no muestra sus garras, más que para las almas timoratas que de tales garras se asustan; si las mesas proclaman que son Satán en persona, no hay que creerlas; puestas en vía de probar su potencia, ese Satán grandilocuente será un triste taumaturgo. El prejuicio religioso que proscribía esas experiencias como sobrenaturales, es tan poco justificado como el prejuicio científico que no ve en ellas más que fraude y engaño. Aquí, el viejo adagio de Aristóteles encuentra aún su aplicación: La justicia está en una opinión intermediaria.

«Pueda mi libro decidir á algunos experimentadores de buena voluntad á intentar observar á su vez. Pueda contri-

buir á hacer desaparecer en los sujetos las mayores dudas, el temor de ser presa de desarreglos, de enfermedades ó de familiares del diablo. Pueda, sobre todo, contribuir á hacer considerar los fenómenos que he estudiado, como hechos naturales, dignos de ser útilmente observados y capaces de hacernos penetrar más profundamente que otros en el conocimiento de las leyes que rigen la Naturaleza.»

Ya lo veis: ante las ciencias positivas, ante las mismas autoridades evocadas por los espiritistas modernos, se desvanece toda la indumentaria con que se había vestido; más bien dicho, con que han vestido á la doctrina espírita.

Ya veis cómo sabios y experimentadores de renombre, hacen consistir, como la Teosofía y el Ocultismo, la mediumnidad como un desarrollo propio del individuo, y nunca como un «don» concedido *ad libitum* por la divinidad, según afirman los espíritas; ya veis cómo la mayor parte de los fenómenos psíquicos están considerados por las dos escuelas, la positiva experimental y la «oculta,» como completamente independientes de los que pudieran llamarse genuinamente de comunicación con los desencarnados; y sin embargo, el Espiritismo se los atribuye todos como de la misma procedencia y como comprobación de la existencia del espíritu después de la muerte. Ya veis, en fin, cómo pregonando nosotros en nuestros capítulos de estudio el conocimiento de las leyes de la Naturaleza hasta hoy ignoradas y el desarrollo de los poderes psíquicos latentes en el hombre, vamos en perfecto acuerdo con lo que el mismo Maxwell pregona acerca de la evolución de las razas.

De todos los testimonios que hemos citado, haciendo punto omiso de los adeptos á la creencia; de todos los autores y sus conclusiones, no podemos sacar nada, absolutamente nada, que nos pruebe de una manera positiva la existencia del fundamento del Espiritismo. De los poquísimos fenómenos no explicados aún por la ciencia, no podemos deducir la evidencia de una comunicación espírita; de la causa aún no definida de las materializaciones á pesar de su aparente vida y su discernimiento, tampoco podemos afirmar la existencia de un espíritu que llega de ultratumba á platicar con nosotros, supuesto que existen otras muchas hipótesis que se acercan á hechos ya definidos, como son las fuerzas desconocidas de la Naturaleza y los poderes psíquicos latentes en el hombre, ó sean también fuerzas de la misma Naturaleza manifestadas por intermedio del mismo hombre, y por lo tanto susceptibles de ser manejadas conscientemente por él.

Hasta el día en que el Espiritismo pueda presentar ante el mundo toda una prueba evidente de la existencia de un espíritu desencarnado comunicándose con los hombres y materializándose para su identificación absoluta, toda su doctrina tiene que estar asentada en bases tan efímeras como las afirmaciones dogmáticas de todos los que las pregonan sin razonamiento y sin demostración.

Doctrina que se basa en el don misterioso de los mediums y sus comunicaciones, que pueden ó no ser de mistificación ó fraudulentas, tiene suspendida sobre su cabeza, como espada de Damocles, la verdad de la ciencia, el peso abrumador de los hechos comprobados.

¡Hechos definidos y positivos, hermanos espíritas; nada de especulaciones doctrinarias!

¡Comprobaciones, no argumentos!

Las inducciones y deducciones ó simplemente la analogía de que os valéis para vuestro método de estudio, está bien definido que sólo sirve para llevaros á conclusiones que nunca podéis comprobar como verdades absolutas. Os lo hemos demostrado.

Esos tres métodos sólo pueden ponerlos en el terreno de encontrar hipótesis que pueden resistir á la prueba de la investigación y convertirse en axiomas después de una exacta comprobación; pero que también muy fácilmente pueden destruirse al sujetarlas al examen científico positivo.

CAPITULO X.

EL ESPIRITISMO NI PROGRESA NI ES ECLÉCTICO.

En el capítulo anterior hemos visto con toda claridad que los investigadores que se han dedicado al estudio de los fenómenos psíquicos, con toda la honradez del verdadero sabio describen, hasta con minuciosidad de detalles, los fenómenos que han entrado en el campo de sus observaciones; exponen con toda claridad los métodos de que se han valido, tanto para el desarrollo de los mismos fenómenos, como para la com-

probación del hecho, acompañando á sus relatos como las pruebas más evidentes, imposibles de recibir sugestión ó de sufrir alucinación, las fotografías tomadas por varias cámaras á la vez, en un momento dado; y si bien es cierto que en la secuela de esas sesiones de materializaciones tan notables, se ha desperdiciado lamentablemente el tiempo en charlas familiares llenas de trivialidad en vez de procurar inquirir, por mil recursos, ya no la vida de ultratumba, sino los principales medios de comunicación entre los asistentes y la entidad materializada, cierto es también que no puede exigirse que desde un principio se abarquen todas las circunstancias concurrentes á la producción de un fenómeno. El objeto principal en ambos casos, Katie King y Bien Boa, ha sido la identificación positiva de la existencia de seres que surgiendo del mundo ignoto metafísico, se revisten de la vitalidad de un medium, tomándole prestada á la vez gran parte de su materia corpórea para presentarse, ante las atónitas miradas de los círculos reunidos, con toda la apariencia de seres vivos, pues presentan todos los caracteres propios: respiración, circulación, emisión de voz, inteligencia, y hasta todos los órganos internos del cuerpo humano.

Esta identificación objetiva tuvo toda la preferencia, porque es de vital importancia. Cualquiera circunstancia que se hubiera descuidado, habría dado motivo sobrado para que el escepticismo hubiera hecho sembrar la duda, hasta que un nuevo acontecimiento semejante pudiera hacer palpable la evidencia, sin dejar punto obscuro ó dudoso. Pero ya conseguido este objeto, se impone la necesidad de investigar, conocer y definir con toda precisión las leyes que rigen el fenómeno y las circunstancias más propicias para su producción.

Los primeros pasos están dados ya, no sabemos si desgraciada ó afortunadamente, por las ciencias positivas, en vez del Espiritismo, que, á pesar de todas sus frecuentes sesiones en que á diario tiene comunicación con los desencarnados, y á pesar también de la frecuencia con que los periódicos adictos dan la noticia de fenómenos de materialización, no ha llegado, desde su fundación (1847) hasta la fecha, á establecer un dato preciso en que con las mejores probabilidades se provoquen las materializaciones. La razón de ser de este *statu quo* es demasiado desconsoladora. Salvo rarísimas y honrosas excepciones, todos los directores de círculos espíritas, en cuyas manos está el progreso, se conforman pasivamente con sujetarse á las condiciones de ritual generalmente adop-

tadas, y una vez que él ó los fenómenos empiezan á producirse, concentran toda su atención en la causa espírita, sin preocuparse en lo absoluto de investigar si aquel fenómeno es producido por una verdadera entidad espiritual, identificada á conciencia; si es fenómeno de sugestión, auto-sugestión ó telepatía; si son fuerzas acumuladas por los asistentes ó son exteriorizaciones del medium; en una palabra, no hay investigación de ningún género; no hay tendencia á salir del estrecho límite de una creencia adquirida por fe ciega, sin dato alguno positivo, y esto produce los mismos desastres que en los creyentes de las demás religiones, que permanecen estacionarios en su creencia, con el vano temor de derrocar sus ídolos y su fe al razonar siquiera los dogmas impuestos, ya que les está vedado por los cabezas de su Iglesia y por sus directores espirituales, estudiar todo aquello que descubre la verdad y destruye la impostura.

La verdad siempre ha sido ocultada á los ojos de la multitud con el falso ropaje de la fe.

Los pocos espíritas de reconocido valer que abordan la experimentación, han fracasado también, quizá por la misma razón, pues aun cuando se hayan sujetado estrictamente á las mismas condiciones preparatorias que los experimentadores afortunados, basta que en su cerebro exista la preconcepción de que es espírita el fenómeno, para que estén generando fuerzas que no saben aún si son propicias ó adversas á la marcha regular de las manifestaciones.

En todas partes donde se han hecho descubrimientos de la ciencia, tenemos la enseñanza de que, por lo general, se encuentra cosa distinta de la que se busca, porque nadie puede penetrar en dirección determinada al mundo desconocido para obtener resultados señalados de antemano por una hipótesis que no tiene más fundamento que la idea vaga de un sentimiento.

En líneas anteriores hemos dicho que el Espiritismo, desde el año de 1847 á la fecha, ha permanecido estacionario, y aun cuando á primera vista parece una afirmación gratuita ó atrevida, vamos á procurar basarnos en los hechos propios de esa escuela, á fin de poder encontrar la razón de nuestro dicho.

Para lograr nuestro propósito debemos estudiar al Espiritismo según él mismo, descartando en lo absoluto todo aquello que, en lo ostensible, pertenezca á escuelas ó creencias diferentes. Así pues, el hipnotismo y magnetismo y todo cuanto se relaciona con las ciencias psíquicas, los dejamos por el

momento en el lugar que les corresponde, es decir, en el departamento de las ciencias positivas experimentales, por dos motivos: el primero, porque se ocupan del estudio de los fenómenos sensibles producidos por fuerzas aún desconocidas, según los mismos sabios lo dicen, y que en nada se relaciona con el Espiritismo, y segundo, porque no estando aún bien determinadas ni esas fuerzas, ni las leyes que las rigen, no se ha formulado todavía una conclusión, por consiguiente, cualquiera teoría ó hipótesis que descansa en esos estudios, tiene el carácter de aventurada, si no de falsa en totalidad, y no puede, ni en filosofía ni en ciencia, servir de principio fijo, de fundamento racional ó verdadero.

¿Qué queda entonces del Espiritismo? No queda más que la fe en la supervivencia del alma después de la muerte y la posibilidad de seguirse comunicando con los que aún no han desencarnado.

¿Cuál es pues su misión?

Comprobar hasta la evidencia la verdad de sus enseñanzas, si no quiere confundirse con los dogmatismos obscurantistas de todas las religiones.

¿Cumple el Espiritismo con su misión?

Creemos que no, por las razones que vamos á exponer.

Más de sesenta años ha que con inusitada frecuencia é intensidad se produjeron los fenómenos universalmente conocidos, iniciados por la familia Fox; de esa época data en rigor el nacimiento y desarrollo del Espiritismo, pues todas las manifestaciones anteriores de que nos habla la Historia, conocidas desde la más remota antigüedad, no podemos considerarlas como genuinamente espíritas, toda vez que pertenecían al dominio de la Magia, que no es ni puede ser el Espiritismo, según lo hemos demostrado, y porque los fenómenos se conocían en todas las creencias espiritualistas que lamentablemente se han confundido también con frecuencia con el Espiritismo, á pesar de las diferencias trascendentales que existen entre éste y aquéllas. De dicha época, 1847, hasta nuestros días, se ha escrito número considerable de libros y de folletos basados en la moral más pura y con sugestiva filosofía de fácil asimilación, con el objeto, no de probar, sino de vigorizar las prehistóricas creencias de la supervivencia espiritual; en una palabra, de su inmortalidad, aportando la consoladora esperanza de no perder para siempre á los seres queridos que expiran, y destruyendo la horripilante é injusta idea de un castigo terrible y eterno por faltas cometidas en una efímera existencia. De conformidad con la ley de evolu-

ción universal, establece la necesidad de la reencarnación del espíritu, como único medio sabio y sobre todo justo por excelencia, del progreso espiritual, dando de esta suerte la más sublime idea de la Divinidad que en vez de ser un Dios antropomorfo, pasional é injusto, quizá hasta ignorante por las contradicciones en que incurre, se convierte en la misma justicia, sin misericordias ni preferencias, dando á cada espíritu el premio ó el castigo á que se ha hecho merecedor según las obras ejecutadas por su libre albedrío; pero sin pasarse una línea de lo que estrictamente le corresponde. De esta suerte, el hombre se encuentra obligado á trabajar por la conservación de su cuerpo físico y por la elevación de su espíritu; es el único responsable de sus acciones, y el único impulso que por medio de la instrucción y de la virtud lo llevará hasta las regiones espirituales más elevadas que están en contacto directo con el Espíritu Uno, con el Gran Todo.

Natural es, pues, que suprimido el castigo eterno, con todas las horripilantes descripciones de los más inverosímiles tormentos que se encuentran en todas las religiones, había que determinar los lugares donde moraban los espíritus, según sus merecimientos, después de la desencarnación; y en extensas y atrayentes descripciones se establecen los lugares purgatoriales donde el espíritu, por medio del conocimiento exacto de sus faltas cometidas, siente el arrepentimiento natural, adquiere la experiencia propia que le da este conocimiento del mal, y cuando ha cesado de vibrar en su conciencia la última partícula del remordimiento, es decir, cuando se ha agotado el efecto de la mala causa, el espíritu vuelve de nuevo á tomar posesión de otro cuerpo carnal, con el fin de acaparar nuevas experiencias que añade á las conquistadas antes. De esta suerte se explican las diferencias de fortuna, sabiduría y elevación moral que en las demás religiones se aceptan como concesiones arbitrarias de la divinidad; de esta suerte se despierta en el hombre el deseo de progreso; de esta suerte se inculcan, en fin, en la conciencia humana los principios de la ética más elevada, bajo la sola responsabilidad de las propias acciones.

Si de conformidad con las ciencias positivas hemos visto que el Espiritismo queda casi reducido á su más simple expresión, á causa de la carencia absoluta de comprobaciones de sus teorías netamente metafísicas, en cambio merece mucho respeto por los beneficios que ha traído á la humanidad arrancándola una gran parte de conciencias subyugadas hasta la idiotez, por las inverosímiles perspectivas de un castigo y un premio eternos.

Tiene el Espiritismo otro punto noble y grandioso: destruir el pavor que causa á todos los mortales el instante en que se cruza el umbral del más allá. El enseña con demasiada sabiduría que la muerte no es más que un incidente propio de la vida del hombre; que éste no cesa por el simple hecho de abandonar una envoltura que pasajeraamente había tomado para adquirir experiencia, de la misma manera que un hombre no deja de ser el mismo cuando abandona el traje que se puso para acudir á una visita ó arreglar algún negocio de importancia. La inmortalidad del alma se asimila con más facilidad en el Espiritismo, que en las otras religiones, porque basándose en todos esos fenómenos misteriosos, de que tantas veces nos hemos ocupado, aduce la prueba terminante, no sólo de su supervivencia, sino de la posibilidad y facilidad que tiene el que vive en ultratumba, de continuar comunicándose con sus deudos y amigos.

Destruído el horror que causa la muerte, esbozada la consoladora esperanza de una vida consciente en el más allá, y puestos de manifiesto ciertos hechos que tienden á probar el lazo de unión que existe entre los dos mundos, el material y el espiritual, no se necesitan mayores razonamientos para sentirse atraído por el Espiritismo. Aquello satisface más á nuestros ideales; aquello da mayores esperanzas para el porvenir; aquello aparta de los horrores de una injusticia divina, y verdadero ó utópico, la humanidad se inclina á ello, porque ello es menos cruel, más consolador. El razonamiento no se ejercita en la nueva creencia, porque ya está atado de antemano por las antiguas religiones, por los anteriores dogmas. Se cree, con la misma fe que antes; no se razona, no se inquiere, no se procura identificar lo que se asevera ser una comprobación. Anteriormente se le decía al creyente: esa estatua es la imagen de la «Madre de Dios,» y contrito se arrodillaba ante ella y le rendía el culto que sabía; hoy se le dice: «es un espíritu el que se comunica por medio de estos fenómenos,» y con la misma fe que antes, da las gracias al hermano presente, y le rinde el homenaje debido por el favor que le concedió al venir á comunicarse con él. Pero ni en el primero ni el segundo caso se atreve á esgrimir el escalpelo de la razón para descubrir lo que hay debajo de esa apariencia, por el temor de perder esa fe que, aunque bien pudiera engañarle, le satisface, y esa satisfacción particular es el mejor argumento que encuentra para aceptarla sin razonar.

Pues bien; todo este grandioso templo subjetivo que fácilmente lleva hasta el fanatismo á los espíritus ingenuos,

se estremece y amenaza ruina cuando es llegado el momento de la comprobación, porque pretender demostrar la verdadera causa subjetiva por medio de la impresión fenomenal, es exponerse sencillamente á penetrar en el terreno de las hipótesis; es tanto como caminar sobre la superficie congelada de un lago, cuya resistencia no nos es evidente, y nos aventuramos con la esperanza de que no se rompa el hielo bajo el peso de nuestro cuerpo y podamos llegar á la orilla opuesta sin contratiempo alguno. Por esta misma razón el Espiritismo se ha visto en la imprescindible necesidad de apropiarse todos los fenómenos psíquicos desde el punto que se inician, como apoyando ó comprobando sus principios fundamentales. Dada la causa totalmente ignorada en la iniciación de esos acontecimientos misteriosos que escapan á las leyes conocidas, surge como primera idea entre los espiritualistas, y más especialmente entre los espiritistas, la de un sér invisible é inteligente que se manifiesta; idea que por similitud acepta con facilidad la conciencia acostumbrada á conocer seres impalpables de otras categorías más elevadas encargados de dirigir la mayor parte de los destinos del universo.

Así como vimos que las creencias paganas, por adaptaciones de conveniencia, se convirtieron en creencias cristianas; de la misma suerte con poco esfuerzo el hombre que ha poseído una religión cualquiera, encuentra bastante similitud entre los demonios y seres malignos y los espíritus perversos, que apenas comienzan su evolución y por lo mismo están henchidos de todas las pasiones más viles y son capaces de cometer los crímenes más horrendos; entre las almas condenadas á los lugares propios para compurgar penas pasadas, y las diferentes categorías de espíritus sufrientes llenos de remordimientos por sus violaciones á la ley de fraternidad y amor, y la no satisfacción de sus ambiciones egoístas; entre los ángeles guardianes y los espíritus protectores; entre los santos bienaventurados y los espíritus elevados que por medio de sus repetidas reencarnaciones han alcanzado grado envidiable de progreso; entre las jerarquías de ángeles, arcángeles, serafines, y esa multitud de espíritus encargados del cumplimiento de las leyes divinas y universales, y así sucesivamente hasta abarcar con la doctrina espírita todas las creencias referentes á la génesis del Universo hasta su manifestación fenomenal, y de ésta hasta lograr el perfeccionamiento espiritual.

No cabe duda que por muy profundos que se pretenda hacer los estudios sobre esta nueva creencia, llega el instan-

te en que la mente se ve precisada á detenerse ante la barrera designada ya, la comprobación de las teorías. Ya hemos visto que el Espiritismo rechaza terminantemente los ejercicios orientales para el desarrollo personal é individual, único medio de llegar á la comprobación con mayores seguridades; y se conforma hoy, lo mismo que se conformó desde un principio, con aceptar los auténticos ó ficticios relatos que le hacen sus mediums á título de comunicaciones espíritas; mediums que por lo general no tienen más educación ó desarrollo que la frecuencia con que se les sujeta á la influencia hipnótica, para esperar la aparición de los primeros indicios de la mediumnidad, auditiva, vidente, sensorial, escribiente, intuitiva etc., y hacerla practicar á fin de que más tarde se ejerza con mayor facilidad: pero no se ha hecho más que una clasificación de mediumnidades, nunca un estudio filosófico de las mejores condiciones en que puedan desarrollarse aquellas, porque como según la doctrina, es un «don,» no un estado natural del hombre, y los espíritus son los encargados de su desarrollo y vigilancia, los directores de círculo y operantes se conforman con esperar pacientemente á que se manifiesten los resultados del trabajo espiritual.

En cambio, las ciencias positivas cuyo afán de investigación es incesante, han tomado á su cargo el estudio de los fenómenos, y después de una infinidad de tanteos, aceptando ésto hoy para desecharlo mañana, ya forjando sesiones similares á las del Espiritismo, ya valiéndose de su método experimental, han logrado llegar al conocimiento de las diferentes clases de sensibilidad á que pueden llegar los sentidos corporales, y por consiguiente han clasificado, no los mediums, pero sí los sujetos capaces de percibir sensaciones supranormales, deslindando con toda imparcialidad los casos auténticos de los dudosos y fraudulentos.

Con la mirada anhelante, el Espiritismo ha seguido ansioso esos estudios, por medio de la prensa más particularmente; en casos determinados y escasos por la práctica, y cuando un hecho notable ha sido demostrado ó se lanza una hipótesis con las mejores probabilidades de certeza, el Espiritismo la acoge con calor, la pregona por el orbe entero como una prueba más de la verdad que posee, y después de algún tiempo de estarla considerando como suya, llega al fin á creer en su propiedad.

Juzgamos con verdadera imparcialidad al Espiritismo: mientras por medio de la materia pretenda estudiar y comprobar al espíritu, estará estacionario, como ha permanecido

hace sesenta y tres años; el progreso de que alardea no es debido más que al influjo de la psicología, que insensiblemente va penetrando al mundo subjetivo donde, en día no muy lejano, conocerá esas leyes que en vano se esfuerza por encontrar en la materia.

Evidentemente que no es á las ciencias experimentales positivas á las que corresponde demostrar y comprobar la supervivencia del espíritu con tanta precisión como al Espiritismo que pregona que esa es su misión. Hasta la presente, se ha ocupado de ello quizás, pero no ha llegado aún á esa demostración, y cuando nos habla de estudios, de experiencias, etc., es refiriéndose á las que llevan á cabo otras agrupaciones ajenas á la causa espírita, pero no á los resultados obtenidos por los espiritistas, que han sido una serie no interrumpida de fracasos.

En vano se han preguntado la causa de esto, y la han buscado en todas partes, menos en donde está con toda evidencia. Siempre han pretendido inquirir los fenómenos y sus causas en el campo de observación del criterio espírita, y esta es la causa principal de sus fracasos, porque desde un principio pretenden encauzar en dirección determinada leyes que les son aún desconocidas, probando con esto que, aun cuando sean investigadores vehementes, son investigadores parciales, porque todo lo ven bajo un color determinado. El que anhela encontrar la verdad, donde quiera que se encuentre, debe penetrar al campo de las observaciones desprovisto de toda preconcepción ó prejuicio, haciendo absoluta abstracción de sus convicciones y hasta de sus propios conocimientos, y como si fuera un escéptico y un ignorante debe observar los fenómenos con todo el detenimiento que exige un hecho totalmente desconocido, aun cuando este hecho sea á su juicio el más trivial y conocido; hacer un estudio perfectamente filosófico de las causas que pudieran originarlo, para aceptar ó desechar por medio de la comprobación científica las diferentes hipótesis que dicho estudio haya motivado. Cuando al cabo de innúmeras observaciones, de tenaces y difíciles comprobaciones se llegue á evidenciar la causa generadora de cada hecho, tendrá definidos y separados con verdad y justicia en el lugar que estrictamente le corresponde, cada caso, cada fenómeno, con especificación consciente de la ó de las fuerzas y leyes que los determinan. Pero de la misma manera que debe aceptar todas las hipótesis que se susciten en el estudio para desechar las inútiles y absurdas y aceptar la que resulte plenamente comprobada, así también tiene el deber

imprescindible de sujetar á estudio y comprobación todos los métodos conocidos para el propio fin, á efecto de que pueda seleccionar los que mejores resultados den, aun cuando sean los más difíciles. De otra manera, no se puede ser ecléctico; de otra manera no se puede comprobar más que lo que ya está comprobado, porque se sigue exactamente el mismo camino recorrido por otros y sólo se hace lo que la vida diaria nos enseña con las vías férreas; verbi gracia: todos los trenes que, saliendo de una estación, recorren la misma vía, llegan á la misma estación terminal, si no han descarrilado en el trayecto.

Si el Espiritismo, ó mejor dicho, los espiritistas, no se arrancan los anteojos de su fe que dan colorido determinado á los fenómenos que pretenden observar; si no aceptan cuantos medios de investigación y comprobación existan, jamás podrán aseverar con honradez que son eclécticos. Porque el eclecticismo no excluye, muy por el contrario, acepta todo cuanto es conocido, y los espiritistas, apartándose de los métodos orientales de desarrollo personal é individual, sólo por el hecho de prejuizarlos absurdos, dejan de ser eclécticos y se convierten en sectarios. El hombre que se titula ecléctico, acepta todo, aun lo más absurdo en apariencia, para sujetarlo á la comprobación, y una vez hecha la selección filosófico-científica, da las razones en que se apoya para creer ó negar; pero nunca acepta ó desecha *a priori* las causas con el único fundamento de que su propio criterio lo rechaza. Desgraciadamente la Historia tiene escritos muchos nombres con la sangre de las víctimas inmoladas por prejuicios de partido, tales como Galileo, Giordano Bruno, etc., cuyos prejuicios de partido no son otra cosa que la traducción literal de los dogmas propios de ese partido fanatizado.

¿Qué camino siguen, quizá inconscientemente, nuestros hermanos los espíritas, si no es el mismo de los prejuicios de partido? Atacan con vigor al que niega sus afirmaciones, hacen propaganda decidida de sus doctrinas aprovechando todas las oportunidades que encuentran para enaltecer las suyas y denigrar las ajenas por medio de conclusiones terminantes, dogmáticas en lo absoluto, supuesto que ni las razonan ni las demuestran; se llaman los únicos poseedores de la Verdad, y todo el templo de su fe descansa en los dictados de los mediums cuya idoneidad jamás han patentizado, ni menos han identificado la procedencia de esos dictados, suponiéndolos exclusivamente de origen espírita; se llaman eclécticos y empiezan por desechar quizá los principales métodos de

comprobación por el solo hecho de ser orientales; pregonan como utopia una multitud de estudios que encierran los fundamentos de los conocimientos humanos, por el solo hecho de llamarse ciencias ocultas, y piensan que esta designación es un principio egoista que debe desecharse; pretenden probar que la doctrina espírita es la fuente universal de los conocimientos y creencias esparcidas en la tierra, y niegan las tendencias espiritualistas de las escuelas de donde han tomado sus fundamentos. En todo el tiempo transcurrido de la fundación del Espiritismo, es decir, desde el año de 1847 hasta hace dos ó tres años, esta escuela se había limitado á abordar con toda humildad los estudios estrictamente psíquicos, procurando descifrarlos conforme á sus teorías, sin alardear de poseer extensos conocimientos; y cuando comenzaron á conocerse en público las tendencias de la Sociedad Teosófica, por medio de sus folletos, en que ponía de manifiesto sus propósitos, ampliando los tres capítulos que ya conocéis desde el principio de esta obra, el Espiritismo reaccionó también, y parodiando las palabras teosóficas, la conferencia del Sr. Morán tiene párrafos como los siguientes: «Nuestro positivismo es el verdaderamente científico porque todo lo abarca, todo lo observa, todo investiga y nada desprecia, nada niega ni prejuzga, por maravilloso que parezca. Empero, cuanto analiza, cuanto acepta y proclama como verdad, siempre es justificado con la realidad de hechos comprobados. (Hemos visto lo contrario de todo esto.) Hé aquí nuestro método. El podrá valerse, según los casos, de la inducción, de la deducción, de la experimentación ó simplemente de la analogía. ¡Poco importa! Lo que sí importa siempre para una conclusión es que pueda comprobarse la verdad de ella.»

«Si de la India pasamos á la Persia, en lo poco que hoy puede traducirse de sus *Nascas*, libros atribuidos á Zoroastro, veremos también consignada la antigüedad del Espiritismo y el desarrollo religioso y social de aquel pueblo, íntimamente ligado á los fenómenos que se producían por sus *mediums*, ó sea inspirados y oráculos....» y continua citando la historia de las religiones con relación á los puntos donde puede encontrar huellas del Espiritismo.

Oíd ahora lo que Wallter Old, dice en su obrita «Lo que es la Teosofía,» edición de Madrid de 1892, pág. 3: «La Teosofía, como sistema sintético religioso, filosófico y científico, no se encuentra plenamente encarnada en ninguna de las grandes religiones del mundo, ni en ninguna escuela filosófica, ya sea antigua ó moderna, así como tampoco en ningún dominio es-

pecial de la ciencia. Abarca todo lo que hay de verdad en cualquiera dirección del pensamiento y de la investigación humanas, y es, por tanto, tan ecléctica como sintética..... La Teosofía se encuentra aquí y allí esparcida en las antiguas literaturas Arias; restos de ella se ven en la religión de Zoroastro y en otras religiones y filosofías de la antigüedad; hay también algunos fragmentos en lo que nos queda de los sistemas hebreo y caldeo, y más aún en la filosofía pan-teísta griega.....»

Y continúa haciendo citas históricas que recomendamos al lector se tome el trabajo de comparar con las de la conferencia antes citada, á fin de que se convenza de la verdad de nuestro dicho.

CAPITULO XI.

CONCLUSIÓN.

Después de haber hecho una exposición imperfecta, tal vez, pero la más clara que hemos podido, de los conocimientos que nos hemos podido asimilar para formarnos un criterio meramente particular, el cual sirve de base á las razones que tenemos para diferir en algunos puntos de la doctrina espírita y para no aceptar algunas de sus prácticas, nos encontramos ya en el caso de sellar nuestros labios para no volverlos á desplegar ni en el terreno de la publicidad, ni en el de la discusión escolástica, porque con toda franqueza hemos confesado que, no siendo teósofos, sino simples estudiantes de Teosofía, no nos encontramos con la instrucción necesaria para acometer ninguna de esas dos empresas, reservadas sólo para aquellos que poseen vasta erudición, fácil y elocuente palabra, filosofía y lógica estrictas y el valor suficiente para enfrentarse con un público heterogéneo, que si bien es cierto que no todo puede estar á la altura del autor ó del orador, en cambio hay una multitud de verdaderas entidades docentes que están muy por encima de todos, y sus opiniones, más valiosas que las de la mayoría, deben pesar en la conciencia del conjunto. Mas si nunca hemos tenido la creencia de poseer estas cualidades, ni tampoco hemos soñado ni pretendido ilustrar á nadie con nuestros conocimientos demasiado escasos, tenemos que ha-

cer constar, por esta única vez, que si nos hemos atrevido á lanzar á la publicidad obra tan imperfecta como ésta, en la cual nadie hallará ni literatura ni enseñanzas, ha sido con el exclusivo objeto de que el público conozca, someramente aunque sea, cuáles son los motivos principales que nos hacen creer como creemos, y cuáles las razones para callar, como habíamos callado, á pesar de que en las conferencias dadas por la Junta Central Permanentē se nos ha llamado de continuo á la tribuna para discutir opiniones; es decir, se ha pretendido hacer con nosotros lo que vemos á todas horas en la vida práctica: á un joven estudiante, incipiente en la ciencia Médica que cursa, llamándole Doctor los vecinos, solicitan de él asistencia facultativa, y aun consultan su opinión acerca de las prescripciones de los profesionales titulados.

Nosotros no hemos cesado de afirmar, cada vez que ha sido preciso, que somos simples estudiantes de Teosofía, y sin embargo se nos considera como teósofos y se nos reta á discutir principios. Como estudiantes no estamos aún en aptitud de sostener una polémica en la tribuna pública que se nos brinda; pero ni aun en el caso de que fuéramos ya verdaderos teósofos, maestros, como si dijéramos, habríamos de aceptar el reto, porque las convicciones propias, según nuestro modo particular de apreciación, se externan con verdad para quien las pide ó desea escucharlas, pero jamás se discuten. Esta discusión en materia de convicciones la consideramos absurda, porque jamás debemos exigir en ningún hombre que asimile razones y acepte lo mismo que nosotros. Cada uno tiene su criterio, su conciencia y su intelecto particular; á ellos debe exclusivamente el provecho que obtiene de su trabajo; y aun cuando su labor se base, en parte, en los conocimientos adquiridos ya por entidades reconocidas como de valía intelectual, ¡cuántas ocasiones se desecha de la conciencia algún punto que ó no se alcanza á comprender, ó que no va de acuerdo con nuestras convicciones particulares!

Si haciendo uso de ese sagrado derecho que todo hombre tiene, de la libre emisión de pensamiento, sin ofender á nadie, sin lastimarlo en lo más mínimo, hemos externado particularmente nuestras creencias, y éstas han dado motivo para que se nos califique despectivamente, decidme, queridos lectores, ¿qué pueden influir en nuestras convicciones esos calificativos? ¿Creeis que porque se nos llama de tantas maneras como se nos ha llamado por nuestros hermanos espíritas, vamos á cambiar de ruta adhiriéndonos á sus doctrinas, cuando haciendo sonar en sus labios la palabra «Amor,» único medio de

llegar á la divinidad, y tantos preceptos hermosos y subjetivos de ética, nos juzgan sin benevolencia, nos denigran y jamás perdonan una falta que creen se les ha cometido? Creéis acaso que por el temor de que alguien muestre enojo porque no creamos lo mismo que él, vamos á arrancarnos de nuestro *yo* inmortal el caudal que hayamos podido aquilatar por nuestro propio esfuerzo, para trocarlo en un momento dado por capital ajeno? ¡Oh, nunca, nunca! Nuestras creencias actuales las cambiaremos con todo beneplácito, cuando encontremos una ciencia que con mayor verdad, si es que la verdad puede tener gradación, nos ponga, por medio de sus irrefutables comprobaciones, en conocimiento de la verdad absoluta.

Mientras es llegado ese día, habremos de decir con toda sinceridad que nuestras creencias son particulares, de cada uno de nosotros; que nuestro propio criterio es hijo de nuestra poca ilustración, y que basándonos en nuestras creencias, en nuestro criterio y nuestra ilustración, negamos que el Espiritismo sea igual ó superior al Ocultismo y á la Teosofía, con los cuales ni puede confundirse, ni tampoco compararse, por la limitación de comprobaciones de que aquél puede disponer, en tanto que éstos tienen comprobadas y justificadas todas sus teorías, no sólo por sus métodos particulares, sino por las mismas ciencias positivas. Que en la parte filosófica y ética consideramos al Espiritismo muy superior á las filosofías y éticas que enseñan las religiones, aun cuando en el primer punto adolezca de algunos fundamentos débiles que no satisfacen plenamente al espíritu humano, como la mayor parte de sus enseñanzas. Que por la atrayente manera de presentar sus teorías, basadas todas en el misterioso dictado de los espíritus por conducto de sus mediums, quien ha poseído creencias religiosas y tiene carácter impresionable y soñador lo acepta con buena voluntad y pronto se afirma en una fe absoluta, tan ciega como la fe de las mismas religiones, que con facilidad lo conduce á la obcecación, al fanatismo. Que en su esencia íntima, consideramos al Espiritismo como el Puente de Oro para pasar á la Teosofía, en virtud de ser la escuela que con sus teorías despierta en la humanidad el ahinco de la investigación metafísica, de preferencia á las psíquicas, aun cuando falsamente se apoye en éstas para pretender demostrar científicamente la supervivencia del espíritu y su fácil comunicación con los encarnados. Que la Teosofía no niega en lo absoluto la realidad de los fenómenos espíritas; pero que conociendo y habiendo comprobado las causas que los producen, niega que la mayor parte de esos fenó-

menos sean producidos por espíritus de los que vivieron en la tierra; que aceptando como evidentes las poquísimas comunicaciones espíritas que existen, reprueba su práctica diaria y las considera como inmorales á causa del perjuicio que se sigue á todas esas entidades evocadas al atraerlas constantemente hacia el mundo material, y cuya misión ya terminó, retardando el cumplimiento del camino evolutivo que les corresponde proseguir hacia el metafísico, en donde tienen que morir de nuevo á su vez para penetrar al mundo espiritual. Afirmamos asimismo que el día que el Espiritismo haga una clasificación verdadera de los fenómenos psíquicos y de las manifestaciones espíritas, quedará casi reducido á la nada su campo de acción, porque desde 1847 hasta hoy no ha hecho una sola demostración de lo que como tarea obligatoria se ha impuesto: demostrar la supervivencia del espíritu. Que mientras pretenda ver los fenómenos psíquicos, propios de las ciencias positivas, á través del cristal colorido por el dogmatismo espírita, jamás llegará á cimentar filosóficamente sus teorías, ni alcanzará el fin que se propone; así como creemos también que si se convierte en escuela espiritualista, con la cual se confunde hoy con muchísima frecuencia, será un verdadero centro científico que podrá obtener ventajosos resultados. Que no aceptamos ni aceptaremos jamás su atrevida afirmación de ser los únicos poseedores de la Verdad una, porque todos sus actos demuestran con toda claridad que están muy lejos de alcanzar ese envidiable grado de desarrollo y elevación espiritual que se necesita para tal conocimiento; que asimismo tenemos el íntimo convencimiento de que ni los grandes Maestros, considerados como verdaderos iluminados de la Divinidad, están en completa posesión de la Verdad, que todos han buscado con indecible afán, pero cuán pocos la han alcanzado.

Hacemos fervientes votos para que nuestros hermanos los espíritas pronto lleguen á esa altura espiritual que tanto ambicionan; pero el día que posean la absoluta verdad, no se ocuparán de dar conferencias públicas para retar á este obscuro é insignificante grupo de estudiantes. Entonces cada palabra que brote de sus labios irá envuelta en el amor divino que mantiene el equilibrio del Universo, y lejos de preocuparse por las discusiones de principios y fundamentos de secta ó escuela, darán enseñanzas valiosísimas, indiscutibles, porque la verdad se comprueba con toda la sencillez que le es característica, y se impone á las conciencias en general. Poseyendo esa verdad, sería el eje al derredor del cual gira-

rían las ciencias, las filosofías, las religiones, que al fin fundiéndose paulatinamente en el Espiritismo, éste sería también el único principio, como única es la Verdad. Pero.... ¡cuán lejos están aún de alcanzar ese éxito! Sus mismas pretensiones puestas de manifiesto con tono tan afirmativo, nos dan el valor real de su grado de elevación moral, la tara de los dogmas que posee y niega con energía.

Que jamás podemos considerarlo como formando parte de las ciencias positivas porque su campo de acción es netamente metafísico; y en el caso en que pudiéramos aceptar que tiene algunos puntos de contacto con la Magia, sus prácticas son empíricas del todo, las cuales lo llevan irremisiblemente á la Goetia, apartándolo de la Teurgia, formando una secta separada, con todos los peligros propios de las fuerzas que inconscientemente se ponen en juego y con todas las ciegas aspiraciones del investigador.

Que tampoco podemos creer que el Espiritismo sea ecléctico, desde el momento en que empieza por enaltecer los métodos que ha creído buenos para comprobar sus afirmaciones, y sin conocimiento de causa desecha los que llevan ó dicen llevar á un fin más cierto y por más corto camino, tan sólo porque pertenecen á una escuela que no profesa absolutamente sus mismas creencias, y cierra las puertas de su investigación á aquellos conocimientos legados de la antigüedad que encierran fragmentos importantísimos de la verdad que busca, sólo porque están expresados en sentido parabólico ó por medio de símbolos, ó usa palabras de idioma que desconoce. ¿Cómo se han conocido los usos y costumbres de los pueblos antiguos, su historia, su literatura y todo cuanto sabemos de ellos hoy, si no ha sido descifrando los jeroglíficos, resolviendo enigmas, entresacando, en una palabra, la verdad de entre aquel hacinamiento de formas incomprensibles en un principio, para ser después perfectamente legibles, al rehacerse el idioma?

Que aun cuando pretenda convertirse en ecléctico el Espiritismo, no puede hacerlo, porque se aniquilaría á sí mismo por medio de la psicología experimental, cuyos fenómenos dejarán de ser misteriosos cuando puestos al alcance de todas las clases sociales los métodos de comprobación, arranquen la venda de la fe en los espíritus productores de ellos y coloquen en su lugar las leyes de la Naturaleza y los poderes del hombre.

Que aun cuando se nos llame dogmáticos y fanatizados en nuestra religión, no debemos preocuparnos en lo más ni-

nimo, porque no conocemos ni dogmas ni religión oficiales en la Sociedad Teosófica, desde el momento en que jamás preguntamos á nadie cuáles son sus creencias ni las discutimos, dejando en lo absoluto que cada uno crea lo que mejor le convenga. Esta también es una de las principales razones que tenemos para no abordar la discusión á que se nos ha llamado continuamente por los espíritas. Sabemos los puntos de divergencia que existen entre ellos y nosotros, y sólo lamentamos que no crean como nosotros, pero no los retaremos jamás, porque no tenemos la pretensión de enseñarles.

El único medio de que nos pudieran convencer, sería con la demostración física de la presencia de un espíritu, perfectamente identificado, para no confundirlo con entidades de otro género distinto, fácilmente aceptadas como espíritus.

Nosotros, que en nuestros raquícos estudios hemos obtenido algunas comprobaciones satisfactorias de lo que se nos decía era comprobable, hemos adquirido la convicción íntima de esa verdad que expresamos con tanta firmeza; por cuya razón las negaciones sin demostración experimental que se hagan á nuestros principios, debemos considerarlas, como en efecto las consideramos, sin influencia alguna para nuestra conciencia. Una negación puede hacerla con la misma firmeza desde el sabio más esclarecido hasta el ignorante más consumado, pero no todos pueden comprobar su negación; no todos la pueden razonar; en términos más claros, no todos pueden poner de manifiesto el porqué de esa misma negativa.

La razón de tratarnos como nos han tratado los espíritas es la que deseamos conocer, como también anhelamos las pruebas terminantes de su ilustración tan vasta, para que el público conozca de una manera clara que nosotros, siendo tan ignorantes, hemos cometido una verdadera falta, negando algunos de los puntos fundamentales de su credo. Esperamos asimismo que con verdaderos hechos se nos pruebe: 1º, que somos dogmáticos; 2º, que seguimos una religión obscurantista que nos ha llevado hasta el fanatismo; 3º, que seguimos un camino equivocado pretendiendo inmiscuirnos en la política; 4º, que ellos, los espiritistas, conocen con profundidad la Teosofía para poder decir que esta doctrina no ha pasado por nosotros, es decir, que nosotros no la hemos entendido; 5º, que la Teosofía no es ecléctica; 6º, que el Espiritismo es ecléctico, y por consiguiente, abarca todos los ramos del saber humano; 7º, que es el único poseedor de la Verdad y por consiguiente, no tiene un solo punto dudoso, porque comprue-

ba hasta la evidencia todas sus afirmaciones; 8º, que sus afiliados han comprendido su elevada misión y sólo practican con todos sus semejantes, el Amor, que es la única virtud para llegar á Dios; 9º, que las prácticas de magnetización, hipnotización y evocación no perjudican jamás á ningún sér, ya sea viviente ó desencarnado, y que por consecuencia esas prácticas son humanitarias, benéficas y morales; 10º, que la moral elevada que en su literatura se encuentra, la practican ellos con lealtad y completo desinterés; 11º, que todas las manifestaciones que obtienen son producidas por los espíritus; 12º, que no padecen ni mistificaciones, ni alucinaciones en la apreciación de sus fenómenos; 13º, que no imponen sus creencias; 14º, que son tolerantes con las ajenas; 15º, que los fundamentos en que descansan sus creencias no son de pura fe, sino de realidades comprobadas; 16º, que no son religiosos, ni tienen puntos de contacto con ninguna religión; 17º, que el Espiritismo es una ciencia experimental positiva; 18º, que no tiene nada de misterioso; 19º, que nada ha tomado de las ciencias psíquicas; 20º, que no se confunde con el espiritualismo de las demás escuelas; 21º, que es el origen del Ocultismo, de la Magia, de la Teosofía; en una palabra, de todas las ciencias, de todas las filosofías y de todas las religiones.

Cuando se haya llegado el feliz día en que todas estas pocas demandas que hacemos, para no fatigar demasiado, queden contestadas con la irrefutable verdad de los hechos, una por una las iremos aceptando, y con la misma energía con que hoy las negamos, entonces las pregonaremos y defenderemos con calor, seremos espíritas. Siendo la verdad absoluta, serán para nosotros fragmentos valiosísimos con los cuales aumentaremos el poco capital que llevamos conquistado; pero no entremos en el terreno de las especulaciones, literarias, que influyen en el ánimo del auditorio más bien por la forma bella con que se les ofrece, que por el fondo filosófico que encierra el discurso.

Conocemos más de un orador que, siempre que ocupa la tribuna, escucha nutridos aplausos antes de pronunciar una sola palabra, porque está reconocido ya por hombre de ingenio, de fácil y elegante dicción; productor de figuras bellísimas y oportunas comparaciones y que puede mantener una hora ó más la atención del público, con citas precisas debidas á su envidiable memoria y con la facilidad con que esgrime el lenguaje; pero al final de todo este bello edificio no encontramos casi nada de filosofía, casi nada de verdad. Todo ha sido paja!

Nosotros no buscamos alardes de imaginación ni juegos de literatura; buscamos ciencia, enseñanzas, verdad, que nos arranque la negra venda de la ignorancia que tenemos afe-rrada en la mente, y luchamos decididos por lograrlo; quere-mos comprobaciones que sean irrefutables, no afirmaciones dogmáticas ó vanas. Pedimos *luz, mucha luz*, luz divina que alumbre nuestros espíritus, no las descripciones teóricas de la Naturaleza, hechas por un ciego, quizá más ciego que nos-otros.

Ya lo sabéis, hermanos espíritas: si al calor de vuestro entusiasmo pretendéis discutir con nosotros vuestras creen-cias ó las nuestras, nosotros no lo hacemos ni con unas ni con otras; pero el día que deseeis explorar en unión nuestra el campo de la investigación científica é imparcial y con entera libertad ejerza cada uno el derecho de comprobación que esti-me conveniente, para sacar una deducción leal y verdadera, sin prejuizar como buenos ó malos los métodos ajenos; cuan-do con verdadera filosofía y eclecticismo nos honréis con vuestro concurso para el estudio, nos hallaréis dispuestos á acompañaros con todo entusiasmo y buena fe; pero nunca cuando por tal ó cual divergencia de ideas os apartéis de ese camino para entrar en el de la imposición de ideas, la into-lerancia y el denuesto.

F. OROZCO Y BERRA.

México, Mayo de 1909.

Documentos

á que se hace alusión en el curso de esta obra.

Núm. 1.

Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita.—México, 4 de Diciembre de 1906.
—Sr. Presidente de la Sociedad Teosófica.—Ciudad.

Esta Junta Central se honra invitando á todos los hh. en creencias que forman esa Sociedad á la velada que en honor de los hermanos há poco desencarnados, Sres. Senillosa y Monteagudo, se efectuará el día 10 del actual en el salón «Academia Metropolitana de Baile,» situado en el Jardín Santos Degollado (antes Tarasquillo), á las ocho en punto p. m. del citado día.

Ruego á Ud., á nombre de esta Junta, se sirva exhortar á todos los hermanos á fin de que concurren con toda puntualidad á dicha velada para dar la mayor importancia á tan solemne acto.

Próximamente tendré el gusto de remitir á usted las invitaciones, cuyo número ruego indique.

Si los recursos de ese Círculo se lo permiten, estimaría á usted se sirviese enviar en la mañana del día diez y al local indicado las coronas ó flores que tuviese por conveniente.

Hacia Dios por el Amor y la Ciencia.—El 1^{er}. Secretario, *Antonio B. y Castro*.

Núm. 2.

Un sello simbólico que dice: «No hay Religión más elevada que la Verdad.»—Sociedad Teosófica.—Rama «Aura.»—Secretaría.

Se recibió en esta Rama «AURA» la atenta comunicación de esa H. Junta Central Permanente del

Primer Congreso Nacional Espírita, honrándonos con la invitación para asistir á la velada que celebró el día 10 del corriente, con motivo de la desencarnación de los HH. Senillosa y Monteagudo. Igualmente se recibieron veinte invitaciones-programas para el acto, las cuales fueron repartidas entre todos los miembros de esta Rama, suplicándoles la puntual asistencia, en lo particular, pues tanto por los Estatutos de la Sociedad Teosófica, como por el acuerdo tomado en la Junta celebrada el viernes 7 de este mes, la Rama «AURA» no puede asistir con el carácter de oficial á ningún acto que revista carácter político ó dogmático.

Al participar á Ud. el resultado, me es grato manifestarle nuestro agradecimiento por la honra con que nos distinguió, suplicándole al mismo tiempo, se sirva hacer presente á todos los miembros de esa H. Junta los votos de nuestro fraternal afecto.

PAZ Y AMOR. México, Diciembre 13 de 1906.—El Secretario. *F. Orozco*.—Al H. Secretario de la Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita.—Presente.

Núm 3.

Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita.—Secretaría.

Esta Junta, en sesión ordinaria del domingo 23 del actual, enterada de la muy atenta contestación que esa H. Sociedad se sirvió dar á la invitación que le fué dirigida para asistir á la velada en honor de los recién desencarnados hermanos Sres. Senillosa y Monteagudo, dispuso se diesen cordialmente las gracias á esa H. Sociedad, por haber recomendado á sus miembros que asistieran en lo particular y puntualmente á dicha velada.

Acordó igualmente esta Junta, por unanimidad de votos de los presentes en la sesión, protestar formalmente contra cualquiera de los dos caracteres, «político» ó «dogmático.» que esa H. Sociedad haya creído ver en el acto solemne de que se trataba, estimando tal carácter como fundamento para no asistir la Rama «AURA» oficialmente, conforme á sus Estatutos y acuerdos, á la repetida velada; pues ni ésta tenía carácter político ni dogmático, ni uno ni otro asume tampoco el Espiritismo.

Al honrarme comunicándolo á esa H. Sociedad, en cumplimiento de superior acuerdo, me es grato hacer presente á la misma, en nombre de esta Junta, las seguridades de nuestra consideración y fraternales sentimientos.

Hacia Dios por el Bien y la Ciencia.—México, Diciembre 26 de 1906.—El 1^{er}. Secretario, *Antonio B. y Castro*.—Sr. Secretario de la Sociedad Teosófica, Rama «AURA.»—Presente.

Núm. 4.

Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita.—Secretaría.

Aun cuando esta Junta creyó de su deber dejar terminado el incidente cuyo origen fué la invitación dirigida á esa Rama de la Sociedad Teosófica, para la velada en honor de Senillosa y Monteagudo, protestando, como lo hizo, contra los términos «dogmático» y «político» que en la comunicación de usted se usaban á propósito de dicha velada, hoy tengo la honra de manifestar que en sesión del último domingo, el Sr. Salvadores presentó la carta que acababa de llegarle del Sr. D. Francisco V. Ibargüengoitia, y la Junta, por

unánime opinión, estimó procedente obsequiar los deseos de ese honorable hermano, y al efecto remitir á esa Rama «Aura» la carta en cuestión, á fin de que, si lo juzga oportuno, se digne dar la explicación en ella pedida por el firmante.

Adjunta, pues, envió á usted la carta, cumpliendo con lo dispuesto, y rogándole se sirva devolvérmela cuando á bien lo tenga, por tener que conservarla en el archivo de esta Secretaría.

Esta ocasión me proporciona la de repetir á usted una vez más la expresión de mis sentimientos fraternales.

Hacia Dios por el Bien y la Ciencia,—México, Enero 30 de 1907,—El 1^{er}. Secretario, *Antonio B. y Castro*.—Sr. Secretario de la Sociedad Teosófica Rama «Aura.»—Presente.

Núm. 5.

Al margen un sello que dice: «Francisco V. Ibar-güengoitia.—Hacienda de Calabacillas.»—Enero 15 de 1907.—Sr. D. José Salvadores B.—México.—Querido hermano: Según la relación que de la sesión del 23 de Diciembre hace *El Siglo Espírita*, la Rama Teosófica «Aura» se excusó de asistir á la invitación que se le hizo á la velada consabida porque le está vedado concurrir á todo acto que tenga carácter *político ó dogmático*; lo cual quiere decir, si es que algo se me alcanza en materia de lengua patria, que para la Rama «Aura» la Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita es política ó dogmática, ó que, cuando menos, abriga en su seno algo de esos elementos heterogéneos. Esto lo hallo sumamente categórico.

Como nada significa para el caso el que aquella agrupación espiritualista haya autorizado á sus miembros concurrir en lo particular, lo cual parecerá á toda

persona sería algo cómico que hace recordar las fórmulas cortesanas usuales entre gentes que tienen generalmente muy pobre idea de lo que el tiempo vale, la acusación queda en pie y no precisa estar poseído de suspicacia para dudar, al quedar el asunto en tal estado, de la fidelidad de la Junta Central á su programa espiritista, que yo altamente estimo **UNICAMENTE** por juzgarle en armonía con la sana moral y la más elevada filosofía que hasta el día le es dado conocer al hombre de la Tierra.

Nada importa que yo sea espiritista ó teosofista; soy ante todo **UN ESPIRITU** encarnado que cree conocer el más alto fin del hombre: **AMAR A DIOS**, puesto que es el *Supremo Espíritu*, y á la colectividad espiritual, encarnada ó no, como manifestación excelsa del *Principio Unico*. Todo lo demás para mí reviste un carácter secundario.

Perdone Ud. la digresión, que no tiene más objeto que hacer, si es posible, menos sospechosa mi opinión.

Yo bien sé la prohibición que pesa sobre todas las Ramas teosóficas; me la explican las palabras que el Presidente de aquella Sociedad, coronel Sr. H. S. Olcott, pronunció en el 3^{er}. Congreso de la Federación de las Secciones Teosóficas de Europa: «**TODO EL SECRETO DEL PERSISTENTE VIGOR DE NUESTRA SOCIEDAD ESTA EN QUE SU PROGRAMA SE HALLA REDACTADO DE UN MODO QUE EXCLUYE TODOS LOS DOGMAS, TODAS LAS CONTIENDAS SOCIALES, todas las causas de lucha y de discusión que engendran las disputas** de sexo, de raza, de religión y de fortuna y que hace del altruismo, de la tolerancia, de la paz, y de la fraternidad, la piedra angular sobre la que descansa »

El espíritu que encierran esas líneas que acabo de subrayar y que hago mías con relación al Espiritismo mexicano, es el mismo que me anima al dirigirme á Ud. en la presente ocasión, pues supongo que su parecer

pesa, no sin razón, en las decisiones de esa Junta Central.

El Sr. Coronel Olcott creo tuvo noticias de que algún grupo teosofista pretendía que la Sociedad Teosófica se adhiriera al Pacifismo, lo cual debió originar la expresada actitud del Coronel que, dicho sea *inter nos*, no la veo justificada. ¿Es pues á esta parte de nuestro programa congresista á que se refiere la rama «Aura?»

Yo, llevado del desco legítimo del bien colectivo, inicié la idea pacifista en su oportunidad entre nosotros; aun la sostengo y aplaudo la resolución, adoptada por esa Junta en una de sus últimas sesiones, de cumplimentar aquel programa en cuanto á la propaganda pacifista se refiere; pero no admitiré, ni como pacifista ni como espiritualista, nada que se salga del más elevado concepto moral ó que pueda servir á nadie de escalón para elevarse en lo que signifique jerarquía social, que quisiera no existiese si ello tan sólo de mi voluntad dependiera.

Por lo expuesto y por algo más que la referida agrupación «Aura» pudiera saber, creo conveniente se le suplique en nombre de la moral y del bien humano que á ella lo mismo que todo el mundo interesa, se digne explicar sus palabras de referencia, lo cual le incumbe como deber, ya que la Junta Central se halla animada del mejor deseo de proceder, inspirado en aquel elevado concepto del maestro Kardec, de que *todo yerro debe corregirse* en cumplimiento de la Eterna y Absoluta Ley, origen de todo progreso.

Dado caso de que «Aura» se niegue, falta de caridad, á explicarse como queda dicho, la Junta Central y toda la Confederación Espírita sabremos á qué atenernos respecto al sentimiento poco fraternal que la coloca al frente de nosotros, y sus fines morales serán cotizados á bajo precio ante las conciencias honradas.

Ruégole, finalmente, hacer presente lo expuesto á

todos los Señores de la Junta, muy singularmente á los hermanos González y González y Baig, respectivamente, de cuya sinceridad y amor, tengo datos que no dejan lugar á la duda.

Dispense si le molesto con motivo de lo que yo estimo de tanta monta para el Espiritismo mexicano en particular y para la moral y futuro bienestar de esta República que es, como Ud. bien sabe, una fracción de nuestra patria común. Aquí, para evitar consecuencias de dudosa buena fe de alguien que, por no importa qué motivo, pudiera leer la presente epístola, debo manifestar que bajo la denominación de patria comprendo á la humana colectividad. Porque los que pretendemos marchar á la vanguardia sin que por ello abriguemos el fatuo concepto de inmaculados, debemos procurar captarnos la confianza de nuestros hermanos los hombres en virtud de nuestros esfuerzos individuales y colectivos para adquirir la más envidiable hoja de servicios.

Termino facultándole para que haga de la presente el uso que crea más conveniente en pro de nuestros intereses de escuela, lo que anticipadamente aprueba su hermano que le ama.—*Francisco V. Ibargüengoitia*. (Firmado.)

Núm. 6.

Sociedad Teosófica. — Rama «AURA.» — Secretaría.

Dada cuenta con la comunicación de esa Honorable Junta, de fecha 30 del pasado mes de Enero, en la que se expresan los deseos de que esta Rama conteste dando las explicaciones conducentes acerca de la carta suscrita por el hermano Francisco Ibargüengoitia, que se sirvió adjuntar á dicha comunicación, se acordó

por unanimidad de votos obsequiar los deseos de esa agrupación, y en contestación me es grato adjuntar á la presente la carta del referido Señor, para que obre en el Archivo de esa Secretaría, y la contestación que la Rama «AURA» da á título de explicaciones, únicamente, á la repetida carta, suplicando á usted se sirva hacer presente á todos los miembros de la Junta Central, que bajo ningún aspecto tratamos de herir susceptibilidades de ideas, creencias, etc., sino que limitándonos únicamente á explicar nuestros conceptos, como lo deseaba el Sr. Ibarguengoitia, damos el resultado de nuestras propias convicciones.

Al tener la honra de dirigir á Ud. la presente, le ruego se sirva acusarme el recibo correspondiente, así como hacer presente á la Honorable Junta Central nuestro fraternal afecto.—México, Marzo 1º de 1907.—El Secretario, *F. Orozco*.—Al 1º. Secretario de la Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita.—Presente.

Núm. 7.

Un sello alegórico, con esta leyenda: «No hay religión más elevada que la Verdad.»

Contestación que da la Rama «Aura» de la Sociedad Teosófica á la carta del Sr. Francisco Ibarguengoitia.

Cada vez que dos opiniones se ponen en contacto, aun cuando en sentido general vayan de acuerdo, resultan en algunos puntos discordantes, y de aquí se suscitan discusiones, á causa de que cada parte pretende sostener su punto de divergencia para imponerlo

sobre la otra, y de esta suerte hacer preponderar en un todo completo la tesis defendida.

Esta insignificante disparidad, desde el momento en que se discute, fatalmente arrastra á las dos opiniones opuestas á hacer verdaderos esfuerzos de imaginación para aportar mayor número de razonamientos en pro de su causa, lo que da por resultado inmediato que aquel insignificante punto de desacuerdo, cada vez se convierta en barrera más y más robusta que va alejando las dos opiniones acordes, hasta el grado de colocarlas en puntos extremos, y aparecer entonces como diametralmente opuestas ó antagónicas.

En nuestro humilde concepto, esto depende exclusivamente de nuestra manera propia de apreciar las cosas, pues creemos que la idea que nosotros exponemos debe de ser comprendida con la misma claridad por los demás, sin tener en cuenta que las facultades de percepción y comprensión, así como las causas precedentes, no son las mismas en todas las personas.

Cuando nos hemos formado un claro concepto de cualquier asunto, la mayoría de las veces olvidamos el proceso que hemos seguido para llegar al resultado final, y nuestra actual comprensión la exigimos en los demás, casi tan violentamente como hacemos la exposición de ella, creyendo que nuestros razonamientos son para los otros tan claros é impresionantes como para nosotros mismos que ya tenemos la convicción de que es verdad lo que afirmamos.

Puede muy bien suceder que la forma de nuestra expresión sea deficiente, y por razón natural, sin darnos cuenta de ello, aumentamos las dificultades para que la parte contraria perciba la verdad de nuestra opinión. Si á esto agregamos un punto de habitual egoismo que todos poseemos y del cual puede asegurarse que ninguno nos hemos despojado; punto que consiste en disculpar ó pretender que se disculpen los propios defectos, exigiendo de los demás rectitud per-

fecta y sin disculparles nada, tendremos de manifiesto lo nocivas que son las discusiones, aun las más sencillas. Al principio se discute con fría calma y con la plena convicción de que vamos á triunfar en la lucha; pero á medida que las dificultades de la parte contraria se oponen á la fácil realización de nuestro propósito, crece la tensión nerviosa, al cerebro se le tortura para arrancarle razonamientos de mayor valía, el amor propio se rebela, y la idea, que antes estaba basada en la lucha filosófica y tranquila, poco á poco se torna en violenta é intolerante, fortalece el ya enunciado amor propio, es decir, exacerba el egoismo, y la razón se aleja. Resultado final de la discusión: cada parte contrincante p rsiste en su propia opinión, quizá más robustecida que al principio; la opinión contraria se considera mucho más alejada en razón directa de la firmeza con que se cree ahora en la propia; los ánimos personales se han indispuerto también, y ya no hay tolerancia, sino mala voluntad para la parte antagónica; las palabras acaloradas que se nos dirigen, lastiman con más violencia, y el dolor resentido nos impulsa   la represalia.

El cuadro es impresionante, pero real.

Muchos, tal vez la mayor parte de los que lean estos conceptos, los negarán   voz en cuello; pero all  en el fondo de su conciencia comprenderán la fuerza de la verdad.

Nosotros, los que estudiamos la Psicología trascendental y procuramos llegar al esclarecimiento científico de las proposiciones que como verdaderas se asientan en diversas agrupaciones, aun cuando parezcan contradictorias las unas con respecto de las otras, conocemos la Ley de Armonía como base principal del éxito en las investigaciones, y como el camino seguro para llegar al punto ambicionado: LA VERDAD.

Natural es, pues, para nosotros evitar   toda costa cualquiera causa que tienda   romper esa Armonía;

causa que, en el presente caso, puede ser la discusión suscitada por la carta escrita por nuestro hermano Ibargüengoitia, acerca de puntos que cree vulnerados por parte de los miembros de la Rama «AURA» de la Sociedad Teosófica, al expresar su opinión leal y verdadera para no asistir *oficialmente* á la velada que la Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita celebró con motivo de la desencarnación de los hermanos Monteagudo y Senillosa. Pero como en la comunicación dirigida por la Secretaría de la referida Junta, con fecha 30 de Enero, se manifiesta el deseo de que por parte de la Rama se dé una explicación acerca de la carta del repetido Sr. Ibargüengoitia, cumple á nuestro deber, simplemente como un acto de cortesía, hacer algunas aseveraciones respecto de los fundamentos que tuvo para haber afirmado que no podía asistir oficialmente á ningún acto que revistiera carácter político ó dogmático; pues es evidente que la opinión particular que sobre este incidente haya formado el hermano, no habría menoscabado en nada la marcha regular de la Rama «AURA,» y menos aún cuando la Junta Central Permanente, obrando con toda cordura y prudencia, ya había acordado dejar por terminado el incidente después de haber protestado contra la decisión de la Rama. Mas una vez que vuelve el asunto á tomar vida oficial entre las dos agrupaciones, vamos á obsequiar los deseos de la Junta, no sin hacer presente de la manera más respetuosa que, por las razones expuestas al principio y por otras particulares de la Sociedad Teosófica Universal que en su Reglamento prohíbe á sus miembros discutir, no sólo con personas extrañas á ellas, sino aun entre los mismos socios, cualquiera de los dos puntos asentados antes (político ó dogmático), nos abstendremos en lo de adelante de ocuparnos de este asunto, que consideramos terminado con estas explicaciones, pues basándose nuestros estudios en el desarrollo particular de cada

miembro, sólo exponemos nuestras enseñanzas á título de *verdades comprobables*, para que el que lo anhele llegue al convencimiento propio, sin imponerle ideas, creencias ni verdades de ningún género. Sólo damos los elementos de estudio y los métodos de desarrollo de las facultades internas, para que cada quien reciba lo que en justicia le corresponda, sin escatimar conocimientos ni poderes al que, estando suficiente y convenientemente preparado, se halla en condiciones de recibir y de usar altruísticamente lo que se le confía.

La Sociedad Teosófica no es responsable de los defectuosos resultados que obtenga el que no cumple con los métodos seguros que pone á disposición de todos para la comprobación de sus axiomas, viejos de hace un millón de años, y á pesar de ello, nuevos algunos y desconocidos la mayor parte por la ciencia occidental moderna.

Hechas estas necesarias aclaraciones, pasamos en seguida á dar contestación á la precitada carta.

Cuando en la comunicación de esta Rama se expuso que no podía asistir *oficialmente* (palabra que suprime el Sr. Ibargüengoitia) á ninguna reunión de carácter POLÍTICO Ó DOGMÁTICO; se hizo uso de la conjunción *ó* para significar con toda claridad y por separado las dos circunstancias prohibitivas: ya políticas *ó* ya dogmáticas; pues sólo en el caso de usar la conjunción copulativa *y* se explicaría la intención de reunir elementos heterogéneos en la Junta Central: políticos y dogmáticos. Como por otra parte, jamás podríamos creer que esa honorable Corporación pueda revestir carácter político, excluimos el calificativo y sólo dejamos en pie el dogmático, que la Rama usó con pleno conocimiento de causa.

Recurramos á las autoridades universalmente reconocidas en materia de Idioma español, y consultemos el *Diccionario de la Real Academia de la Len-*

gua; ella se encargará de contestar por nosotros; y tomamos esta determinación porque si el concepto es erróneo, no somos nosotros los que hemos dado interpretación torcida al calificativo.

Hé aquí cómo define textualmente el Diccionario aludido:

«*Dogmático*.—Concerniente al dogma.—Que diserta sobre dogmas. Puede usarse en esta acepción como sustantivo.—Filósofo que asienta dogmas ó principios creídos por él ciertos é invariables.—Ciencia que enseña á conocer los dogmas ó axiomas.—Etc. etc.»

Antes de pasar á hacer algunas consideraciones sobre el particular, es preciso dejar también definido de una manera terminante el sustantivo.

El mismo Diccionario nos dice:

«*Dogma*.—Proposición reconocida como principio cierto, evidente é innegable, así en filosofía como en religión.—Se hace algunas veces sinónimo de religión.—Principio, axioma, precepto cualquiera político, literario ó científico.»

Creemos que más claro no lo pueden decir los maestros del lenguaje castizo; no creemos tampoco que hayamos faltado á la verdad ni á la justicia, usando el calificativo *dogmático*.

La mayoría de los miembros que forman la Rama «AURA» de la Sociedad Teosófica hemos conocido el Espiritismo teórica y prácticamente; de suerte que al obrar de esta manera, lo hicimos con pleno conocimiento de causa.

Negar la excelcitud de las enseñanzas filosóficas y de la ética más elevada que el Espiritismo pregona con entusiasmo, sería tanto como negar los principios verdaderos en que descansan las ciencias, las filosofías y las religiones existentes hoy; y como la Teosofía es ecléctica por excelencia, toma lo verdadero y elevado donde quiera que lo encuentra, sin distinción de secta, casta ó creencia, máxime cuando esos principios espiri-

tualistas que sirven de asiento al Espiritismo, moderno en comparación de la Teosofía, son los que ésta tiene comprobados desde épocas más remotas que los tiempos llamados prehistóricos del mundo occidental. Principios mal interpretados en los tiempos en que el Catolicismo imperó sobre las testas coronadas y que dieron origen á persecuciones encarnizadas, formando lista abrumadora de víctimas sacrificadas con lujo de crueldad, por el solo delito de haber sostenido y difundido verdades científicas que destruían el velo del fanatismo que el sacerdocio tenía aferrado en la conciencia del mundo creyente, para lograr su inmoderada explotación. Pero entre aceptar esos principios ó dogmas verdaderos á aceptar toda la Doctrina Espírita y principalmente las evocaciones de los desencarnados, existe una diferencia capital, y tan capital es, que precisamente constituye la barrera infranqueable entre el Espiritismo y las demás escuelas espiritualistas.

La Teosofía no niega, como erróneamente se cree por algunos espiritualistas, la comunicación de los encarnados con los desencarnados, ni la evidencia de todos los fenómenos que se producen en las sesiones espíritas. Son hechos comprobados científicamente que corroboran las afirmaciones de los videntes y las creencias más antiguas acerca de la existencia de un mundo más activo y poderoso que el material, más allá de las fronteras de la llamada muerte. Son una verdad absoluta, y como tal los acepta la Teosofía; pero no acepta la práctica constante de esas verdades de la manera como se lleva á cabo en el Espiritismo, porque no todos los efectos los reconoce como producto de una causa (el espíritu desencarnado), y porque conoce el evidente perjuicio que constantemente se causa á los habitantes de ultratumba con tales sesiones.

Muy largo sería hacer sobre este asunto una demostración clara de lo asentado, porque la índole de esta contestación, ya demasiado extensa de por sí, no

permite desarrollar, sino dar el resultado final de las investigaciones que forman nuestra opinión.

Quitemos al Espiritismo sus prácticas experimentales como en la actualidad las practica, y dejará de ser Espiritismo, convirtiéndose en una Sociedad Espiritualista y Psicológica como otras muchas. Dejará de ser sectario de Allan Kardec y se agrupará al dogmatismo científico que lo pondrá en condiciones de realizar mayores progresos de los que hasta hoy ha alcanzado.

¿Las verdades ó creencias, que el Espiritismo encierra, sirven de base á su Doctrina? ¿Son asimismo, la base de su Filosofía ó sistema filosófico?

Sí; luego el Espiritismo descansa en dogmas.

¿Estos dogmas los asienta como principios creídos por él ciertos é invariables?

Sí; luego el Espiritismo es dogmático en la verdadera acepción de la palabra, y culpa no es de la Rama «AURA» la interpretación torcida que se le haya dado al adjetivo que empleó, tomándolo por la única acepción que marca el Diccionario, es decir, *como sinónimo de religión*; porque si la vulgaridad de una frase, ó la mala aplicación que el uso corriente le da á una palabra hacen fe en asuntos oficiales, resulta que cualquier lenguaje es insuficiente para el caso, toda vez que las palabras usadas en su verdadero sentido (como se usan en asuntos oficiales) son interpretadas conforme al uso vulgar ó el sentido familiar.

El segundo párrafo de la carta dice: «Como nada significa para el caso el que aquella agrupación espiritualista haya autorizado á sus miembros á concurrir en lo particular.....» Dicho párrafo encierra un error craso, tal vez de apreciación, ó mejor dicho, de interpretación de palabras, pues en lo absoluto difiere de lo que en la comunicación dirigida á la Junta Central se dijo. Hay mucha diferencia entre que la agrupación espiritualista haya *autorizado* á sus miembros para asistir á la velada en lo particular, y que la Pre-

sidencia de la Rama «AURA» *suplicara* dicha asistencia particularmente á cada socio.

Esta determinación que para el hermano Ibargüengoitia resulta algo cómica, para nosotros es altamente conciliadora, por varios motivos: Dada cuenta con la invitación de la Junta, en sesión celebrada el día 7 del mes de Diciembre de 1906, se acordó por mayoría de votos que, de conformidad con los Estatutos que norman sus trabajos, no podía asistir *oficialmente*, pues asistencia de ese carácter obligaba á la Rama á nombrar una comisión que en dicha velada debía representarla. Aprobada esta resolución, fué resolución propia de la Rama «AURA»; por consiguiente, esta agrupación no podía autorizarse á sí misma á vulnerar ni su Reglamento ni su acuerdo. Esto sí hubiera resultado perfectamente absurdo, no cómico. Además, como esta determinación podía haber lastimado la cortesía de la Junta Central, supuesto que se ha manifestado animada de tan buena voluntad hacia nosotros, nuestro hermano Presidente, que anhela siempre la mayor concordia entre todos, sin excepción alguna, y continuamente trabaja en este sentido, *suplicó* á los miembros de la Junta asistieran en lo particular á fin de que, en cierto modo, quedara cumplimentada la galante invitación.

No hacemos ni siquiera el menor esfuerzo en querer comprender cuáles son esos recuerdos de *fórmulas corteses usuales entre gentes que tienen generalmente muy pobre idea de lo que el tiempo vale*, porque con toda sinceridad, no alcanzamos lo que se quiere expresar, ni menos aún comprendemos *quede en pie la acusación*. ¿Qué acusación se ha hecho? ¿El uso de un calificativo mal interpretado por el calificado? Esto no es, ni puede ser jamás una acusación, porque si así fuera, quedaríamos autorizados, por razón de semejanza, á formular acusación en contra del hermano Ibargüengoitia por el solo hecho de encontrar (á su

juicio) un poco cómico un acto que tiene mucho de serio.

Supongamos, sin conceder, que esa utópica acusación permaneciera en pie: basta con las explicaciones asentadas ya, para que la veamos hundirse entre los escombros de su deleznable pedestal; y siguiendo la misma fraseología del autor de la carta, creemos nosotros (respetando por supuesto, su opinión particular) que no es necesario estar poseído de suspicacia para aceptar y creer en (en vez de dudar de) la fidelidad de la Junta Central *á su programa espiritista*. ¡Otra prueba más que inconscientemente nos proporciona el hermano de que el Espiritismo es dogmático!

Si dicho señor estima tan altamente esa fidelidad de la Junta Central *únicamente* por juzgarla en armonía con la sana moral y la más elevada filosofía que hasta el día le es dado conocer al hombre de la Tierra, nosotros hacemos la misma valorización, fundándonos en razones completamente distintas. Así pues, si creemos que la Junta Central, fiel á sus principios espiritistas, que cree ciertos é invariables, llamémosles dogmas de una vez, procura, por cuantos medios están á su alcance, sostenerlos y difundirlos, alabamos sinceramente que cumpla con deberes de convicción, propios de toda secta, escuela ó agrupación científica, filosófica ó religiosa. Fidelidad de principios que ha originado siempre discusiones y disensiones entre partidos de ideas diferentes. (Como por ejemplo, el incidente que en estos momentos nos ocupa.) Pero entre reconocer la fidelidad de la Junta á sus principios y aceptar esos mismos principios como en armonía con la sana moral y la más elevada filosofía que hasta el día le es dado conocer al hombre de la Tierra, hay una capital diferencia; diferencia que resaltará á la inteligente comprensión del hermano Ibargüengoitia, con sólo que recapacite diez minutos sobre el particular, alejándose de toda preocupación ó prejuicio.

El tercer párrafo: «Nada importa que yo sea espiritista ó teosofista, etc. etc.», lo dejamos sin comentarios, porque no toca á nosotros poner en tela de juicio los alcances que en instrucción y creencias tenga cada uno en lo particular, ó según su propia opinión.

En los cuarto y quinto párrafos, donde hace suyas las célebres palabras del Coronel H. S. Olcott, Presidente fundador de la Sociedad Teosófica, que dicen: «Todo el secreto del persistente vigor de nuestra Sociedad está en que su programa se halla redactado de un modo que excluye todos los dogmas, todas las contiendas sociales, todas las causas de lucha y de discusión que engendran las disputas de sexo, de raza, de religión y de fortuna, y que hace del altruismo, de la tolerancia, de la paz y de la fraternidad la piedra angular sobre la que descansa.» nos ponen de manifiesto la absoluta inutilidad de la misma cita, por su errónea aplicación: I. Porque si el programa teosófico excluye, como en efecto rechaza, todos los dogmas, siendo ecléctico por excelencia, el Espiritismo no se puede amparar al mismo programa, toda vez que ya hemos probado que es dogmático; II. Si excluye todas las causas de lucha y de discusión que engendran las disputas de sexo, de raza, de religión y de fortuna, ¿cómo es entonces que por un calificativo usado en pureza de lenguaje, no sólo se abre causa á una discusión, sino que hasta se formula una acusación? III. Si hace del altruismo, de la tolerancia, de la paz y de la fraternidad la piedra angular sobre la que descansa, ¿cómo podría convencernos de que el altruismo, la tolerancia, la paz y la fraternidad norman los actos de quien pide á los demás lo que él no puede dar? ¿Cómo podría convencernos nuestro acusador de la tolerancia que pregonaba, cuando su carta se basa en un programa completamente opuesto? Con toda evidencia se manifiesta hostil á nuestra manera de obrar, y esta actitud ni es tolerante, ni es pacífica, ni es fraternal.

Aquí cumple á nuestro deber hacer un sincero elogio á la Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita, por la lealtad y prudencia con que se ha manejado en este incidente, pues abrigamos la convicción de que pensando con toda sensatez acerca de las frases asentadas en la carta de que, á nuestro pesar, nos ocupamos, comprendió que no debía hacer objeciones á su ferviente defensor, á pesar también de las peligrosas contradicciones en que incurre, y menos aún hacer suya la repetida carta, que no llena en lo absoluto el fin que se propone.

Los párrafos siguientes se refieren al asunto del PACIFISMO, y esto sólo lo mencionamos aquí, para dar una prueba de que hemos leído con detenimiento la carta; pero como jamás pensó la Rama «AURA» hacer referencia á dicho Pacifismo, ni tampoco se nos alcanza de qué opinión ó frase nuestra haya tomado el señor Ibargüengoitia la idea de que quisimos referirnos á esa parte del programa espírita, no creemos de nuestro deber hacer consideraciones de ningún género sobre el particular, contentándonos con contestar la pregunta: «La Rama «AURA» de la Sociedad Teosófica, jamás se ha referido al programa del PACIFISMO, aceptado por el Primer Congreso Nacional Espírita.»—Pasemos á otro párrafo.

En nombre de la moral y del bien humano que á todos nos interesa, pide el hermano se nos suplique nos dignemos explicar nuestras palabras, ya que la Junta Central se halla animada del mejor deseo de proceder, inspirada en aquél elevado concepto del maestro Kardec, de que *todo yerro debe corregirse* en cumplimiento de la Eterna y Absoluta Ley, origen de todo progreso; y aunque tenemos la íntima convicción de no haber faltado á ninguno de los tres principios fundamentales de la Moral, que son: I. La noción del bien y del mal; II. El conocimiento del deber, ó sea de la obligación de hacer el bien y evitar el mal; y III. La

noción del mérito ó del demérito, ó sea la firme creencia ó el convencimiento de que el que obra bien debe ser premiado, y el que obra mal debe ser castigado, nos apresuramos á contestar la carta, explicando nuestra manera de apreciar las cosas y el sentido en que hemos tomado la palabra *Dogmático* que ha dado origen á interpretaciones equivocadas y á incidentes tan enojosos como innecesarios.

Hacemos mención únicamente del tercero de los principios fundamentales de la moral, que en otros términos está expresado por el alto concepto del maestro Kardec, al decir que *todo yerro debe corregirse*. La Rama abraza la idea de que la Junta Central no ha tomado tan al pie de la letra esta sentencia, creyendo que cualquiera hombre ó corporación está investido del derecho de corregir los yerros de los demás, porque esa autoridad, además de ser muy discutible, pudiendo aceptarse, si acaso, dentro de las facultades propias de una agrupación con respecto de los afiliados á ella, resultaría arbitraria de una Sociedad hacia otra, é inconsecuente en lo absoluto, cuando la agrupación que trata de convertirse en fiscal y ejecutiva de los yerros ajenos á ella, proclama el altruismo, la tolerancia, la paz y la fraternidad.

Los que tenemos formado cierto concepto de la responsabilidad individual, basada en el libre albedrío, y conocemos la ley universal retributiva de causa y efecto, llámesele Karma, Justicia Divina ó de cualquiera otra manera, pues el nombre no hace al caso, nos conformamos con el reconocimiento de los yerros ajenos, procurando de la manera más amigable posible, advertir, si se puede, las causas que dan origen á la violación de la ley, que son las que constituyen el error ó el mal, y las consecuencias funestas que pueden originarse en la persistencia de él: una vez cumplido con este acto de Amor ó de Caridad, si el que delinque persiste en su erróneo camino, lamentamos el cúmulo de

deuda que se forma el obstinado. ¡Pero corregir sus errores! ¿Con qué derecho? ¿de qué autoridad estamos investidos para violar los principios de altruismo, de tolerancia, de paz y de fraternidad que predicamos? ¿De dónde nos viene esa facultad ejecutiva?

Como verá el hermano Ibargüengoitia, hemos dado amplia explicación á nuestras palabras, usando sólo de un deber de cortesía que en nada implica en pro ó en contra de la marcha regular del Espiritismo Mexicano, y la Rama «AURA» no tiene pretensión alguna de ir á la vanguardia de nada ni de nadie, sino que asume el humilde papel de una insignificante agrupación de investigadores de la Verdad. Así pues, declara de una vez por todas: que las palabras del Coronel H. S. Olcott son la base en que descansan los hechos, no las teorías, de la Sociedad Teosófica, y que en consecuencia, habiendo dado cumplimiento al deseo de que se explicara, ha acudido al llamamiento, explicándose, pero que *da por terminado este incidente y no abordará discusión de ningún género.*

Terminamos, pues, suplicando á las personas que nos honren con la lectura de estos conceptos, los traten con la benevolencia que el sabio dispensa al ignorante; con el Amor y la Caridad que el Iniciado en la Luz y en la Verdad conceden al neófito que apenas empieza á estudiar, y tomando en consideración que sólo hemos contestado á una interpelación que se nos hizo, aduciendo las razones particulares en que se basan nuestras creencias; pero sin el ánimo de lastimar á nadie, ni de sentar principios que no podemos ni debemos establecer como teósofos, ni menos atacando doctrina, creencia ó filosofía alguna.

¡Se nos pidió una explicación y con sumo gusto la hemos dado!

México, Marzo 1º de 1907.

El Secretario de la Rama «AURA.»

F. OROZCO Y BERRA.

INDICE

	Págs.
Dedicatoria	V
Prefacio	VII
Capítulo I.—El Primer Congreso Nacional Espírita y la fundación de la Lo- gia «Aura» de la Sociedad Teo- sófica	1
Capítulo II.—Primeros puntos de divergencia.	9
Capítulo III.—Conferencias espíritas y teosó- ficas	17
Capítulo IV.—Pretensiones de los espíritas.— Algunas de sus afirmaciones.— Conferencias del Dr. A. Krumm Heller	26
Capítulo V.—El Espiritismo antiguo y el Espi- ritismo moderno	43
Capítulo VI.—El Espiritismo según el Ocultis- mo y la Magia	58
Capítulo VII.—El Espiritismo según la Teosofía	74
Capítulo VIII.—Sigue el mismo tema	85
Capítulo IX.—El Espiritismo según las ciencias positivas	102
Capítulo X.—El Espiritismo ni progresa ni es ecléctico	125
Capítulo XI.—Conclusión.	136

DOCUMENTOS

Número 1.—Invitación de la Junta Central Permanente del Primer Congreso Nacional Espírita.....	145
Número 2.—Contestación de la Rama «Aura»...	145
Número 3.—Protesta de la Junta Espírita.....	146
Número 4.—Comunicación de la misma Junta, remitiendo una carta del Sr. Francisco V. Ibargüengoitia..	147
Número 5.—Carta del mencionado señor.....	148
Número 6.—Acuse de recibo de la misma.....	151
Número 7.—Contestación y comentarios de la Rama «Aura» á la referida carta.....	152

Fe de erratas.

Pág.	Línea.	Dice.	Debe decir.
V	28	sobre mî	sobre mí
15	29	intercalar ideas de carácter diferente, es la escuela natural	intercalar ideas de carácter diferente en la escuela natural
15	44	tribuuu	tribuna
39	37	anteriores a él	anteriores á él.
43	22	Capítulo IV.	Capítulo V.
53	7	volutivo	volitivo
54	14	y a falta	y á falta
66	25	criaturas	creaturas
66	37	según la marcha	seguir la marcha
67	18	el gran Todo	el Gran Todo
69	31	al hombre bueno,	al hombre bueno;
85	19	ese tendencia	esa tendencia
86	15	religion,	religión
87	12	munno	mundo
88	12 y 13	persoua	persona
89	30	muchos otros;	muchos otros:
90	11	Su mlsma	Su misma
93	14	personss	personas
94	13	escritura, dice.	escritura, dice;
94	43	invisibies	invisibles
102	18	Espiritualismo	Espiritismo
107	43	Kermes	Hermes
112	2	todos ellos,	todos ellos;
112	44	pies	piés
113	30	también espírita—	también espírita:—
117	10	murmulo,	murmullo,
117	13	eu	en
117	29	á sí misma,	á sí mismo,
134	34	afirmaciones	afirmaciones;
163	12	diametralmenfe	diametralmente
158	33	constantemrute	constantemente
